

STEPHEN KING

Historias fantásticas

Titulo original : **Skeleton Crew**

Contenido

Hay tigres – “Here There Be Tygers” –

Apareció Caín – “Cain Rose” –

Zarabanda nupcial – “The Monkey” –

Paranoia: Un canto – “Paranoid: A Chant” –

El procesador de palabras de los Dioses

El hombre que no quería estrechar manos – “The Man Who Would Not Shake Hands” –

La playa – “Beach World” –

La imagen de la muerte – “The Reaper’s Image” –

Para Owen – “For Owen” –

El camión de tío Otto – Uncle Otto’s Truck –

Reparto matutino (El lechero, 1) – “Morning Deliveries (Milkman 1)” –

Ruedas: Un cuento de lavandería (El lechero, 2) – “Big wheels: A Tale Of The Laundry Game (Milkman 2)” –

El brazo – “The Reach” (as “Do The Dead Sing?”) –

NOTAS

HAY TIGRES

Charles necesitaba angustiosamente ir al lavabo. Ya era inútil engañarse diciendo que podía esperar al recreo. Su vejiga protestaba desesperadamente, y Miss Bird le había descubierto retorciéndose.

Había tres profesoras en el tercer grado de la Escuela Elemental de Acorn Street. Miss Kinney era joven y rubia y llenó de vivacidad. Mrs. Trask tenía la hechura de un almohadón moruno, se peinaba con trenzas y se reía ruidosamente. Y luego, estaba Miss Bird.

Charles había sabido que terminaría con Miss Bird. Lo había sabido. Había sido inevitable. Porque era obvio que Miss Bird quería destruirle. No permitía que los niños fueran al sótano. El sótano, explicó Miss Bird, era donde se guardaban las calderas de la calefacción, y las señoras y los caballeros bien educados jamás irían allí, porque los sótanos eran lugares feos, viejos y llenos de hollín. Las jóvenes y los caballeros, repitió, no bajan al sótano. Van al cuarto de baño, dijo.

Charles volvió a retorcerse. Miss Bird le miró.

-Charles -dijo claramente, señalando Bolivia con el puntero-, ¿no necesitas ir al baño?

Cathy Scott, que tenía el pupitre delante de él, se rió pero cubriéndose prudentemente la boca con la mano.

Kenny Griffen hizo una mueca y dio una patada a Charles por debajo del pupitre. Charles se ruborizó.

-Di algo, Charles -insistió Miss Bird, vivamente-. Necesitas... (*dirá orinar, siempre dice orinar*)

-Sí, Miss Bird.

-¿Sí qué?

-Que tengo que ir al sótano, al baño.

Miss Bird sonrió.

-Muy bien, Charles. Puedes ir al baño a orinar. ¿Es eso lo que necesitas hacer? ¿Orinar?

Charles bajó la cabeza abrumado.

-Muy bien, Charles. Puedes ir. Y la próxima vez, por favor, no esperes a que te lo pregunte.

Risitas generales. Miss Bird golpeó su mesa con el puntero.

Charles recorrió el pasillo hasta la puerta, con treinta pares de ojos clavados a su espalda y cada uno de esos niños, incluida Cathy Scott, sabía que iba al baño a orinar. La puerta estaba a una distancia tan larga como un campo de fútbol. Miss Bird no siguió con la clase, sino que mantuvo silencio hasta que él hubo abierto la puerta, pasado el vestíbulo milagrosamente vacío, y vuelto a cerrar la puerta.

Anduvo hacia el baño de los chicos...

(*sótano, sótano, sótano, SI QUIERO*)

... arrastrando los dedos a lo largo de la fresca tira de mosaico de la pared, dejándolos saltar sobre el tablón de anuncios con los boletines *pegados* con chinchetas y resbalar sobre la...

(ROMPAN EL CRISTAL EN CASO DE EMERGENCIA)

... superficie roja de la caja de la alarma contra incendios.

Miss Bird *disfrutaba*. Miss Bird *disfrutaba* haciéndole ruborizarse. Delante de Cathy Scott -que *nunca* necesitaba ir al sótano, ¿hay derecho?- y de todos los demás.

P-E-R-R-A, pensó. Lo deletreó porque el año pasado había decidido que, si se deletreaba, Dios no lo consideraba pecado.

Entró en el baño de los chicos.

Dentro estaba muy fresco, con un leve, aunque no desagradable, olor a cloro, colgado insistentemente del aire. Ahora, a media mañana estaba limpio y desierto, tranquilo y agradable, no como el maloliente y humoso cubículo del Star Theatre en la ciudad.

El baño...

(¡sótano!)

... estaba construido como una L, la pata corta con una hilera de pequeños espejos cuadrados sobre palanganas de porcelana y un rollo de toallas de papel...

(NIBROC)

- ... y la pata más larga con dos urinarios y tres cubículos con sus tazas.

Charles dio la vuelta a la esquina después de contemplarse, aburrido; su rostro delgado y pálido en uno de los espejos.

El tigre estaba echado al fondo, exactamente debajo de la ventanita blanca. Era un gran tigre, con rayas y manchas oscuras pintadas en su piel. Levantó la cabeza vivamente para mirar a Charles y sus ojos verdes se estrecharon. Una especie de gruñido suave como ronroneo escapó de su boca. Los ágiles músculos se flexionaron y el tigre se levantó. Agitó la cola y golpeó con un ruido corlra-los lados de porcelana del último urinario.

El tigre parecía muy hambriento y agresivo.

Charles salió precipitadamente por donde había entrado. La puerta parecía tardar años en cerrarse, neumáticamente, tras él, pero cuando lo hizo se creyó a salvo. Esta puerta solamente se abría empujándola, y no recordaba haber leído jamás, u oído, que los tigres supieran abrir puertas.

Charles se secó la nariz con el dorso de la mano. Su corazón latía con tal fuerza que podía oírlo. Seguía necesitando ir al sótano, más que nunca.

Se revolvió, bailó, y apretó la mano contra el vientre. *Realmente tenía* que ir al sótano. Si solamente pudiera tener la seguridad de que no se acercaría nadie, podía entrar en el de las niñas. Estaba del otro lado del vestíbulo. Charles lo miró anhelante, sabiendo que no iba á atreverse en un millón de años. ¿Y si llegara Cathy Scott? Oh... horror de los horrores... ¿Y si la que llegara fuera Miss Bird?

Quizás había imaginado el tigre.

Abrió la puerta lo suficiente para acercar un *ojo* y miró. El tigre le miró a su vez desde el ángulo de la L, con los ojos de un verde resplandeciente. Charles imaginó que podía ver una minúscula manchita azul en aquel brillo profundo, como si el tigre se hubiera comido uno de sus ojos. Como si...

Una mano rodeó su cuello.

Charles lanzó un grito sofocado y sintió que tanto el corazón como el estómago se le anudaban en la garganta. Por un momento, tuvo la terrible sensación de que iba a mojarse.

Era Kenny Griffin, sonriendo complaciente:

-Me ha mandado Miss Bird porque llevas anos sin volver. Prepárate.

-Sí, pero no puedo entrar en el baño -dijo Charles medio muerto del susto que le había dado Kenny.

-¡Estás estreñido! -lanzó Kenny alegremente-. ¡Espera a que se lo cuente a Caaathy!

- ¡ No se te ocurra! -dijo Charles asustado-. Además, no lo estoy. Hay un tigre allá dentro.

-¿Y qué está haciendo? -preguntó Kenny-. ¿Pis?

-No lo sé -murmuró Charles mirando a la pared-. Yo sólo querría que se fuera -y se echó a llorar.

-Eh -dijo Kenny, desconcertado y un poco asustado-. ¡Eh!

-¿Y qué pasa si tengo que ir? ¿Y si no puedo hacer otra cosa? Miss Bird dirá que...

-Vamos -insistió Kenny, cogiéndole del brazo con una mano y empujando la puerta con la otra-. Te lo estás inventando.

Estuvieron dentro antes de que Charles, aterrorizado, pudiera soltarlo y arrimarse a la puerta.

-¡Un tigre! -exclamó Kenny asqueado-. Chico, Miss Bird te matará.

-Está del otro lado.

Kenny empezó a andar junto a las palanganas:

-¿Gatito-gatito-gatito-gatito? ¿Gatito?

-¡No lo hagas! -chilló Charles.

Kenny desapareció en la esquina.

-¿Gatito-gatito? ¿Gatito-gatito? Gat...

Charles salió disparado por la puerta y se apoyó en la pared, esperando, con las manos apretando la boca, y los *ojos* cerrados con fuerza.

No se oyó ningún grito.

No tenía idea de cuanto tiempo permaneció allá, helado, con la vejiga a punto de reventar. Contemplaba la puerta del sótano de chicos. Pero no le decía nada. Era sólo una puerta.

No iría.

No podría..

Pero al fin entró.

Las palanganas y los espejos seguían ordenados, y el vago olor a cloro persistía. Pero ahora parecía que había otro olor por debajo de aquél. Era un olor vagamente desagradable, como de cobre rallado.

Con gemidos de impaciencia (pero silenciosos), se acercó al ángulo de la L y miró.

El tigre estaba echado en el suelo, lamiendo sus patas con una enorme lengua color de rosa. Miró a Charles sin curiosidad. Enganchado en una de sus garras había un trozo de camisa.

Pero su necesidad era ahora pura agonía, y ya no podía esperar. Tenía que hacerlo. Charles se acercó de puntillas a la palangana más cercana a la puerta.

Miss Bird entró como un huracán cuando ya se abrochaba los pantalones.

-¡Vaya, niño sucio, repugnante! -le increpó casi reflexiva.

Charles, asustado, no perdía de vista la esquina.

-Lo siento, Miss Bird..., el tigre..., voy a limpiar la palangana..., lo haré con jabón..., le juro que lo haré...

-¿Dónde está Kenneth? -preguntó Miss Bird con calma.

-No lo sé.

La verdad es que no lo sabía.

-¿Está allá dentro?

-¡No! -gritó Charles.

Miss Bird se acercó al lugar donde la habitación hacía ángulo:

-Ven aquí, Kenneth. Ahora mismo.

-Miss Bird...

Pero Miss Bird ya había dado la vuelta a la esquina. Iba dispuesta a atacar, pensó Charles, pero iba a descubrir lo que era un ataque de verdad.

Volvió a traspasarla puerta. Bebió agua en la fuente de la entrada. Miró la bandera americana colgada sobre la entrada del gimnasio. Miró el tablón de anuncios. El *Mochuelo del Bosque*, avisaba: GRITAD, PERO NO CONTAMINÉIS. *El Buen Amigo*, aconsejaba: NO OS VAYÁIS CON DESCONOCIDOS. Charles lo leyó todo por dos veces.

Después, volvió a la clase, recorrió el pasillo hasta su sitio con los *ojos* en el suelo, y se deslizó en su asiento. Eran las once menos cuarto. Sacó *Caminos a todas partes* y se puso a leer sobre «Bill en el Rodeo».

APARECIÓ CAÍN

Garrish salió del sol resplandeciente del mes de mayo y pasó al frescor de la entrada. Le costó un poco ajustar la vista y en el primer momento Harry el Castor no fue más que una voz incorpórea saliendo de las sombras.

-¿Era una zorra, verdad? -preguntó el Castor-. ¿Verdad que era una verdadera zorra?

-Sí -constestó Garrish-. Fue difícil.

Ahora pudo fijar sus *ojos* en el Castor. Se estaba frotando los granos de la frente con la mano y le sudaban las orejas. Llevaba sandalias y una camiseta con «69» y un botón en la parte delantera, que decía: Bien venido es un Pervertido. Los enormes dientes delanteros del Castor se distinguían en la oscuridad.

-Iba a dejarlo en enero -explicó el Castor-. No dejé de decírmelo mientras todavía tenía tiempo. Y luego, pasaron las recuperaciones y ya fue cuestión de volver a intentarlo o dejar el curso incompleto. Creo que he suspendido, Curt. Lo juraría.

La gobernanta estaba en la esquina, junto a los buzones.

Era una mujer sumamente alta que se parecía vagamente a Rodolfo Valentino. Estaba esforzándose por meter un tirante de combinación por el sobaco sudado de su traje con una mano, mientras que con la otra ponía una chincheta a una hoja de salida de dormitorio.

-Muy difícil -repitió Garrish.

-Quise copiar algo de ti, pero no me atreví, te lo juro, aquel tío tiene ojos de águila. ¿Crees que sacaste tu sobresaliente?

-A lo mejor he suspendido -dijo Garrish.

-¿Crees que *tú suspendiste*? -exclamó el Castor-. *Crees que...*

-Voy a ducharme, ¿vale?

-Claro, Curi. Claro. ¿Fue éste tu último examen?

-Sí. Fue mi último examen.

Garrish cruzó el vestíbulo, empujó la puerta y empezó a subir. El hueco de la escalera olía como un susensorio atlético. Siempre la dichosa escalera. Su habitación estaba en el quinto piso.

Quinn y aquel otro idiota del tercero, el de las piernas peludas, le pasaron lanzándose una pelotita. Un pequeño, con gafas de montura de concha y un valiente principio de barba, le pasó entre el cuarto y el quinto, con un libro de cálculo apretado contra su pecho como si fuera la Biblia, y desgranando un rosario de logaritmos. Tenía los ojos tan vacíos como pizarras.

Garrish se paró a mirarle, preguntándose si no estaba mejor muerto, pero el pequeño no era ya más que una sombra que aparecía y desaparecía en la pared. Volvió a verle una vez más y luego desapareció del todo. Garrish llegó al quinto y anduvo hasta su habitación. Pig Pen se había ido hacía dos días. Cuatro finales en tres días, bam-bam y hasta la vista, madam. Pig Pen sabía arreglar las cosas. Había dejado únicamente sus cromos en la pared, dos calcetines desparejados y sucios y una parodia, en cerámica, del *Pensador* de Rodin sentado en la taza de un retrete.

Garrish metió la llave en la cerradura.

- ¡Curi! ¡Eh, Curi!

Rollins, el imbécil consejero del piso, que había enviado a Jimmy Brody a visitar al decano porque había bebido, se acercaba por el corredor, haciéndole señales con la mano.

Era alto, bien plantado, con el cabello recortado en cepillo, simétrico en todo. Parecía barnizado.

-¿Has terminado todo? -preguntó Rollins.

-Sííí.

-Note olvides de barrer tu cuarto y llenar la hoja de desperfectos, ¿vale?

-Sííí.

-Pasé una hoja de desperfectos por debajo de tu puerta, el otro día, ¿verdad?

-Sííí.

-Si no me encuentras en mi cuarto, echa la hoja por debajo de la puerta, y la llave también.

-Está bien.

Rollins le cogió de la mano, se la sacudió un par de veces, rápidamente, pumpumpum. La mano de Rollins estaba seca, rasposa. Estrechar la mano de Rollins era como estrechar un puñado de sal.

-Que tengas un buen verano, hombre.

-Bien.

-No trabajes demasiado.

-No.

-Úsalo, pero no abuses.

-Sí, y no.

Rollins pareció momentáneamente desconcertado, luego se echó a reír:

-Cuídate.

Dio una palmada al hombro de Garrish y se volvió, endose una vez para advertir a Ron Frane que apagara el estéreo. Garrish imaginó a Rollins muerto en una cuneta con los ojos llenos de gusanos. A Rollins no le importaría. A los gusanos tampoco. O te comías el mundo o el mundo te comía a ti, y estaba bien de ambos modos.

Garrish se quedó pensativo viendo alejarse a Rollins hasta que lo perdió de vista, entonces entró en su habitación.

Con el desorden ciclónico de Pig Pen, desaparecido, la habitación parecía yerma y estéril. De la montaña, retorcida, destartada, que había sido la cama de Pig Pen, no quedaba sino el colchón... manchado. Dos portadas de *Playboy* le contemplaban con dos glaciales bi-dimensionales.

No había mucha diferencia en la mitad de habitación correspondiente a Garrish, que siempre estaba perfectamente ordenada al estilo militar. Si dejabas caer una moneda sobre la colcha de la cama de Garrish, rebotaba. Tanto orden había crispado los nervios de Piggy. Se había graduado en inglés y sus frases eran perfectas. A Garrish le llamaba el encasillado. Lo único que había en la pared sobre la cama de Garrish era una enorme ampliación de Humphrey Bogart que había comprado en la librería de la Facultad. Bogie llevaba una pistola automática en cada mano y lucía tirantes. Pig Pen decía que las pistolas y los tirantes eran símbolos de impotencia. Garrish dudaba de que Bogie hubiera sido impotente, aunque nunca había leído nada sobre él.

Se acercó a su ropero, lo abrió con la llave y sacó el gran «Magnum» de culata de nogal, del 352 que su padre, un ministro metodista, le había comprado por Navidad. En marzo, él se compró la mira telescópica.

No debían guardarse armas en la habitación, ni siquiera rifles de caza, pero no había sido difícil. Lo había sacado la víspera de la consigna de armas de la Universidad, con una autorización para retirarlo, falsificada. Lo metió en su funda impermeable de cuero, y lo dejó escondido en el bosque, detrás del campo de fútbol. Luego, de madrugada, a eso de las tres, salió a buscarlo y se lo trajo arriba por los dormidos corredores.

Se sentó en la cama con el rifle sobre las rodillas y lloró un poco. El Pensador, sentado en su taza, le estaba mirando. Garrish dejó el rifle sobre la cama, cruzó la estancia y de un manotazo lo hizo caer de la mesa al suelo, donde se hizo mil pedazos. Llamaron a la puerta. Ganish colocó el rifle debajo de la cama.

-Adelante.

Era Bailey, medio desnudo. Tenía un poco de borra de algodón en el ombligo. No había futuro para Bailey. Bailey se casaría con una estúpida y tendrían hijos estúpidos. Después, moriría de cáncer o de fallo renal.

-¿Cómo estuvo el final de química, Curt?

-Muy bien.

-Me preguntaba si me podrías prestar tus apuntes. Yo lo tengo mañana.

-Los quemé con todo lo que no me servía.

-Oh. ¡Oh, Dios mío! ¿Lo ha hecho Piggy? -y señaló los restos del Pensador.

-Creo que sí.

-¿Por qué tuvo que hacerlo? A mi me gustaba. Iba a comprárselo.

Bailey tenía unas facciones recortadas, como de ratón. Sus calzoncillos le colgaban por detrás. Garrish podía ver cómo sería con el tiempo, cómo moriría de enfisema o de algo, metido en una tienda de oxígeno. Tendría un color amarillento. «Yo podría ayudarte», pensó Garrish.

-¿Crees que le importaría si me quedara con sus cromos?

-Me figuro que no.

-Bien -Bailey cruzó la habitación, pisando cuidadosamente con sus pies desnudos los fragmentos de cerámica y retiró las chinchetas de las portadas de Playboy-. Esta fotografía de Bogad es realmente asombrosa, también. ¡Sin tetas, pero...! Oye -Bailey miró a Garrish para ver si Garrish sonreía. Al ver que no lo hacía, -le preguntó:- ¿supongo que no ibas a tirarla, o algo así, verdad?

-No. Estaba preparándome para ir a la ducha.

-Bueno. Que tengas un buen verano, por si no te vuelvo a ver, Curt.

-Gracias.

Bailey se dirigió hacia la puerta, bailándole el fondillo del calzoncillo. Se detuvo y preguntó:

-¿Cuatro puntos este semestre, Curt?

-Como mínimo.

-Enhorabuena. Hasta el año que viene.

Salió y cerró la puerta. Garrish se quedó sentado en la cama un momento, luego sacó el rifle, lo desmontó y lo limpió. Se acercó el cañón al ojo y contempló el pequeño círculo de luz del otro extremo. El cañón estaba limpio. Volvió a montar el arma.

En el tercer cajón de su escritorio había tres pesadas cajas de balas «Winchester». Las colocó en el alféizar de la ventana. Cerró con llave la puerta del cuarto y volvió a la ventana. Subió las persianas.

La explanada estaba verde y jugosa, salpicada toda ella de estudiantes que paseaban. Quinn y su amigo idiota estaban jugando a la pelota. Corrían de un lado a otro como hormigas heridas, escapándose de un hormiguero aplastado. -Voy a decirte algo -dijo Garrish a Bogan- Dios se enfureció con Caín, porque Caín tenía la idea de que Dios era vegetariano. Su hermano lo vela de otro modo. Dios hizo el mundo a Su imagen, y si no te comes el mundo, el mundo te come a ti. Así que Caín va y le dice a su hermano: «¿Por qué no me lo dijiste?» y su hermano contesta: «¿Por qué no me escuchaste?» Y Caín dice: «Está bien, ahora te escucho.» Así que se carga a su hermano y dice: ¡Eh, Dios! ¿Quieres carne? ¡Aquí la tienes! ¿Quieres lomo, o chuletas o Abelbur guesas o qué?» Y Dios le dijo que se preparara. Así que..., ¿qué te parece?

Bogie no contestó.

Garrish abrió la ventana y apoyó los codos en el alféizar, sin dejar que al cañón del rifle 352 le diera el sol. Puso el ojo en la mira.

Lo tenía apuntando al dormitorio de chicas del Carlton Memorial, del otro lado de la explanada. Carlton era popularmente conocido como la «perrera». Situó la cruz de la mira sobre una enorme furgoneta «Ford». Una rubia con tejanos y una blusa azul pálido estaba hablando con su padre y su madre, mientras su padre, rubicundo y calvo, cargaba las maletas en el coche.

Alguien llamó a la puerta.

Garrish esperó.

Volvieron a llamar.

-¿Curt? Te daré medio pavo por el póster de Bogan.

Bailey.

Garrish no contestó. La chica y su madre se reían de algo, sin enterarse de que sus intestinos estaban llenos de microbios que comían, se dividían y se multiplicaban. El padre se reunió con ellas y se quedaron juntos al sol, un retrato de familia en la cruz de la mira.

-¡Maldita sea! -protestó Bailey. Oyó sus pasos pasillo abajo.

Garrish apretó el gatillo.

El rifle retrocedió con fuerza contra su hombro, pero era el retroceso blando y perfecto que recibes cuando has apoyado el arma exactamente en el punto apropiado. La cabeza rubia de la muchacha sonriente se cortó.

Su madre siguió sonriendo por un instante y luego se llevó la mano a la boca. Chilló a través de la mano. Garrish le disparó. Mano y cabeza se desintegraron en un surtidor rojo. El hombre que había estado cargando las maletas echó a correr.

Garrish le siguió y le disparó a la espalda. Entonces levantó la cabeza, abandonando la mira por un momento. Quinn sostenía la pelota y contemplaba los sesos de la chica rubia que se habían estrellado en el cartel de PROHIBIDO APARCAR que había detrás de su cuerpo tendido. Quinn no se movió. En toda la explanada la gente se había quedado petrificada, como niños jugando a estatuas.

Alguien volvió a golpear la puerta, y sacudió el picaporte. Otra vez Bailey:

-¿Curt? ¿Estás bien, Cun? Creo que alguien ha...

-Buena bebida, buena carne, buen Dios, ¡vamos a comer! -exclamó Garrish y disparó a Quinn. Tiró del gatillo en lugar de apretar y el tiro salió desviado. Quinn echó a correr. Ningún problema. El segundo disparo dio en el cuello de Quinn y le hizo volar unos, tal vez, cinco metros.

-¡Curt Garrish *se está* matando! -chillaba Bailey-. ¡Rollins! ¡Rollins! ¡Ven corriendo!

Sus pasos volvieron a perderse por el corredor.

Ahora todos echaban a correr. Garrish podía oír cómo gritaban. También podía oír el apagado sonar de los pies en la explanada.

Miró a Bogie. Bogie sostenía sus dos pistolas y miraba por encima de él. Contempló los restos esparcidos del Pensador de Piggy y se preguntó qué estaría haciendo Piggy hoy, si estaba durmiendo, o viendo la televisión, o disfrutando de un enorme y maravilloso ágape.

¡Cómete el mundo, Piggy! -pensó Garrish-. ¡Hay que tragarlo de golpe!»

-¡Garrish! -Ahora era Rollins el que golpeaba la puerta-. ¡Abre, Garrish!

-Se ha encerrado -jadeó Bailey-. Tenía mala cara, se ha matado, lo sé.

Garrish volvió a sacar el cañón por la ventana. Un muchacho con una camisa a cuadros estaba en cuclillas detrás de un seto, vigilando las ventanas de los dormitorios con desesperada intensidad. Quería escapar, correr, Garrish lo vio, pero sus piernas estaban yertas.

-Santo Dios, vamos a comer -murmuró Garrish y empezó a apretar de nuevo el gatillo.

ZARABANDA NUPCIAL

En el año 1927 estábamos tocando jazz en una taberna de Morgan, Illinois, una ciudad a unos cien kilómetros de Chicago. Era una región algo despoblada, no había ninguna otra ciudad grande en un radio de treinta y tantos kilómetros. Pero había muchos granjeros que suspiraban por algo más fuerte que una música dulzona y muchas supuestas bailarinas de jazz que salían con sus novios vaqueros. También había algunos casados (se les reconoce siempre, amigo, como si llevaran una etiqueta) que se iban lejos de casa para ir a donde nadie les reconocerla mientras se daban un garbeo con sus no del todo legítimas acompañantes.

Esto ocurría cuando el jazz era jazz, no ruido. Formábamos un grupo de cinco: batería, cornetín, trombón, piano, trompeta..., y éramos muy buenos. Esto ocurrió tres años antes de que grabáramos nuestro primer disco y cuatro años antes del cine sonoro.

Estábamos tocando *Bamboo Bay*, cuando ese individuo, muy alto, entró, vestido de blanco y fumando una pipa con más adornos que un cuerno de caza. Todo el grupo estaba algo bebido para entonces, pero la gente estaba ciega y armando jaleo. Pero, sin dar guerra; no habíamos tenido una sola pelea en toda la noche. Todos nosotros sudábamos a mares y Tommy Englander, el que llevaba el negocio, seguía mandándonos un whisky tan suave como la seda. Englander era un buen hombre para quien trabajar, y le gustaba el ruido que hacíamos. Por supuesto esto le hacía crecer en mi aprecio.

El tío del traje blanco se sentó en la barra y me olvidé de él. Terminamos la noche con *Aunt Hagar's Blues* que era una pieza que se consideraba entonces atrevida y nos ganamos unos buenos aplausos. Manny lucía una gran sonrisa que le iluminaba el rostro cuando dejó su trompeta -y yo le di unas palmadas en la espalda al bajar del tablado de los músicos. Vi a una muchacha de aspecto solitario, con traje de fiesta verde, que no me había quitado los ojos de encima en toda la noche. Era pelirroja y yo siempre he tenido debilidad por las pelirrojas. Sus ojos y la inclinación de la cabeza eran como una llamada, así que empecé a circular por entre la gente para ir a ver si quería beber algo.

Me encontraba a mitad de camino cuando el hombre del traje blanco se plantó delante de mí. Visto de cerca su aspecto era de tío duro. Se le erizaba el pelo en el cogote a pesar de que olía como una botella entera de crema-brillantina, y tenía esa clase de ojos planos, de extraño brillo, que poseen ciertos peces de aguas profundas.

-Quiero hablar- con usted, fuera -me dijo.

La pelirroja apartó la mirada con un mohín de desencanto.

-Puede esperar -dije-. Déjeme pasar.

-Me llamo Scollay. Mike Scollay.

Me sonaba el nombre. Mike Scollay era un gángster de poca monta que pagaba su cerveza y sus juergas traficando con alcohol procedente de Canadá. Aquella mezcla de alta tensión se había originado donde los hombres llevan faldas y tocan la gaita..., cuando no cuidan de los toneles, vaya. Su fotografía había aparecido alguna vez en los periódicos. La última vez fue cuando otro rival tabernero, Dan, había tratado de coserle a tiros.

-Se encuentra usted muy lejos de Chicago, amigo -le dije.

-Me he traído algunos acompañantes, no se preocupe. Fuera.

La pelirroja me lanzó otra mirada. Le señalé a Scollay y me encogí de hombros. Arrugó la nariz y me dio la espalda.

-Vea -protesté-. Me ha chafado el plan.

-Nenas como ésta, las hay a montones en Chi.

-Yo no quiero un montón.

-Fuera.

Le seguí fuera, claro. El aire me resultaba fresco, después de la atmósfera cargada de humo del club, perfumado por el aroma dulce de la alfalfa recién cortada. Las estrellas habían salido, y brillaban suavemente. También habían salido los acompañantes, pero su aspecto no tenía nada de dulce, y lo único que brillaba eran sus cigarrillos.

-Tengo un trabajo para usted -dijo Scollay.

-No me diga.

-La paga serán doscientos. Puede repartir con su banda o quedarse con cien para usted solo.

-¿De qué se trata?

-De música, ¿qué otra cosa? Mi hermana va a casarse. Quiero que toque usted para la recepción. Le encanta el jazz. Dos de mis muchachos dicen que lo hace usted muy bien.

Ya les he dicho que trabajar para Englander estaba muy bien. Nos pagaba ochenta dólares por semana. Ese tío me ofrecía más del doble por una sola zarabanda.

-Será el próximo viernes, de cinco a ocho -aclaró Scollay- en la sala de «Los Hijos de Erin», en la calle Grover.

-Es demasiado -dije-. ¿Por qué?

-Hay dos razones.

Scollay dio unas chupadas a su pipa. Parecía fuera de lugar en aquella cara. Hubiera debido tener un cigarrillo «Lucky Strike verde», colgando de los labios, o mejor un «Sweet Caporal», el cigarrillo de los vagos. Con la pipa no parecía un vago. La pipa le hacía parecer triste y gracioso.

-Por dos razones -repetió-. Tal vez ha oído decir que el Griego intentó liquidarme.

-Vi su fotografía en el periódico. Usted era el hombre que se arrastraba por la acera.

-Muy listo -rezongó, pero sin fuerza-. Soy demasiado grande para él. El Griego se está haciendo viejo. Debería estar de vuelta en su tierra, bebiendo aceite de oliva y mirando al Pacífico.

-Me parece que es el Egeo -le corregí.

-Me importa un pepino incluso si es el lago Hurón. El caso es que no quiere envejecer. Sigue queriendo liquidarme. No sabe lo que se le viene encima, ni viéndolo.

-Y eso es usted.

-Es usted un jodido de primera clase.

-En otras palabras, me va a pagar doscientos porque nuestra última pieza podría tocarse con acompañamiento de rifle.

La ira iluminó su rostro, pero había en él algo más también. No supe entonces qué era, pero creo que ahora lo sé. Creo que era tristeza.

-Amigo listo, tengo la mejor protección que se puede conseguir con dinero. Si algún gracioso intenta meter las narices por allá, no tendrá la oportunidad de olfatear por segunda vez.

-¿Y la otra razón?

-Mi hermana se casa con un italiano -dijo a media voz.

-Tan buen católico como usted -rezongué.

Apareció la ira de nuevo, incandescente, y por un minuto creí haber ido demasiado lejos.

- ¡Un buen irlandés! ¡De buena vieja raíz irlandesa, hijo, y mejor que no lo olvide! -Luego añadió, tan bajo que casi no pude oírle-. Incluso si he perdido la mayor parte del cabello, lo tenía rojo.

Empecé a decir algo, pero no me dio la oportunidad. Me hizo girar y me acercó su cara tanto que casi nuestras narices se tocaban. Jamás había visto tal ira y humillación y rabia y determinación en la cara de un hombre. Hoy en día ya no se ve tal expresión en un rostro blanco, como se siente uno cuando le hieren y le hacen sentirse pequeño. Todo ese amor y todo ese odio. Pero lo vi en su rostro aquella noche y supe que si decía alguna otra frase chistosa podía darme por muerto.

-Es gorda -murmuró y pude oler a pastillas de menta en su aliento-. Mucha gente se ha reído de mí, a mis espaldas. Pero no lo hacen cuando puedo verles. Voy a decirle una cosa, señor

músico. Quizás ese hombre sea el único que lo consiguió. Pero usted no va a reírse de mí, o de ella o del italiano. Porque va a tocar, y a tocar muy fuerte. Nadie va a reírse de mi hermana.

-Nunca nos reímos cuando estamos tocando. No podríamos soplar.

Esto alivió la tensión. Se echó a reír..., una risa seca, como un ladrido.

-Bueno, preséntese allí a las cinco, dispuesto a tocar «Los Hijos de Erin», en la calle Grover. También les pagaré los gastos de viaje, ida y vuelta.

No preguntaba nada. Me sentí arrastrado a la decisión, pero no me iba a dar tiempo a consultarlo. Vi que se alejaba y que uno de los acompañantes le mantenía abierta la puerta de su cupé «Packard».

Se alejaron. Permanecí fuera un rato más y fumé un cigarrillo. La noche era estupenda, suave y Scollay parecía, cada vez más, algo que hubiera soñado. Estaba deseando poder sacar el tablado al terreno de aparcamiento y tocar allá, cuando Biff puso la mano en mi hombro.

-Ya es hora -me dijo.

-Bien.

Volvimos dentro. La pelirroja había cazado a un marinero entrecano que parecía doblarle la edad. Ignoro lo que un miembro de las Fuerzas de Marina estaba haciendo en Illinois pero, por mí, podía quedarse con él si tenía tan mal gusto. No me sentía bien, el whisky se me había subido a la cabeza y Scollay me parecía más real aquí dentro, donde las emanaciones de lo que él y los de su calaña vendían eran bastante sólidas para flotar encima de ellas.

-Nos han pedido *Camptown Races* -dijo Charlie.

-Olvidalo -corté-. No tocamos esa música negra hasta pasada media noche.

Pude ver a Billy-Boy, sentado al piano, envararse, pero al momento su rostro perdió la crispación. Me hubiera abofeteado de buena gana pero, maldita sea, un hombre no puede cambiar su ritmo, su vocabulario, de la noche a la mañana, o en un año, o quizás incluso en diez. En aquellos días, negro era una palabra que odiaba y que decía continuamente. Me acerqué a él:

-Lo siento Bill..., esta noche no estoy en mis cabales.

-Claro -respondió, pero sus *ojos* pasaron por encima de mi hombro y comprendí que no había aceptado mis excusas. Mal asunto, pero les diré lo que era mucho peor: saber que le había decepcionado.

Les hablé de la zarabanda en el siguiente descanso, siendo sincero con ellos respecto al dinero y les dije que Scollay era un maleante (aunque no les conté sobre el otro maleante que iba a por él). También les dije que la hermana de Scollay era gorda y que Scollay era muy sensible sobre el asunto. Que cualquiera que hiciera bromas sobre fragatas en tierra podía terminar como un colador.

Mientras hablaba no perdía de vista a Billy-Boy Williams, pero no pude leer nada en aquella cara de gato. Habría sido más fácil intentar descubrir lo que pensaba una nuez leyéndole las arrugas de la cáscara. Billy-Boy era el mejor pianista que habíamos tenido y lamentábamos los disgustos que le daban cuando viajábamos de un lugar para otro. Lo peor, naturalmente era el Sur..., el cielo de los negros en las películas, y cosas así..., pero tampoco lo pasaba muy bien en el Norte. ¿Y qué podía hacer yo? ¿Eh? Venga, díganmelo. En aquellos días uno tenía que vivir con todas esas diferencias.

Aparecimos en la sala de «Los Hijos de Erin», el viernes a las cuatro, una hora antes. Viajamos en una furgoneta especial «Ford» que Biff y Manny y yo habíamos montado. La parte de atrás estaba cubierta por una lona y dentro llevábamos dos literas atornilladas al suelo. Incluso llevábamos un hornillo eléctrico, enchufado a la batería, y el nombre del grupo pintado en el exterior.

El día era perfecto..., como hecho a medida, si alguna vez ha habido uno, con nubecillas de verano, blancas, proyectando sombras en los campos. Pero una vez en la ciudad hacía calor y estaba sucia, llena de ajetreo, que uno acaba olvidando cuando se vive en un lugar como Morgan.

Para cuando desembarcamos en la sala, la ropa se me pegaba al cuerpo y necesitaba visitar la estación de consuelo. También me hubiera sentado bien un trago del elixir de Tommy Englander.

«Los Hijos de Erin» era un gran edificio de madera, filial de la iglesia donde la hermana de Scollay iba a casarse. Ya saben el tipo de lugar, si es de los que han hecho la comunión, supongo..., reuniones de los OYC los martes, bingo los miércoles y una fiesta para niños los sábados por la noche.

Emprendimos la marcha llevando cada uno su instrumento y parte de los componentes de la batería de Biff. Una señora delgada, sin delantera aparente, por decirlo de algún modo, dirigía el tráfico en el interior. Dos hombres sudorosos colgaban guirnalda de papel. Había una tarima para la banda en la parte delantera de la sala y por encima una bandera y un par de enormes campanas de papel de color de rosa. Las letras doradas de la bandera decían LO MEJOR PARA MAUREEN Y RICO.

Maureen y Rico. Maldito si no me daba cuenta de lo mal que lo pasaba Scollay. Maureen y Rico. Una pedrada en *el ojo*.

La señora delgada nos cayó encima. Como parecía tener mucho que decir, me adelanté anunciando:

-Somos los músicos.

-¿Los músicos? -Miró desconfiada los instrumentos-. Oh, esperaba que fueran los de la alimentación.

Sonreí como si los proveedores de comida llegaran siempre con timbales y trombones.

-Pueden... -empezó, pero justo en aquel momento apareció un niño de unos diecinueve años. Le colgaba un cigarrillo de la comisura de los labios pero, por lo que pude ver, aquello no mejoraba su imagen y en cambio le hacía llorar el ojo izquierdo.

-Abran esta mierda -ordenó.

Charlie y Biff me miraron. Me encogí de hombros. Abrimos nuestros estuches y él miró al interior de las trompas. Viendo que no había nada que pareciera poder cargarse y disparar, se volvió a su rincón y se sentó en una silla plegable.

-Ya pueden montar sus cosas cuando quieran -prosiguió la señora delgada como si nunca la hubieran interumpido-. Hay un piano en la otra habitación. Haré que mis hombres lo entren tan pronto como terminen de colocar las decoraciones.

Biff empezó a arrastrar su batería- hasta el pequeño escenario.

-Yo creí que eran los proveedores -iba repitiendo desesperada-. El señor Scollay encargó un pastel de bodas y hay unos entrantes, y asados de buey, y...

-Ya llegarán, señora -le dije-. Cobran al entregar.

-...y dos asados de cerdo y un capón y el señor Scollay se pondrá furioso si... -Vio a uno de sus hombres encendiendo un cigarrillo precisamente debajo de una guirnalda de papel, y le gritó: ¡¡¡ HENRY !!! -El hombre dio un salto como si le hubieran disparado. Yo me refugié en la tarima.

A las cinco menos cuarto estábamos listos. Charlie, el del trombón, iba tocando en sordina y Biff se desentumecía las muñecas. Los proveedores había llegado a las 4.20 y Miss Gibson (éste era el nombre de la dama flaca; su negocio era ese tipo de fiestas) casi se les echó al cuello.

Habían montado cuatro mesas, largas, cubiertas de manteles blancos y cuatro mujeres negras con cofia y delantales blancos ponían platos y cubiertos. El pastel fue colocado en el centro de la habitación para que todo el mundo pudiera verlo y admirarlo. Tenía seis pisos de altura y arriba habían colocado una parejita de novios.

Salí a la calle para fumar un cigarrillo y a mitad de camino me pareció oírles llegar..., bocineando y armando gran estruendo. Me quedé donde estaba hasta que vi el primer coche dando la vuelta a la esquina más cercana a la iglesia, entonces desistí de fumar y entré.

-Ya vienen -dije a Miss Gibson.

Palideció y casi se tambaleó sobre sus tacones. He aquí una mujer que debió haber elegido otra profesión..., decoradora, quizás, o bibliotecaria.

-¡El zumo de tomate! -chilló-. ¡Traigan el zumo de tomate!

Volví junto al grupo y nos preparamos. Habíamos tocado en celebraciones como ésta -y ¿quién no?- y cuando se abrieron las puertas, nos lanzamos a una interpretación sincopada de la *Marcha Nupcial*, que yo mismo había arreglado. Si les parece que todo esto suena como un cóctel de limonada, les daré la razón, pero en la mayoría de las recepciones donde lo tocamos, lo aceptaron, y ésta no era diferente de las otras. Todo el mundo aplaudía y gritaba y silbaba, luego empezaron a hablar entre ellos. Pero por la forma en que alguno de ellos movía los pies mientras hablaba, pensé que iba siendo hora. Empezamos..., me dije que iba a ser una buena zarabanda. Sé todo lo que se dice de los irlandeses, y la mayor parte es verdad, pero demonio, lo pasan en grande una vez se han decidido a hacerlo.

De todos modos, tengo que confesar que por poco lo estropeo todo cuando el novio y la ruborosa novia entraron. Scollay, vestido de chaqué, me echó una mala mirada y no crean que no la vi. Logré mantener un rostro impasible, y el resto del grupo también... ni uno sólo desafinó. Fue una suena para nosotros. Parecía como si todos los invitados fueran los guardaespaldas de Scollay y sus mujeres, y ya habían sufrido la primera impresión. Tenía que ser así si habían estado en la iglesia. Yo sólo oí vagos rumores, por decirlo así.

Ya habrán oído hablar de Jack Sprat y su mujer. Bien, pues esto era cien veces peor. La hermana de Scollay tenía el pelo rojo, que él estaba perdiendo, y lo tenía largo y rizado. Pero no era aquel bonito color cobrizo que a lo mejor imaginan. No, éste era rojo de la región de Cork..., brillante como una zanahoria y rizado como los muelles de una cama. Su tez era naturalmente blanca pero llevaba encima demasiadas pecas. Y, uno dijo Scollay que era gorda? Amigo, esto era como decir que uno puede comprar algo en «Macys». Era un dinosaurio humano..., ciento cincuenta kilos como mínimo. Yestaban todos en el pecho y las caderas, y los muslos como suele ocurrir con las gordas, haciendo que lo que debía ser sexy fuera grotesco y terrorífico a la vez. Algunas gorditas tienen caras patéticamente bonitas, pero la hermana de Scollay no tenía ni eso. Sus ojos estaban demasiado juntos, su boca demasiado grande y las orejas despegadas. Luego, claro, estaban las pecas. Incluso delgada, hubiera sido lo bastante fea para parar un reloj..., demonio, todo un escaparete de relojes.

Esto, por si solo, no hubiera hecho reír a nadie, a menos que fueran estúpidos y de naturaleza malvada. Era cuando se añadía el novio, Rico, al conjunto, cuando uno deseaba reír hasta llorar. Podía haberse puesto una chistera y así todo no llegaba a la mitad de su sombra. Parecía como si hubiera podido pesar unos cuarenta y cinco kilos, empapado. Era delgado como un riel, y su tez, olivácea oscura. Cuando sonreía nervioso, sus dientes parecían una valla de barriada pobre.

Seguimos tocando.

Scollay rigió:

-¡Vivan los novios! ¡Que Dios les dé toda suerte de felicidades!

Y si Dios no se las diera, anunciaba su expresión feroz, *mejor que se las deis vosotros..., por lo menos hoy.*

Todo el mundo gritó y aplaudió. Terminamos nuestro número con un floreo y esto mereció otros aplausos. Maureen, la hermana de Scollay, sonrió. Dios, qué grande era su boca. Rico reía como un bobalicón.

De momento, todo el mundo paseaba, comía queso, o fiambres o galletitas y bebían el mejor whisky escocés importado», de Scollay. Yo había bebido ya tres, entre pieza y pieza, y dejaba en la sombra al de Tommy Englander.

Scollay pareció también sentirse más feliz..., un poco, por lo menos.

Una vez llegó hasta el escenario y nos dijo:

-Tocáis muy bien -y esto, viniendo de un amante de la música como él, supuse que sería un verdadero cumplido.

Antes de que todos se sentaran a la mesa, Maureen se acercó personalmente. Todavía era más fea vista de cerca y su traje blanco (debía haber suficiente raso blanco alrededor de aquella

mole para vestir unas tres camas) no la ayudaba nada. Nos pidió si podíamos tocar *Rosas de Picardía*, como Red Nichols y sus Cinco Peniques, porque, nos dijo, era su canción favorita. Fea y gorda sí era, pero no tonta..., como algunas de las que habían venido a pedirnos piezas. La tocamos, pero no muy bien. De todas formas nos dedicó una dulce sonrisa que casi la hacía bonita, y aplaudió cuando hubimos terminado.

Se sentaron a comer sobre las 6.15 y las camareras de Miss Gibson les fueron sirviendo. Se echaron sobre los platos como una manada de animales, lo que no sorprendía demasiado, y siguieron tragando aquel producto de alta tensión todo el tiempo. Yo no pude evitar contemplar cómo comía Maureen. Me esforcé por desviar la mirada, pero mis ojos volvían como para asegurarse de que estaban viendo lo que *pensaban* que veían. Los demás también tragaban pero ella les hacía parecer viejas damas en un salón de té. Ya no tenía tiempo ni para dulces sonrisas, ni para escuchar *Rosas de Picardía*; podía haberse colocado un letrero delante de ella que explicara: MUJER TRABAJANDO. Esa señora no necesitaba ni un cuchillo ni un tenedor; lo que necesitaba era una pala mecánica y una cinta transportadora. Era triste contemplarla. Y Rico (solamente se le veía la barbilla sobre la mesa donde se sentaba la novia y un par de ojos castaños tan tímidos como los de un ciervo) le iba pasando cosas, sin por ello perder su sonrisa bobalicona.

Descansamos veinte minutos mientras tenía lugar la ceremonia de cortar el pastel y la propia Miss Gibson nos dio de comer en la cocina. Hacía un calor de espanto porque -el fogón estaba encendido y ninguno de nosotros tenía mucha hambre. La zarabanda había empezado bien, y ahora estaba mal. Lo leía en las caras de mi gente..., y en la de Miss Gibson, también, no crean.

Cuando volvimos al escenario, la bebida había empezado en serio. Unos individuos con aspecto de «duros», circulaban con falsas sonrisas en sus caras o se reunían en los rincones haciendo cambalaches con hojas de apuestas. Algunas parejas querían bailar charleston, así que tocamos *Aunt Hagar's Blues* (y esos nemos se lo tragaron) y *I'm Gonna Charleston Back to Charleston* y otras piezas por el estilo. Música para jovencitos. Las muchachas se agitaban por la pista, enseñando las medias y chasqueando los dedos junto a la cara y chillando vi-do-di-oh-du una frase que hasta hoy me produce ganas de vomitar la cena. Estaba oscureciendo. Las mosquiteras de algunas ventanas se habían caído y las polillas entraron y revolotearon en bandadas alrededor de las luces. Y como dice la canción, la orquesta siguió tocando. La novia y el novio se mantenían en segundo plano..., ninguno de los dos parecía interesado en marcharse..., casi olvidados. Incluso Scollay parecía haberse olvidado de ellos. Estaba bastante bebido.

Serían casi las 8.00 cuando entró el hombrecito. Me di cuenta al momento, porque estaba sobrio y parecía asustado; asustado como un gato, corto de vista, en un perrera. Se acercó a Scollay que estaba hablando con una muñeca junto al escenario, y le golpeó en el hombro. Scollay dio la vuelta, y oí cada una de las palabras que dijeron. Creánme, ojalá no hubiera oído nada.

-¿Quién demonios eres? -preguntó Scollay con malos modos.

-Mi nombre es Demetrius -explicó el hombrecito-. Demetrius Katzenos. Vengo de parte del Griego.

Todo movimiento cesó en la sala. Se desabrocharon las chaquetas y las manos desaparecieron debajo de las solapas. Vi a Manny que se ponía nervioso. Maldición, tampoco me sentía yo muy tranquilo. Pero seguimos tocando, cómo no.

-No me diga -respondió Scollay plácidamente.

El hombrecillo estalló:

-¡Yo no quería venir, Mr. Scollay! El Griego tiene a mi mujer. Dice que la matará si no le doy su recado.

-¿Qué recado? -gruñó Scollay. La tormenta volvía a aparecer en su frente.

-Dice... -El pobre hombre se calló, con expresión angustiada. Se le movía la garganta como si las palabras fueran cosas vivas atrapadas allí y le estuvieran ahogando-. Dijo que le dijera que su hermana es un cerdo gordo. Dice..., dice... -Sus ojos se volvieron alocados al verla expresión de Scollay. Eché una mirada a Maureen. Parecía como si la hubieran abofeteado-. Dice que tiene

picor. Dice que si una gorda tiene picor en la espalda, debe comprarse un rascador. Dice que si una gorda tiene picor en cierto sitio, se compra un hombre.

Maureen lanzó un terrible grito ahogado y salió corriendo, sollozando. El suelo tembló. Rico corrió tras ella, desconcertado, retorciéndose las manos.

Scollay había enrojecido de tal forma que sus mejillas estaban realmente moradas. Yo casi temí..., bueno, algo más que casi temí..., que se le salieran los sesos por el oído. Y volví a ver aquella expresión de enloquecida angustia que le había visto aquella noche, fuera, delante del local de Englander. Tal vez era un bandido de poca monta, pero le compadecí. Usted lo habría hecho también.- Cuando volvió a hablar su voz estaba muy tranquila..., casi bondadosa.

-¿Hay algo más?

El pequeño griego se encogió. Su voz estaba quebrada por el pánico:

-¡Por favor, no me mate, Mr. Scollay! Mi mujer..., el Griego tiene a mi mujer. Yo no quería decir estas cosas. Tiene a mi esposa, mi mujer...

-No voy a hacerte daño -dijo Scollay con voz aún más mansa-. Pero termina de decírmelo todo.

-Dijo que toda la ciudad se reía de usted.

Habíamos dejado de tocar y por unos segundos hubo un silencio de muerte. Entonces Scollay levantó los ojos al techo. Le temblaban las manos y las cruzó delante de él. Las mantenía tan apretadas que me pareció que podía verle los tendones a través de su camisa.

¡ESTÁ BIEN! -chilló-. ¡ESTÁ BIEN!

Se fue hacia la puerta. Dos de sus hombres le siguieron intentando detenerle, trataron de decirle que aquello era un suicidio, que era lo que precisamente quería el Griego, pero Scollay estaba como loco. Los derribó y salió fuera, a la negra noche veraniega.

En el silencio absoluto que siguió, lo único que pude oír fue la entrecortada respiración del mensajero y por alguna parte en el fondo del salón, el dulce llanto de la novia.

Entonces, el jovenzuelo que nos había registrado cuando llegamos soltó una maldición y corrió hacia la puerta. Fue el único.

Antes de que pudiera llegar a pasar por debajo del gran trébol de papel de la entrada, chirriaron los frenos de un coche en la calle y los motores se pusieron en marcha..., muchos motores. Sonaba como el Memorial Day, allá afuera.

-¡Oh, buen Jesús! -chilló el joven desde la entrada-. ¡Es una jodida concentración de coches! ¡Agáchese jefe! ¡Agáchese! ¡Agáchese...!

La noche se llenó de explosivos, de tiros. Por un minuto, o tal vez dos, ¡aquello fue como la Primera Guerra Mundial! las balas entraban por la puerta abierta del vestíbulo y uno de los globos de luz, del techo, explotó. Fuera la noche resplandecía con los fuegos artificiales de los Winchester. Luego los coches se retiraron. Una de las puñitas se estaba quitando trozos de vidrio del cabello.

Ahora que había terminado el peligro, el resto de los acompañantes se precipitaron fuera. La puerta de la cocina se abrió de golpe y Maureen la cruzó corriendo. Todo lo que tenía le bailaba. Su cara estaba más hinchada que de ordinario. Rico iba tras ella como un sirviente desconcertado. Cruzaron la puerta.

Miss Gibson apareció en la sala vacía, con los ojos muy abiertos, impresionada. El hombrequito que había empezado todo aquel jaleo se había esfumado.

-Fue un timteo -murmuró Miss Gibson- ¿Qué ha pasado?

-Creo que el Griego acaba de enfriar al pagano -aclaró Biff.

Me miró, asombrada, pero antes de que pudiera traducir, Billy-Boy dijo con su voz dulce y correcta:

-Quiere decir que Mr. Scollay acaba de ser liquidado, Miss Gibson.

Miss Gibson se le quedó mirando, con los ojos cada vez más abiertos y de pronto se desmayó. Yo también me sentí dispuesto al desmayo.

Precisamente entonces, desde fuera, llegó el grito más angustiado que jamás oí, entonces, o desde entonces. Aquel espantoso aullido siguió y siguió. No había que asomarse a la puerta para saber quién se estaba partiendo el corazón en la calle, llorando sobre su hermano muerto mientras los polis y los cazadores de noticias estaban en camino.

-Esfumémonos -dije-. Rápidamente.

Antes de que pasaran cinco minutos lo habíamos recogido todo. Algunos de los acompañantes volvieron a entrar, pero estaban demasiado borrachos y demasiado asustados para fijarse en gente como nosotros.

Salimos por la parte de atrás, llevando cada uno parte de la batería de Biff. ¡Vaya espectáculo que debimos dar, para los que nos vieron, yendo calle arriba! Yo abría la marcha con el estuche de mi trompeta bajo el brazo y un címbalo en cada mano. Los muchachos esperaron en la esquina mientras yo iba en busca de la furgoneta. La poli no había aparecido aún. La pobre gorda estaba agachada junto al cuerpo de su hermano, en mitad de la calle, gimiendo como un fantasma irlandés, mientras su menudo marido giraba a su alrededor como una luna en órbita de un gran planeta.

Yo llevé la furgoneta a la esquina y los muchachos lo echaron todo dentro de cualquier modo. Luego salimos pitando de allí. Hicimos una media de setenta kilómetros por hora, de regreso a Morgan, por caminos vecinales y demás y, o bien los compañeros de Scollay no pensaron en denunciarnos a la Policía, o a la Policía no les interesamos, porque nunca tuvimos noticias suyas.

Tampoco cobramos los doscientos dólares.

Diez días después, una chica irlandesa, gorda, vestida de hito, apareció en el local de Tommy Englander. El negro le sentaba tan mal como el raso blanco.

Englander debía de saber quién era (su fotografía había sido en los periódicos de Chicago, junto a la de Scollay) porque la acompañó, personalmente, a una mesa y mandó callar a un par de borrachos, en el bar, que se habían estado riendo.

Yo lo sentí por ella, lo mismo que compadezco a veces a Billy-Boy. No hace falta estar en el lugar de ellos para darse cuenta, aunque también creo que uno no puede saber lo que es. Y la había encontrado simpática, por lo poco que hablé con ella.

Cuando llegó el descanso, me acerqué a su mesa.

-Siento lo de su hermano -le dije torpemente-. Sé que le quería mucho y...

-Fue como si yo hubiera disparado aquellas armas contra él. -Se miró las manos, y ahora que me fijaba en ellas vi que realmente era lo mejor que tenía, pequeñas y bien formadas-. Todo lo que aquel hombrecito dijo era verdad.

-Oh, no lo diga -repliqué... un non *sequitur*, si alguna vez lo hubo, pero ¿qué podía decirle? Lamenté haberme acercado, hablaba de una forma muy rara, como si estuviera sola y loca.

-Pero no voy a divorciarme de él -prosiguió-. Antes me mataría y me condenaría al infierno.

-No diga estas cosas -le rogué.

-¿Nunca ha querido matarse? -pregunto mirándome

exaltada- ¿No lo ha pensado nunca cuando la gente le trata mal y encima se ríen de usted? ¿O nunca nadie se lo ha hecho? Aunque me lo diga, me perdonará, pero no le creeré. ¿Sabe lo que se siente cuando uno come y come y se odia por ello, y sigue comiendo? ¿Sabe lo que una siente cuando mata a su propio hermano porque está gorda?

La gente se volvía a mirarnos, y los dos borrachos volvían a reírse.

-Lo siento -murmuré.

Quería decirle que yo también lo sentía. Quería decirle... Oh cualquier cosa, supongo, que la hiciera sentirse mejor. Gritarle, hasta dar con ella en el fondo de todo aquella carne..., pero no se me ocurrió nada. Sólo le dije:

-Tengo que irme. Tenemos que volver a tocar un poco más.

-Naturalmente -musitó con dulzura-. Claro que debe irse..., o empezarán a reírse de *usted*. Pero yo venía por... ¿Quiere tocar Rosas *de* Picardía? Pensé que lo había tocado muy bien en la recepción. ¿Quiere hacerlo por mi?

-Claro. Encantado.

Y tocamos. Pero se marchó a mitad, y como era una cosa que desentonaba en casa de Englander lo dejamos y nos lanzamos a una versión sincopada de Varsity Drag. Esto siempre les encanta. Bebí demasiado aquella noche y a la hora de cerrar me había olvidado de ella. Bueno, casi.

Cuando ya me iba, se me ocurrió..., lo que hubiera debido decirle. Que la vida sigue..., esto es lo que hubiera debido decirle. Es lo que se dice a la gente cuando se les muere un ser querido. Pero, pensándolo mejor, me alegro de no haberlo hecho. Porque quizás esto era lo que la asustaba.

Naturalmente, ahora todo el mundo conoce a Maureen Romano y a su esposo Rico, que la ha sobrevivido como invitado de los contribuyentes, en la Penitenciaría Estatal de Illinois. Se sabe que ella se hizo cargo de la modesta organización de Scollay y la transformó en un Imperio de la Ley Seca que rivalizó con el de Capone, que liquidó a otros dos gánsters de la región y absorbió sus operaciones, que mandó traer al Griego ante ella y al parecer le mató metiéndole una cuerda de piano por el ojo izquierdo hasta llegar al cerebro, mientras de rodillas ante ella lloraba y suplicaba por su vida. Rico el sombrero servidor, fue su primer lugarteniente y fue responsable, él solito, de una docena de matanzas.

-Fui siguiendo las hazañas de Maureen desde la Costa Oeste donde estábamos grabando unos discos de gran éxito. Pero sin Billy-Boy. El había formado su propio grupo poco después de que dejáramos a Englander, un grupo enteramente negro que tocaban jazz y sincopado. Tuvieron mucha , suerte por el Sur y yo me alegré por ellos. Fue una suerte, porque en muchos lugares no querían ni probarnos al enterarse de que había un negro con nosotros.

Pero les estaba hablando de Maureen. Era siempre noticia, y no solamente porque fuera una especie de Ma Barker con cerebro, aunque esto también contaba. Era *terriblemente* gorda y terriblemente mala, y los americanos de costa a costa sentían un extraño afecto por ella. Cuando murió, de un ataque al corazón en 1933, algunos de los periódicos dijeron que pesaba doscientos cincuenta kilos. Pero yo lo dudo. No creo que nadie llegue a ser tan gordo, ¿no creen? En todo caso, su entierro llenó las primeras páginas, mucho más de lo que se hizo con su hermano, que no pasó de la página cuatro en toda su miserable carrera. Se necesitaron diez hombres para llevar el ataúd. En uno de los ilustrados había una fotografía del transporte. Era una fotografía horrible; no se podía mirar. Su ataúd era del tamaño de una cámara para carne..., lo que, en definitiva, creo que era. Rico no era lo bastante inteligente para llevar solo el negocio y le cazaron por asalto e intento de asesinato al afilo siguiente.

Nunca he podido olvidarla, ni tampoco la tremenda expresión angustiada de Scollay la primera noche en que habló de ella. Pero volviendo la vista atrás, tampoco la compadezco demasiado. Los gordos pueden siempre dejar de comer. Los muchachos como Billy-Boy Williams sólo, pue: din dejar de respirar. Todavía no veo bien qué pude haber hecho para ayudarles, pero de vez en cuando me remuerde la conciencia. Probablemente será porque he envejecido y no duermo tan bien como dormía antes, cuando era un guño. Será esto, ¿no les parece?

-¿No les parece?

PARANOIA: UN CANTO

Ya no puedo salir.
Hay un hombre junto a la puerta
con impermeable
fumando un cigarrillo.

Pero

Lo he puesto en mi diario
y las direcciones están todas en fila
sobre la cama, ensangrentadas por la luz
del letrero del bar vecino.

Él sabe que si muero
(o incluso si desaparezco)
aparece el diario y todo el mundo se entera
que la CIA está en Virginia.

500 etiquetas compradas en
500 mostradores de tiendas, todas distintas,
y 500 cuadernos
con 500 páginas en cada uno.

Estoy preparado

Puedo verle desde aquí.
Su cigarrillo brilla
por encima del cuello de la trinchera
y por alguna parte hay un hombre en un Metro
sentado debajo de un anuncio y pensando en mi nombre.

Los hombres me han discutido en cuartos traseros.
Si suena el teléfono sólo hay aliento de muerte.

En el bar, al otro lado de la calle, un revólver
achatado ha cambiado de dueño en el lavabo.
Cada bala lleva mi nombre.
Mi nombre está escrito en viejos ficheros
y buscado en las listas del depósito de cadáveres.

Mi madre ha sido investigada;
gracias a Dios que ha muerto.

Tienen muestras de escritura
y examinan las vueltas de las pés
y las cruces de las tés.

Mi hermano está con ellos, ¿se lo dije?

Su esposa es rusa y él
no deja de pedirme que rellene formularios.

Lo tengo en mi diario.
Escuchen...
 escuchen
 escuchen por favor:
 deben escucharme.

Bajo la lluvia, en la parada del autobús,
negros cuervos con negros paraguas
simulan mirar sus relojes, pero
no está lloviendo. Sus ojos son dólares de plata.

Algunos son eruditos a sueldo del FBI,
la mayoría extranjeros que invaden
nuestras calles. Les engañé
salté del autobús entre la 25 y Lex
donde un cochero me miraba por encima de su periódico.

En la habitación que hay sobre la mía, una vieja
ha montado una succión eléctrica en su suelo.
Se lleva rayos de mi instalación eléctrica
y ahora escribo a oscuras
al resplandor del letrero del bar.
Les digo que lo sé.

Me mandarán un perro con manchas pardas
y una radio de telaraña en el hocico.
Lo ahogué en la fregadera y lo escribí
en la carpeta GAMMA.

Ya he dejado de mirar el buzón.
Las felicitaciones son cartas-bomba.

(¡Aléjate! ¡Maldito seas!
¡Aléjate! ¡Ya conozco a los altos!
¡Les digo que conozco a gente muy alta!)

El pequeño restaurante equipado con suelos parlantes
y la camarera dijo que era sal, pero yo conozco el arsénico
cuando me lo ponen delante. Y el gusto amarillo de la mostaza
para encubrir el amargo olor de las almendras.

He visto extrañas luces en el cielo.
Anoche, un hombre oscuro, sin rostro, se arrastró nueve millas
de recorrido de cloacas para salir en mi retrete, esperando
oír llamadas telefónicas a través de la endeble madera
con orejas de cromo.
Se lo digo, hombre, oigo.

Vi las huellas embarradas de sus manos
sobre la porcelana
Ya no contesto al teléfono
¿se lo había dicho?

Se proponen inundar la tierra con mierda.
Se proponen penetrar a la fuera.

Tienen médicos que
abogan por extrañas posturas sexuales.
Fabrican laxantes con droga
y supositorios que queman.

Saben cómo apagar el sol
con explosivos.

Yo me envuelvo en hielo..., ¿se lo había dicho?
Evita sus infralances.
Conozco encantamientos y llevo amuletos.
Podéis creer que me teméis, pero podría destruirlos
Ahora, en cualquier momento.

En cualquier momento.

En cualquier momento.

¿Quieres algo de café, mi amor?

¿Les dije que ya no puedo salir?
Hay un hombre junto a la puerta
con un impermeable.

EL PROCESADOR DE PALABRAS DE LOS DIOS

A primera vista parecía un procesador de palabras Wang..., tenía un teclado Wang y un revestimiento Wang. Solamente cuando Richard Hagstrom lo miró por segunda vez vio que el revestimiento había sido abierto (y no con cuidado, además; le pareció como si el trabajo se hubiera hecho con una sierra casera) para encajar en él un tubo catódico IBM ligeramente más grueso. Los discos de archivo que habían llegado con ese extraño bastardo no eran nada flexibles; eran tan duros como los disparos que Richard había oído de niño.

-Por el amor de Dios, ¿qué es esto? -preguntó Lina, cuando él y Mr. Nordhoff lo trasladaron penosamente hasta su despacho. Mr. Nordhoff había sido vecino de la familia del hermano de Richard Hagstrom... Roger, Belinda y su hijo, Jonathan.

-Una cosa que construyó Jon -explicó Richard-. Dice Mr. Nordhoff que quería que yo lo tuviera. Parece un procesador de palabras.

-Eso es -dijo Mr. Nordhoff. Tenía más de sesenta años y respiraba con dificultad-. Esto mismo fue lo que dijo que era, pobrecillo... ¿Cree que podríamos descansar un momento, Mr. Hagstrom? Estoy sin aliento.

-No faltaba más -respondió Richard y llamó a su hijo, Seth, que estaba fabricando acordes extraños y átonos en su guitarra «Fender», abajo..., la habitación que Richard había destinado como .cuarto de estar cuando lo había empapelado, se había transformado en la sala de ensayo» de su hijo-. Seth -gritó-. Ven a echarnos una mano.

Abajo, Seth siguió arrancando acordes a su «Fender». Richard miró a Mr. Nordhoff y se encogió de hombros; avergonzado e incapaz de disimularlo. Nordhoff hizo lo mismo como si quisiera decirle: ¡Los chicos! *¿Quién puede esperar nada bueno de ellos hoy en día?* Excepto que ambos sabían que ion, el hijo de su hermano loco... había sido estupendo.

-Ha sido usted muy amable ayudándome con esto -dijo Richard.

-¿Qué otra cosa puede hacer un viejo con el tiempo que le sobra? Y creo que es lo menos que puedo hacer por Jonny. Venía a recortarme el césped, gratis, ¿sabe? Quería pagarle, pero el muchacho no lo aceptó nunca. Era un gran chico... -Nordhoff seguía ahogándose-. ¿Podría darme un vaso de agua, Mr. Hagstrom?

-Claro. -Se lo fue a buscar él mismo cuando su mujer ni se movió de la cocina donde estaba leyendo una novelucha y comiendo galletas-. ¡Seth! -volvió a llamar-. Sube y ayúdanos, ¿quieres?

Pero Seth siguió tocando sus acordes amortiguados y feos en la «Fender» por la que Richard estaba aún pagando.

Invitó a Nordhoff a que se quedara a cenar, pero Nordhoff se excusó cortésmente. Richard lo aceptó, de nuevo avergonzado pero disimulándolo mejor esta vez. *¿Qué hace un tipo estupendo como tú con una familia como ésta?* le preguntó un día su amigo Bernie Epstein, y Richard sólo había podido mover la cabeza, sintiendo la misma embarazosa vergüenza que sentía ahora. Era un buen tipo, y ya ven, esto era lo que le había tocado..., una mujer gorda y aburrida que se sentía estafada por no tener lo mejor de la vida, que sentía que había apostado por un caballo perdedor (pero que era incapaz de atreverse a decirlo) y un hijo de quince años, nada comunicativo y que trabajaba lo menos posible en la misma escuela donde Richard enseñaba... un hijo que tocaba horripilantes acordes en la guitarra, mañana, tarde y noche (sobre todo por la noche) y que parecía pensar que aquello le bastaría para salir adelante.

-Bueno, ¿y qué me dice de una cerveza? -preguntó Richard. Se resistía a dejar marchar a Mr. Nordhoff..., quería oír más sobre ion.

-Una cerveza me encantaría -dijo Nordhoff, y Richard se lo agradeció.

-Magnífico -y se fue a buscar un par de «Buds».

Su despacho estaba en un pequeño pabellón, más como un cobertizo, separado de la casa y, lo mismo que el cuarto de estar, se lo había arreglado él mismo. Pero, al contrario del cuarto de estar, éste era un lugar que consideraba propio..., un lugar donde podía aislarse de la forastera con la que se había casado y del extraño que había concebido.

A Lina, por supuesto, no le parecía bien que él tuviera un refugio personal, pero no lo había podido evitar..., había sido una de las pocas, pequeñas, victorias que él había conseguido obtener. Suponía que, en cierto modo, *ella sí había* apostado por un perdedor... Cuando se casaron, dieciséis años atrás, ambos creían que él escribiría novelas maravillosas y lucrativas y que no tardarían en circular en sendos «Mercedes-Benz». Pero la única novela que publicó no había sido lucrativa y los críticos no tardaron en decir que tampoco era muy buena. Lina había visto las cosas desde el mismo punto de vista que los críticos y esto había sido el principio de su distanciamiento.

Así que las clases en la escuela superior, que ambos habían creído que no serían más que una escalera hacia la fama, la gloria y la riqueza, eran su principal fuente de ingresos desde hacía quince años..., una interminable escalera, se decía a veces. Pero jamás había abandonado su sueño. Escribía cuentos y algún que otro artículo. Era miembro, bien considerado, de la Hermandad de Autores. Ganaba unos 5.000 dólares extra todos los años, con su máquina de escribir, y por mucho que Lina protestara, aquello le daba derecho a su propio estudio..., especialmente dado que ella se negaba a trabajar.

-Un sitio estupendo -dijo Nordhoff, contemplando la pequeña estancia con su abundancia de antiguos grabados en las paredes.

El procesador bastardo estaba sobre la mesa con el CPU guardado debajo. La vieja «Olivetti» eléctrica de Richard había sido colocada, de momento, encima de uno de los ficheros.

-Es lo que necesito -contestó Richard. Con la cabeza señaló el procesador-. ¿Cree que esto va a funcionar? Jon sólo tenía catorce años.

-Es un poco raro, ¿verdad?

-Ya lo creo -asintió Richard.

-No conoce ni la mitad -rió Nordhoff-. Eché una mirada por detrás del vídeo. Algunos de los cables llevan impreso IBM, y algunos «Radio Shack». Ahí metido hay gran parte de un teléfono «Western Electric». Y, créalo o no, hay un pequeño motor procedente de un «Erector Set.» -Sorbió la cerveza y dijo, reminisciente-: Quince. Acababa de cumplir quince. Un par de días antes del accidente... -Pasado unos segundos repitió, mirando la botella de cerveza-. Quince -pero lo dijo en voz baja.

-«¿Erector Set?» -preguntó Richard, curioso, mirando al viejo.

-Eso es. «Erector Set» fabrica un pequeño modelo eléctrico. Jon tenía uno, desde que era..., oh, desde los seis años. Se lo regalé un año por Navidad. Ya entonces le volvían loco las cosas mecánicas. Cualquier aparatito le encantaba, así que imagine lo que fue aquella caja de pequeños motores «Erector Set» para él. Le debió encantar. Lo guardó por más de diez años. Pocos niños lo hacen, Mr. Hagstrom.

-Es verdad -asintió Richard pensando en la cantidad de cajas de juguetes de Seth que había tirado en aquellos años..., rotos, olvidados, destrozados por el placer de destrozarse. Miró el procesador de palabras-. Entonces seguro que no funciona.

-No lo diga hasta que lo haya probado -advirtió Nordhoff-. El muchacho era lo más parecido a un genio electrónico.

-Creo que está exagerando. Sé que era hábil con la mecánica, y que ganó el premio de la Feria Estatal de la Ciencia, cuando estaba en sexto grado...

-Compiendo con muchachos mucho mayores que él..., alguno de ellos de la Escuela Superior. Por lo menos esto fue lo que dijo su madre.

-Es cierto. Todos estuvimos muy orgullosos de él.

Pero no era exactamente verdad. Richard se había sentido orgulloso, y la madre de Jon también; al padre del muchacho le importaba un bledo.

-Pero una cosa son los proyectos de la Feria de la Ciencia y otra construir tu propia máquina de palabras... -se encogió de hombros.

Nordhoff dejó su cerveza:

-Allá por los cincuenta, un chico fabricó un propulsor atómico con dos latas de sopa y un equipo eléctrico por valor de cinco dólares. Jon me lo contó. También me dijo que había un chico en alguna ciudad rural de Nuevo México que descubrió los taquiones... partículas negativas que por lo visto pueden viajar hacia atrás a través del tiempo..., en 1954. Y un niño de Waterbury, Connecticut, de once años, que fabricó una bomba con el plástico que arrancó de las cartas de una baraja. Con ella voló una caseta de perro, vacía. Los chicos son raros, a veces. Sobre todo los genios. Le sorprendería.

-A lo mejor. Puede que me sorprenda.

-En todo caso, era un muchacho estupendo.

-Usted le quería un poco, ¿verdad?

-Le quería mucho, Mr. Hagstrom -confesó Nordhoff-. Era realmente estupendo.

Y Richard pensó en lo extraño que era..., su hermano, que había sido un verdadero desastre desde la niñez, había encontrado una mujer magnífica y un hijo inteligente. El mismo, que siempre había tratado de ser amable y bueno, (lo que podía significar bueno» en este mundo de locos) se había casado con Lina que se hizo una mujer silenciosa, desastrada, y con ella había tenido a Seth. Mirando ahora el rostro honrado, sincero y cansado de Nordhoff, se encontró preguntándose cómo había podido ocurrir y cuánto había sido por su culpa, como resultado natural de su propia y callada debilidad.

-Si -dijo Richard- realmente lo era.

-No me sorprendería que esto funcionara -comentó Nordhoff-. No me sorprendería nada

Y después de que Nordhoff se fuera, Richard Hagstrom había enchufado el procesador y lo había puesto en marcha. Oyó un zumbido, y esperó a ver si las letras IBM aparecían en la pantalla. No aparecieron. En cambio, misteriosamente, como una voz de la tumba, de la oscuridad subieron unas palabras, fantasmas verdes:

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, TÍO RICHARD! JON

-¡Cristo! -murmuró Richard cayéndose sentado.

El accidente que había matado a su hermano, su esposa y su hijo, había ocurrido dos semanas antes... Regresaban de una excursión, y Roger estaba borracho. Estar borracho era algo perfectamente ordinario en la vida de Roger Hagstrom. Pero esta vez la suerte le había vuelto la espalda y había conducido su destartalado y viejo coche hasta el borde de un precipicio. Se estrelló y ardió. *Jon tenía catorce años, no, quince. Quince recién cumplidos, dos días antes del accidente, dijo el viejo. Tres años más y se hubiera liberado de aquel pedazo de oso estúpido. Su cumpleaños... y el mío poco después.*

Dentro de una semana. El procesador de palabras había sido el regalo de cumpleaños de Jon.

Esto empeoraba la cosa. Richard no sabía bien porqué, o cómo, pero así era. Alargó la mano para apagar la pantalla, pero la retiró al momento.

Un chico fabricó un propulsor atómico con dos latas de sopa y piezas de coche, eléctricas, por valor de cinco dólares.

Sí, claro, y las cloacas de la ciudad de Nueva York están llenas de cocodrilos y las FA de USA guardan el cuerpo congelado de un extraterrestre en alguna parte de Nebraska. Cuéntame algo más. ¡Trolas! Pero quizás es que hay algo que no quiero saber con seguridad

Se levantó, pasó por detrás y miró el vídeo a través de las rendijas. Sí, tal como había dicho Nordhoff. Cables marcados RADIO SHACK MADE IN TAIWAN. Cables marcados WESTERN ELECTRIC y WESTREX y ERECTOR SET, con la *r* de la marca metida en el pequeño círculo y vio algo más también, algo que se le había escapado a Nordhoff, o que no había querido mencionar. Había un transformador de tren Lionel, envuelto en alambres como la novia de Frankenstein.

-¡Cristo! -repitió riendo, pero al borde de las lágrimas-. Cristo, Jonny, ¿qué creíste que estabas haciendo?

Pero también conocía esta respuesta. Había soñado y hablado de que llevaba años deseando poseer un procesador de palabras, y cuando la risa de Lina se hizo demasiado sarcástica para poder soportarla, lo había comentado con Jon:

-Podría escribir más de prisa, repasar y corregir más de prisa, y producir más -recordó habérselo contado a Jon el pasado verano...

El muchacho le había mirado gravemente, con sus ojos azul claro, inteligentes, pero siempre cuidadosamente cautos, agrandados por los cristales de sus gafas.

-Sería estupendo..., realmente estupendo.

-¿Y por qué no te compras uno, tío Rich?

-No los regalan precisamente -contestó Richard sonriendo-. El modelo Radio Shack» cuesta cerca de tres mil. De ahí puedes ir subiendo hasta llegar al de dieciocho mil dólares.

-Bueno, a lo mejor te hago uno algún día -había dicho Jon.

-A lo mejor -le había contestado Richard dándole una palmada en la espalda. Y hasta que llegó Nordhoff, no había vuelto a pensar en aquello.

Cables de la tienda para aficionados a los modelos eléctricos. Un transformador de tren Lionel.

¡Cristo!

Volvió a la parte delantera dispuesto a apagarlo, como si intentar escribir algo y fracasar, fuera algo así como mancillar lo que su frágil y delicado (predestinado) sobrino había dispuesto.

Por el contrario, apretó el botón EXECUTE en el tablero. Un estremecimiento extraño recorrió su espinazo al hacerlo... EXECUTE era una extraña palabra de que servirse, si uno lo pensaba un poco. No era una palabra que pudiera asociarse con la escritura; era una palabra que asociaba con cámaras de gas y sillas eléctricas..., y quizá con coches viejos y destartalados saltando fuera de las carreteras.

EXECUTE.

El aparato zumbaba con más ruido que el que hacían cualquiera de los que había oído cuando los contemplaba en los escaparates, en realidad casi rugía. *¿Qué hay en la sección de memoria, lon?* se preguntó-. *¿Muelles? ¿Transformadores Lionel puestos en fila? ¿Latas de sopa?* Volvió a recordar los *ojos* de Jón, su rostro pálido y delicado. ¿No .era extraño, quizás incluso morbos, tenercelos del hijo de otro hombre?

Pero debió haber sido mío. Lo sabía..., y creo que él también lo sabía. Luego estaba Belinda, la esposa de Roger. Belinda, que llevaba gafas de sol incluso en los días nublados, de las grandes, porque las marcas alrededor de los *ojos* tienen la mala costumbre de extenderse. Pero, a veces la miraba, sentada quieta y vigilante a la sombra de la risa escandalosa de Roger, y pensaba también casi lo mismo: *Debía de haber sido mía.*

Era un pensamiento espantoso, porque ambos hermanos habían conocido a Belinda en la escuela superior y ambos habían salido con ella. Él y Roger se llevaban dos años de diferencia y Belinda estaba perfectamente entre los dos, un año mayor que Richard y un año más joven que Roger. Richard había sido el primero en salir con la muchacha que con el tiempo iba a ser madre de Jon. Luego se había interpuesto Roger, Roger que era mayor que ella, y más fuerte, y que siempre conseguía lo que quería. Roger que era capaz de lastimar si uno trataba de cruzarse en su camino.

Tuve miedo. Tuve miedo y dejé que se me escapara. ¡Fue tan sencillo! Que Dios me valga, creo que sí. Me gustaría pensar que ocurrió de otro modo, pero tal vez es mejor no mentirse respecto a cosas como la cobardía. Y la vergüenza.

Y si aquello era verdad..., si Lina y Seth hubieran pertenecido al sinvergüenza de su hermano, y si Belinda y Jon hubieran sido suyos, ¿qué demostraba? ¿Y cómo una persona bien

pensante podía entretenerse con semejantes absurdos, semejantes locuras? ¿Se rió? ¿Gritó? ¿Se pegó un tiro por su cobardía?

No me sorprendería que esto funcionara. No me sorprendería nada.

EXECUTE.

Sus dedos se movieron ágiles sobre el teclado. Miró la pantalla y vio esas letras flotando, verdes, sobre la superficie de la pantalla.

MI HERMANO ERA UN BORRACHO INDECENTE.

Flotaban allí, delante de él, y Richard recordó de pronto un juguete que había tenido de pequeño. Se llamaba Ocho Bolas Mágicas. Se le formulaba una pregunta que podía contestarse con sí o con no, y entonces se hacía funcionar el Ocho Bolas Mágicas para ver lo que tenía que decir sobre la pregunta... Sus respuestas eran una farsa, pero en cierto modo atractivamente misteriosas, decían cosas como ES CASI SEGURO, YO NO PENSARÍA EN ELLO, y VUELVE A PREGUNTARLO.

Roger estaba celoso del juguete y por fin, un día, después de obligar a Richard a que se lo regalara, Roger lo había tirado contra la acera con tanta fuerza como pudo y lo rompió. Luego se había reído. Ahora, sentado aquí, escuchando el extraño ruido del interior del aparato que Jon había construido, Richard recordó cómo se había desplomado en la acera, llorando, incapaz de creer que su hermano hubiera podido hacerle tal cosa.

-Nene llorón, nene llorón, mirad al nene llorón -se había burlado Roger-. No era otra cosa que un juguete barato, de mierda, Richie. Fíjate no había más que un montón de letras y mucha agua.

-¡VOY A CONTARLO! -había chillado Richard con todas sus fuerzas. Le dolía la cabeza. Tenía la nariz taponada por tantas lágrimas de desesperación-. ¡CONTARÉ LO QUE HAS HECHO, ROGER! SE LO CONTARÉ A MAMÁ.

-Si lo cuentas te romperé el brazo -le amenazó Roger, y en su sonrisa glacial Richard vio que lo decía en serio. No lo contó.

MI HERMANO ERA UN BORRRACHO INDECENTE.

Bueno, montado misteriosamente o no, la pantalla quedaba escrita. Si era o no capaz de retener información, quedaba por ver, pero el empalme que había hecho Jon de un tablero Wang a una pantalla de IBM, había funcionado. No creía que fuera culpa de Jon el hecho de que, por coincidencia, despertara en él desagradables recuerdos.

Miró a su alrededor y sus *ojos* se fijaron en la única fotografía que había allí y que él no había elegido ni le gustaba.

Era un retrato de estudio de Lina, su regalo de Navidad de dos años atrás. *Quiero que la cuelgues en tu despacho*, le había dicho y, naturalmente, lo había hecho así. Suponía que era su forma de vigilarle cuando ella no estuviera. *No te olvides de mi Richard Estoy aquí Puede que apostara por un caballo perdedor, pero todavía estoy aquí y será mejor que no lo olvides.*

El retrato con su colorido artificial no hacía juego con los grabados de Whistler, Homer y N.C. Wyeth. *Los ojos* de Lina estaban entrecerrados, sus gruesos labios formaban algo que no acababa de ser una sonrisa. *Sigo aquí Richard*, le decía aquella boca. *Y que no se te olvide.*

Tecleó:

LA FOTO DE MI MUJER ESTÁ COLGADA EN LA PARED OESTE DE MI DESPACHO.

Contempló las palabras y le gustaron tan poco como la propia fotografía. Apretó el botón DELET. Las palabras desaparecieron. Ahora ya no quedaba nada en la pantalla excepto el firme latido del cursor.

Miró hacia la pared y vio que la fotografía de su mujer también había desaparecido.

Permaneció sentado allí, durante un buen rato..., por lo menos así se lo pareció..., mirando la pared donde había estado la fotografía. Lo que finalmente le sacó del atontamiento producido por el shock de absoluta incredulidad, fue el olor del CPU..., un olor que recordaba desde la infancia,

tan claramente como recordaba las Ocho Bolas Mágicas que Roger le había roto porque no era suyo. El olor era del fluido del transformador del tren eléctrico. Cuando se olía había que desenchufarlo rápidamente para que el aparato pudiera enfriarse.

Y así lo haría.

Dentro de un minuto.

Se levantó y anduvo hasta la pared sobre unas piernas que no sentía. Pasó la mano por el revestimiento «strong» de la pared. La fotografía había estado allí, sí, *precisamente aquí*. Pero ya no estaba, y el clavo en el que estaba colgada también se había ido, y no había rastro de ningún agujero donde él había atornillado el clavo en el revestimiento.

Ido.

El mundo se le volvió gris de pronto y dio unos traspiés hacia atrás, creyendo, vagamente, que se iba a desmayar. Se contuvo, sombrío, hasta que todo volvió a enfocarse de nuevo.

Recorrió con la vista desde el lugar vacío, donde había estado antes la fotografía de Lina, al procesador que su difunto sobrino había logrado componer.

Le sorprendería, oía mentalmente a Nordhoff diciéndole: Le sorprendería, le parecería sorprendente, oh, si enterarse de que un niño, en los años cincuenta, pudiera descubrir partículas que viajaban hacia atrás en el tiempo, le sorprendería lo que el genio de su sobrino era capaz de hacer con un montón de elementos desaparecidos, unos cables y unas piezas eléctricas. Le sorprendería sentir que se está volviendo loco.

El olor del transformador era cada vez más intenso, más acusado y podía ver unas volutas de humo que salían de la envoltura junto a la pantalla. También el ruido del CPU era más fuerte. Iba siendo hora de desconectarlo... Por listo que hubiera sido Jon, aparentemente no había tenido tiempo de solucionar todos los tropiezos de aquel loco aparato.

Pero, ¿sabía acaso que iba a hacer aquello?

Sintiéndose como un ser quiniérico, Richard volvió a sentarse ante la pantalla y escribió:

LA FOTOGRAFÍA DE MI MUJER ESTÁ EN LA PARED.

Lo leyó, volvió a mirar el teclado, y luego apretó el botón: EXECUTE.

Miró la pared.

La fotografía de Lina volvía a estar otra vez donde había estado siempre.

-Jesús -musitó-. Cristo Jesús.

Se pasó la mano por la mejilla, miró el teclado (ahora no había nada excepto el cursor) y escribió:

EL SUELO ESTÁ VACÍO.

Luego, apretó el botón INSERT, y volvió a escribir:

EXCEPTO POR DOCE MONEDAS DE ORO DE VEINTE DÓLARES EN UNA PEQUEÑA BOLSA DE ALGODÓN.

Apretó EXECUTE.

Miró al suelo donde había, ahora, una pequeña bolsa de algodón, blanco, con un cordón que la cerraba. Sobre la bolsa y escrito en tinta negra, algo descolorida, se leía WELLS FARGO.

-Santo Dios -se oyó decir en una voz que no era suya Santo Dios, Santo Dios...

Hubiera podido seguir invocando el nombre del Salvador por unos minutos más, o por una hora, si el procesador de palabras no le hubiera reclamado insistentemente con su bip bip. Escrito en la parte alta de la pantalla se leía la palabra SOBRECARGA.

Richard lo apagó todo precipitadamente y abandonó el despacho como si le persiguieran todos los demonios del infierno.

Pero antes de salir recogió la bolsita de algodón y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Cuando llamó a Nordhoff aquella noche, soplaban un helado viento de noviembre que parecía un lamento de gaitas por entre los árboles. El grupo de Seth estaba abajo, destrozando una melodía de Bob Seger. Lina había ido a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro a jugar al bingo.

-¿Funciona el aparato? -preguntó Nordhoff.

-Funciona perfectamente -contestó Richard. Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda. Era pesada..., más pesada que un reloj «Rolex». En una de las caras había un águila de perfil recortado, en relieve, junto con la fecha 1871-. Funciona de un modo increíble.

-Lo creo -dijo Nordhoff impasible-. Era un muchacho muy inteligente y le quería a usted mucho, Mr. Hagstrom. Pero tenga cuidado. Un chico no es más que un chico, listo o no, y el amor puede estar mal dirigido. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Richard no entendía nada. Sentía calor y estaba febril. El periódico de aquel día decía que el precio del oro en el mercado era de 514 dólares la onza. Las monedas habían pesado una media de 4.5 onzas cada una, en su balanza postal. Al precio del mercado, aquello sumaba 27.756 dólares. Sospechó que eso era solamente la cuarta parte de lo que podía sacar si vendía las monedas como monedas.

-Mr. Nordhoff, ¿podría usted venir? ¿Ahora? ¿Esta noche?

-No. No creo que quiera hacerlo, Mr. Hagstrom. Creo que esto debe quedar entre usted y Jon.

-Pero...

-Recuerde solamente lo que le dije. Por Dios, tenga cuidado -se oyó un pequeño clic y Nordhoff se había ido.

Media hora más tarde volvía a estar en su despacho, contemplando el procesador de palabras. Tocó la tecla ON/OFF pero sin haberlo enchufado aún. La segunda vez que Nordhoff lo dijo, Richard lo había oído perfectamente. Por el amor de Dios, tenga cuidado. Sí. Debería tener cuidado. Una máquina que podía hacer aquello...

¿Cómo podía una máquina hacer tal cosa?

Ni idea...,pero en cierto modo, hacía aceptable toda aquella locura. El era profesor de lengua inglesa y escritor a veces, no un técnico, y había un interminable número de cosas cuyo funcionamiento desconocía: fonógrafos, motores de gasolina, teléfonos, televisores, y la cadena del depósito del inodoro. Su vida había sido una historia de comprensión de operaciones más que de principios. Había alguna diferencia, aquí, ¿excepto de grado?

Conectó la máquina. Como la primera vez, le dijo: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, TÍO RICHARD! JON. Apretó el botón EXECUTE y el mensaje de su sobrino desapareció.

Esta máquina no durará mucho, se le ocurrió de pronto. Tenía la seguridad de que Jon debía estar aún trabajando en ella cuando murió, creyendo que todavía le quedaba tiempo. El cumpleaños de tío Richard sería dentro de tres semanas, después de todo...

Pero a Jon se le había terminado el tiempo y este asombroso procesador de palabras, que aparentemente podía insertar cosas nuevas y suprimir cosas viejas del mundo real, olía como un transformador de tren que se estuviera friendo y empezaría a soltar humo dentro de muy pocos minutos. Jon no había tenido oportunidad de perfeccionarlo. ¿Había...

Condado en que todavía le quedaba tiempo?

Estaba en un error. *Todo* era un error. Richard lo sabía. El rostro tranquilo, atento, los ojos serenos tras los gruesos cristales de sus gafas... No, no estaba confiado, ni creía en lo acomodaticio del tiempo. ¿Cuál era la palabra que se le había ocurrido antes, aquel mismo día? *Predestinado*. No era precisamente una *buena* palabra para Jon; era la palabra apropiada. La sensación de predestinación había envuelto al muchacho tan palpablemente que, a veces, Richard había querido abrazarle, decirle que se animara un poco, que a veces las cosas terminaban bien y que los buenos no siempre tenían que morir jóvenes.

Luego pensó en Roger tirando su juego de Ocho Bolas Mágicas a la acera, tirándolo tan fuerte como pudo; oyó partirse el plástico y vio el fluido mágico del juego -agua al fin y al cabo-, deslizándose por la acera. Y esta imagen se mezcló con una imagen del viejo cacharro de Roger con, HAGSTROM REPARTOS AL POR MAYOR escrito en los costados, saltando por encima de un polvoriento acantilado, en pleno campo, golpeando de frente el fondo, con un ruido que, como Roger, no valía nada. Vio, aunque no quería verlo, el rostro de la mujer de su hermano

desintegrándose en sangre y huesos. Vio a ion ardiendo entre los restos, gritando, volviéndose negro.

Ni confianza, ni esperanza. Siempre había reflejado la sensación de que el tiempo se le escapaba. Y al final había resultado que tenía razón.

-¿Qué significa eso? -murmuró Richard mirando la pantalla vacía.

¿Cómo hubiera contestado el juego de las bolas mágicas? ¿VUELVE A PREGUNTAR? ¿DIFÍCIL Y CONFUSO? ¿O quizá CIERTAMENTE ASÍ?

El ruido que escapaba del CPU volvía a ser fuerte, y más rápido que por la tarde. Ya podía oler al transformador de tren que ion había acoplado a la maquinaria detrás de la pantalla recalentada.

Máquina de sueños mágicos.

Procesador de palabras, de los dioses.

¿Era eso, lo que era? ¿Era eso lo que ion había querido regalar a su tío para su cumpleaños? ¿Lo equivalente, en espacio y época, a la lámpara maravillosa o al pozo de los deseos?

Oyó abrirse la puerta trasera de la casa y a continuación las voces de Seth y de los otros miembros de la banda de Seth. Las voces eran demasiado fuertes, ordinarias. Habían estado bebiendo o fumando droga.

-¿Dónde está tu viejo, Seth? -oyó que uno de ellos preguntaba.

-Haciendo el vago en su despacho, supongo, como siempre -respondió Seth-. Creo que... -pero entonces volvió a levantarse el viento, borrando el final, pero no sus horrendas risotadas.

Richard les estuvo escuchando, sentado, con la cabeza inclinada a un lado y, de pronto, escribió:

MI HIJO ES SETH ROGER HAGSTROM.

Su dedo se posó sobre el botón DELETE.

¿Qué estás haciendo? -le chilló la mente-. ¿Lo haces en serio? ¿Te propones asesinar a tu propio hijo?

-Algo estará haciendo ahí dentro -dijo otro.

-Es un pobre imbécil -observó Seth-. Pregúntaselo a mi madre algún día. Te lo contará. Nunca ha...

-No voy a asesinarle. Voy a.. borrarle.

Su dedo apretó el botón.

... hecho nada excepto...

Las palabras MI HIJO ES SETH ROGER HAGSTROM desaparecieron de la pantalla.

Fuera, también desaparecieron las palabras de Seth.

No se oía otra cosa ahora, excepto. el frío viento de noviembre, soplando negras advertencias para el invierno.

Richard apagó el procesador de palabras y salió fuera. El camino de entrada estaba vacío. El primer guitarrista del grupo, Norm no-sé-qué, conducía una monstruosa y siniestra furgoneta, una vieja LTD en la que el grupo transportaba su equipo en sus infrecuentes contrataciones. No estaba aparcada en el camino. Quizás estaba en alguna otra parte del mundo, resoplando por alguna carretera, o aparcada en el aparcamiento de algún establecimiento de hamburguesas, y Norm también estaba en alguna parte del mundo, lo mismo que Davey el bajo, cuyos ojos eran impresionantemente vacíos y que llevaba un imperdible colgado del lóbulo de una oreja, lo mismo que el del tambor, que no tenía dientes delanteros. Estarían por alguna parte, pero no aquí, porque Seth no estaba, Seth nunca había estado aquí.

Seth había sido borrado.

-No tengo hijo -masculló Richard. ¿Cuántas veces había leído esa melodramática frase en novelas malas?

¿Cien? ¿Doscientas? Nunca le había sonado a cierta. Pero ahora lo era. Ahora era verdad. Oh, si.

El viento siguió soplando y Richard sintió de pronto un terrible espasmo, en el estómago, que le hizo doblarse, jadeando. El viento pasó, explosivo.

Cuando cedió el espasmo, caminó hacia la casa.

En lo primero que se fijó fue en que las viejas playeras de Seth-tenía cuatro pares de ellas y se negaba a tirar ninguno-, habían desaparecido de la entrada. Se acercó al pasamano de la escalera y pasó el pulgar por una sección del mismo. A los diez años (bastante mayorcito para darse cuenta, pero Lina se había opuesto a que Richard le pusiera la mano encima a pesar de ello) Seth había grabado sus iniciales, profundamente, en la madera del pasamano, una madera que Richard había pulido laboriosamente durante casi todo un verano. La había lijado y empastado y rebarnizado pero el fantasma de aquellas iniciales persistió.

Ahora habían desaparecido.

Arriba. La habitación de Seth. Estaba limpia y ordenada, no vívida, seca y carente de personalidad. Podía haber habido un letrero en la puerta, colgado del pomo, que dijera HABITACIÓN DE INVITADOS.

Abajo. Y ahí fue donde Richard se entretuvo más. Los rollos de cable habían desaparecido; los amplificadores y micrófonos, habían desaparecido; el desbarajuste de las piezas de la grabadora que Seth iba siempre a «componer» habían desaparecido (carecía de la concentración y de las manitas de Jon). En cambio, la estancia llevaba el profundo sello. (no especialmente agradable) de la personalidad de Lina..., muebles pesados, recargados, tapices de terciopelo de tema dulzón (uno de ellos representaba la última Cena en la que Cristo se parecía a Wayne Newton, otro mostraba unos ciervos a la puesta del sol en un cielo de Alaska), una alfombra agresiva de un color tan vivo como la sangre arterial. Ya no quedaba la menor huella de que un muchacho llamado Seth Hasgtrom hubiera ocupado la habitación; esta habitación, o cualquiera de las otras de la vivienda.

Richard seguía aún al pie de la escalera, mirando a su alrededor cuando oyó llegar un coche.

Lina, pensó y sintió una casi trepidante oleada de culpabilidad. Es *Lina de regreso del Bingo*, y ¿qué va a decir cuando vea que Seth ha desaparecido? ¿Qué... qué...?

¡Asesino! la oyó gritar. ¡Has asesinado a mi niño!

Pero él no había asesinado a Seth.

Le BORRÉ, murmuró, y subió a la cocina a recibirla.

Lina estaba más gorda.

Había enviado al bingo a una mujer que pesaba unos noventa kilos. La mujer que regresaba pesaba por lo menos ciento cincuenta, o más; había tenido que ladearse un poco para entrar por la puerta trasera. Unas caderas y muslos elephantinos se estremecían dentro de unos pantalones de poliéster del color de aceitunas demasiado maduras. Su tez, cetrina tres horas antes, parecía ahora enfermiza y pálida. Aunque no era médico, Richard creyó descubrir en aquella piel los síntomas de una enfermedad de hígado o una incipiente dolencia de corazón. Sus ojos cubiertos de pesados párpados contemplaron a Richard con una curiosa fijeza despectiva.

Llevaba un pavo congelado, enorme, en una de sus gordas manos. Se movía y se retorció en su funda de celofán como el cuerpo de un extraño suicida.

-¿Qué estás mirando, Richard? -le preguntó.

A ti, Lina, te miro a ti. Porque así es como te has vuelto en un mundo en el que no hemos tenido hijos. Así es como te has vuelto en un mundo en el que no hay objeto para tu amor..., por venenoso que pueda ser tu amor. Así es como apareces, Lina, en un mundo, en un mundo en el que todo entra y nada sale. Tú, Lina. Esto es lo que estoy mirando. A ti.

-Eso, Lina -consiguió decir por fin-, es uno de los mayores malditos pavos que he visto en mi vida.

-Bien, pues no te quedes aquí mirándolo, idiota ¡Ayúdame!

Le cogió el pavo y lo depositó sobre el tablero de la cocina notando su desagradable frío. El ruido fue como el de un bloque de madera.

-Allí no -le gritó impaciente y le indicó la despensa-. No va a caber, mételo en el congelador.

-Lo siento -murmuró- nunca habían tenido un congelador. Nunca en un mundo en el que había habido un Seth.

Llevó el pavo a la despensa, donde había un enorme congelador «Amana» brillando a la luz de los fluorescentes como un blanco y helado ataúd. Lo metió dentro junto con otros cuerpos, criogénicamente conservados, de aves y demás animales, y volvió a la cocina. Una había sacado el bote de las galletas de crema de cacahuete y se las estaba comiendo metódicamente, una tras otra.

-Era el bingo de Acción de Gracias -explicó-. Lo tuvimos esta semana en lugar de la próxima porque el padre Phillips tiene que ingresar en el hospital para que le extraigan una piedra de la vejiga. Yo gané el gordo... -sonrió. Una mezcla de chocolate y crema de cacahuete le resbalaba por la barbilla.

-Lina -le preguntó- ¿has lamentado alguna vez que no tuviéramos hijos?

Se le quedó mirando como si se hubiera vuelto loco de remate:

-Por el amor de Dios, ¿para qué iba yo a querer una mocosa en la casa? -preguntó. Apartó el bote de las galletas, reducido a la mitad, y volvió a guardarlo en el armario-. Me voy a la cama. ¿Vienes o vas a volver allí a suspirar un poco más sobre tu máquina de escribir?

-Iré un rato más, creo -contestó. Su voz era sorprendentemente firme-. No tardaré.

-¿Funciona aquel aparato?

- ¿Qué.. ? - De pronto la entendió y sintió otro remalazo de culpa. Conocía la existencia del procesador de palabras, claro. La desaparición de Seth no había afectado para nada la existencia de Roger, y el conocimiento de la familia de Roger había persistido-. Oh. Oh, no. No hace nada.

Asintió con la cabeza, satisfecha:

-Ese sobrino tuyo. Siempre con la cabeza en las nubes. Igual que tú, Richard. Si no fueras tan corto, me pregunto si no la metiste donde no tenías que haberla metido, hace quince años. Lanzó una risotada ordinaria, sorprendentemente fuerte..., la risotada de una vieja y cínica alcahueta..., y por un momento estuvo en un tris de abalanzarse sobre ella. Luego, sintió que una sonrisa asomaba a sus labios, una sonrisa tan delgada y blanca y fila como el congelador que había remplazado a Seth en esta nueva vida.

-No tardaré -le dijo-. Sólo quiero anotar unas cosas.

-¿Por qué no escribes un cuento que gane el premio Nobel, o algo así? -preguntó indiferente. Las maderas del piso crujieron cuando inició su pesado camino hacia la escalera-. Todavía debemos la factura del óptico por mis gafas de leer y llevamos un pago de retraso del «Betamax». ¿Por qué no nos ganas más maldito dinero?

-Pues, no lo sé, Lina. Pero tengo grandes ideas esta noche. De verdad.

Se volvió a mirarle, pareció como si fuera a decirle algo sarcástico..., algo sobre que ninguna de sus grandes ideas les había sacado de apuros pero que, en todo caso, se había quedado con él ..., luego desistió. Quizás algo en su sonrisa la había frenado. Marchó hacia arriba. Él permaneció abajo, escuchando su paso atronador. Tenía la frente mojada de sudor. Se sentía a la vez mareado y excitado.

Dio media vuelta y se fue hacia su despacho.

Esta vez cuando conectó el aparato, el CPU ni zumbó, ni rugió; empezó a hacer un ruido desigual, un especie de quejido. El olor caliente del transformador del tren salió casi al momento desde detrás de la pantalla y tan pronto como pulsó el botón EXECUTE para borrar el FELIZ CUMPLEAÑOS TÍO RICHARM, empezó a salir humo.

Queda poco tiempo, pensó. No... no es así. No queda nada de tiempo. Jon lo sabía, y ahora yo también lo sé.

Tenía dos alternativas: traer a Seth de vuelta con el botón INSERT (sabía que podía hacerlo; sería tan fácil como lo fue crear los doblones españoles) o terminar el trabajo.

El olor se hacía más potente, más urgente. Dentro de un instante, lo mínimo, la pantalla empezaría a mandar su mensaje de SOBRECARGA.

Escribió:

MI MUJER ES ADELINA MABEL WARREN HAGSTROM.

Apretó el botón DELETE.

Escribió.

SOY UN HOMBRE QUE VIVE SOLO.

Ahora la palabra empezó a aparecer en la esquina superior, a la derecha de la pantalla: SOBRECARGA, SOBRECARGA, SOBRECARGA.

Por favor. Por favor déjame terminar. Por favor, por favor, por favor...

El humo que salía ahora de las rendijas y ranuras del vídeo era más denso y más gris. Miró al ruidoso CPU y vio que también salta humo de su rejilla... y al fondo de aquel humo pudo ver una opaca chispita roja, de fuego.

Ocho Bolas Mágicas, ¿tendré salud, seré rico o sabio? ¿O viviré solo y quizá me matará la soledad y la pena? ¿Queda tiempo aún?

NO LO SÉ AHORA. PRUEBA MÁS TARDE.

Excepto que no quedaba *más tarde*.

Pulsó el botón INSERT y la pantalla oscurecióse, excepto por el insistente mensaje de SOBRECARGA, que parpadeaba ahora a toda velocidad aunque irregular.

Escribió:

EXCEPTO POR MI ESPOSA BELINDA Y MI HIJO JONATHAN.

Por favor. Por favor.

Pulsó el botón EXECUTE.

La pantalla se vació. Durante lo que parecieron siglos permaneció vacía, excepto por la SOBRECARGA, que ahora aparecía con tal rapidez que a excepción de una ligera sombra, parecía mantenerse constantemente allí, como una computadora ejecutando una cerrada orden de mando. Algo dentro del CPU saltó y chisporroteó, y Richard exhaló un gemido.

Las letras verdes reaparecieron en la pantalla, flotando místicamente sobre el negro:

SOY UN HOMBRE QUE VIVE SOLO, EXCEPTO POR MI MUJER BELINDA Y MI HIJO JONATHAN.

Pulsó por dos veces el botón EXECUTE.

Ahora, se dijo, ahora escribiré: TODAS LAS PIEZAS DE ESTE PROCESADOR DE PALABRAS ESTABAN PERFECTAMENTE ENSAMBLADAS ANTES DE QUE MR NORDHOFF ME LO TRAJERA. O escribiré: TENGO IDEAS PARA POR LO MENOS VEINTE NOVELAS SENSACIONALES. O escribiré: MI FAMILIA Y YO VIVIREMOS FELICES PARA SIEMPRE JAMÁS. O escribiré...

Pero no escribió nada. Sus dedos revolotearon estúpidamente por encima del teclado mientras sentía..., literalmente *sentía*..., que todos los circuitos de su cerebro se quedaban bloqueados como los coches en el peor bloqueo de tráfico de Manhattan en la historia de la combustión interna.

La pantalla se llenó de pronto con la palabra:

ACABADOACABADOACABADOACABADOACABADOACABADOACABADOACA
BADOACABADO.

Hubo otro chasquido y luego una explosión en el CPU. Salieron unas llamaradas del aparato, y después se apagaron. Richard se echó atrás en su sillón, cubriéndose la cara por si acaso explotaba la pantalla. No explotó. Solamente se apagó.

Permaneció sentado, contemplando la oscuridad de la pantalla.

NO PUEDO DECIRLO. VUELVE A PREGUNTAR DESPUÉS.

-¿Papá?

Se volvió rápidamente, con el corazón latiéndole con tal fuerza que temió que se le saltara del pecho.

Jon estaba allí, Jon Hagstrom, y su rostro era el mismo pero algo distinto..., la diferencia era sutil pero visible. Quizá, pensó Richard, la diferencia estribaba en la diferencia de paternidad entre

los dos hermanos. O quizás era simplemente que aquella expresión inquieta, vigilante, había desaparecido de sus ojos ligeramente aumentados por las gafas (de montura metálica, ahora, observó, y no la fea montura de concha industrial que Roger había comprado siempre al muchacho porque costaba quince dólares menos).

Quizás era algo todavía más sencillo: el aspecto de predestinación había desaparecido de los ojos del muchacho.

-¿Jon? -preguntó con voz ronca, preguntándose si en realidad había querido algo más que esto. ¿Era así? Parecía ridículo, pero se figuraba que sí. Suponía que la gente siempre quería más-. Jon, ¿eres tú, verdad?

-¿Quién iba a ser sino? -indicó con la cabeza el procesador de palabras-. ¿No te lastimaste cuando este bebé se fue al cielo de los datos, verdad?

Richard sonrió:

-No, estoy perfectamente.

-Lamento que no funcionara. No sé qué me hizo montarlo con todas esas piezas inútiles. -Movi6 la cabeza-. Por Dios que no lo sé. Es como si hubiera tenido que hacerlo. Cosas de niño.

-Bueno -dijo Richard, acercándose a su hijo y pasándole un brazo por los hombros-, quizá te saldrá mejor la próxima vez.

-Quizás. O a lo mejor pruebo otra cosa.

-Puede que sea mejor.

-Mamá dice que tiene cacao para ti, si te apetece.

-Ya lo creo -y ambos salieron juntos del despacho a una casa donde no había ningún pavo congelado procedente de un premio ganado al bingo-. Una taza de cacao me vendrá más que bien ahora.

-Recuperaré cualquier cosa recuperable que haya en aquel trasto, mañana, y lo demás lo iré a echar al vertedero -anunció Jon.

Richard asintió, diciendo:

-Bórralo de nuestras vidas... -y entraron en la casa y al aroma de cacao caliente, riendo juntos.

EL HOMBRE QUE NO QUERÍA ESTRECHAR MANOS

Stevens sirvió las bebidas y pronto, después de las ocho en aquella noche glacial de invierno, la mayoría de nosotros nos fuimos, con ellas, a la biblioteca. Por un momento, nadie dijo nada; lo único que se oía era el chisporrotear del fuego en la chimenea, el lejano chasquido de las bolas de billar y, desde el exterior, el gemido del viento. No obstante, allí se estaba bastante caliente, en el n° 249 B de la calle Este 35.

Recuerdo que aquella noche David Adley estaba sentado a mi derecha, y a mi izquierda Emlyn McCarron que una vez nos contó una historia espeluznante sobre una mujer que había dado a luz en extrañas circunstancias. Después de él estaba Johanssen, con su Wall Street Journal doblado sobre las rodillas.

Entró Stevens con un pequeño paquete, blanco, y se lo entregó a George Gregson sin hacer la menor pausa. Stevens es el mayordomo perfecto a pesar de su ligero acento de Brooklyn (o quizá por causa de él) pero su mayor atributo, por lo que a mí se refiere, es que siempre sabe a quién debe entregar el paquete aunque nadie lo reclame.

George lo captó sin protestar y permaneció un momento sentado en su sillón de alto respaldo y orejas, contemplando la chimenea que es lo bastante grande como para asar un buey. Vi como sus *ojos* se dirigían momentáneamente a la inscripción grabada en la piedra: LO QUE VALE ES LA HISTORIA, NO EL QUE LA CUENTA.

Abrió el paquete con sus dedos viejos y temblorosos y tiró su contenido al fuego. Por un instante las llamas se transformaron en un arco iris, y se oyeron risas apagadas. Me volví y vi a Stevens allá lejos, en la sombra, junto a la puerta. Tenía las manos cruzadas a la espalda. Su rostro se mostraba cuidadosamente inexpresivo.

Supongo que todos nos sobresaltamos un poco cuando su voz ronca, casi quisquillosa rompió el silencio; yo confieso que sí.

-Una vez vi asesinar a un hombre en esta misma habitación -nos dijo George Gregson-, aunque ningún jurado hubiera condenado al que mató. Pero, al final, se acusó a sí mismo..., y actuó como su propio verdugo.

Siguió una pausa mientras encendía su pipa. El humo envolvió su rostro arrugado en una nube azulada, y apagó el fósforo de madera con el gesto lento, teatral, del hombre cuyas articulaciones le producen gran dolor. Tiró el palito a la chimenea, donde cayó sobre los restos quemados del paquete. Contempló cómo las llamas tostaban la madera. Sus agudos *ojos* azules parecían cavilar bajo sus hirsutas cejas entrecanas. Su nariz era grande y ganchuda, sus labios delgados y firmes, sus hombros alzados hasta casi la base de su cráneo.

-No nos mantengas sobre ascuas, George -refunfuñó Peter Andrews- ¡Suéltalo ya!

-Ni lo sueñes. Ten paciencia -y todos tuvimos que esperar hasta que su pipa quedó prendida a su gusto.

Cuando unas brasas se encendieron perfectamente repartidas en la enorme cazoleta de brezo, George cruzó sus manos grandes, ligeramente temblorosas, sobre una de sus rodillas y dijo:

-Está bien. Tengo ochenta y cinco años y lo que voy a relataros ocurrió cuando yo tenía más o menos veinte. En todo caso, sé que fue en 1919 y acababa de regresar de la Gran Guerra. Mi novia había muerto cinco meses antes, de la gripe. Sólo tenía diecinueve años, y yo me lancé a beber y jugar a las cartas mucho más de lo que hubiera debido. Me había esperado dos años, ¿comprenden?, y durante todo ese tiempo recibí, fielmente, una carta todas las semanas. Quizá podrán comprender por qué me abandoné tanto. No tenía creencias religiosas; la idea general y las teorías del cristianismo me resultaban algo cómicas en las trincheras, y no tenía familia que me ayudara. Así que puedo decir con sinceridad que los buenos amigos que me ayudaron en este tiempo de prueba, rara vez me abandonaron. Eran cincuenta y tres (más de lo que tiene la

mayoría): cincuenta y dos naipes y una botella de whisky «Cutty Sark». Me había instalado en el mismo lugar en que sigo viviendo ahora, en Brennan Street. Pero entonces era mucho más barato y había muchas menos botellas de medicinas, y píldoras y demás, llenando las estanterías. Sin embargo, pasaba la mayor parte de mi tiempo aquí, en el 249 B, porque siempre había alguna partida de póquer en marcha.

David Adley interrumpió, y aunque sonreía, no creo que estuviera bromeando:

-¿Y ya estaba Stevens aquí, entonces, George?

George se volvió a mirar al mayordomo:

-¿Era usted, Stevens, o era su padre?

Stevens se permitió la sombra de una sonrisa.

-Como 1919 fue hace más de sesenta y cinco . años, señor, debo decir que se trataba de mi abuelo.

-Debemos, pues, entender que su empleo es hereditario -musitó Adley.

-Tal como dice, señor -respondió Stevens imperturbable.

-Ahora que lo pienso -comentó George-, hay un parecido sorprendente entre usted y su..., ¿dijo usted abuelo, Stevens?

-Sí, señor, eso dije.

-Si les pusiera de lado, me costaría decir quién es quién..., pero esto no tiene que ver, ¿verdad?

-No, señor.

-Me encontraba en la sala de juego..., al otro lado de esta pequeña puerta, allá..., haciendo solitarios, la primera y única vez que nos encontramos Henry Brower y yo. Éramos cuatro dispuestos a sentarnos y jugar una partida de póquer; solamente necesitábamos un quinto para que la velada empezara. Cuando Jason Davidson me dijo que George Oxley, nuestro habitual quinto, se había roto la pierna y estaba en cama con la pierna enyesada y colgada de una polea, pareció que aquella noche nos íbamos a quedar sin partida. Empecé a pensar en la posibilidad de terminar la noche con nada mejor para distraer mis pensamientos que hacer solitarios y soplar la mayor cantidad de whisky que pudiera, cuando un individuo sentado al fondo de la habitación dijo con voz tranquila y agradable:

-Si ustedes, caballeros, estaban hablando de póquer, disfrutaría mucho jugando una mano, si no tienen nada que objetar.

-Había estado escondido tras el World de Nueva York hasta aquel momento, así que cuando levanté la mirada lo vi por primera vez.

Era un hombre joven con cara de viejo, no sé si me entienden. Alguna de las huellas que vi en su rostro había empezado a descubrirlas en el mío, desde la muerte de Rosalie. Algunas..., no todas. Aunque el joven no podía tener más de veintiocho años a juzgar por su cabello, sus manos, y el modo de andar, su rostro parecía marcado por la experiencia y sus ojos, que eran muy oscuros, parecían más que tristes; parecían atormentados. Era guapo, con un bigote pequeño y recortado y cabello rubio oscuro. Vestía un buen traje de color marrón y se había soltado el botón del cuello.

-Me llamo Henry Brower- dijo.

-Davidson se precipitó a través de la estancia para estrecharle la mano; la verdad es que parecía como si fuera a cogerle la mano que Brower tenía sobre las rodillas. Ocurrió una cosa extraña: Brower dejó caer el periódico y levantó ambas manos, lejos de su alcance. La expresión, en su rostro, era de horror.

Davidson se detuvo; confuso, más estupefacto que indignado. Sólo tenía veintidós años.: ¡Cielos, qué jóvenes éramos todos en aquellos días!, y era como un cachorrillo.

-Perdóneme- se excusó Brower con suma gravedad pero nunca estrecho la mano de nadie.

Davidson parpadeó:

-¿Nunca? Qué curioso. ¿Y por qué no?

Bueno ya les he dicho que era algo así como un cachorro. Brower no se molestó y lo tomó con una sonrisa (algo turbada) abierta.

-Acabo de llegar de Bombay -explicó-. Es un lugar extraño, populoso, sucio, lleno de pestilencia y enfermedades. Los buitres se pasean y presumen sobre los muros de la ciudad, por millares. Hace dos años estuve allí en misión comercial y se me contagió el horror a nuestra costumbre occidental de estrechar manos. Sé que es una tontería y una incorrección, pero no puedo remediarlo. Así que si no les importa que me retire y me perdonan...

-Con una condición -dijo Davidson sonriéndole.

-¿Cuál será?

-Que se acerque a la mesa y comparta conmigo un vaso del whisky de George, mientras voy a por Baker, French y Jack Wilden.

Brower le sonrió, asintió y dejó el periódico. Davidson le hizo un gesto de aceptación y corrió en busca de los otros. Brower y yo nos acercamos a la mesa cubierta de fieltro verde y cuando le ofrecí labebida rehusó, dándome las gracias, y encargó su propia botella. Supuse que tendría algo que ver con su extraña manía y no dije nada. He conocido hombres cuyo horror por los microbios y enfermedades va mucho más lejos..., como los habréis conocido vosotros.

Hubo gestos de asentamiento.

-Es estupendo estar aquí -me dijo Brower pensativo-. He evitado toda compañía desde que llegué de mi destino. No es bueno, para un hombre, estar solo, ¿sabe? Creo que incluso para aquellos que se valen por si solos, el estar aislados del resto de la Humanidad debe ser la peor forma de tortura! -Todo eso lo dijo con un curioso énfasis, y yo asentí. Había experimentado semejante soledad en las trincheras, generalmente por la noche. Volví a sentirla de nuevo, más acuciante, después de enterarme de la muerte de Rosalie. Me sentí atraído por él pese a su declarada excentricidad.

-Bombay debió haber sido un lugar fascinante- le dije.

-¡Fascinante... y terrible! Hay cosas allí que nuestra filox; softa no puede ni soñar. Su reacción a los automóviles, es divertida: los niños se apartan de ellos cuando pasan, pero luego los siguen manzanas enteras. Encuentran que el avión es terrorífico e incomprensible. Naturalmente, nosotros los americanos, los contemplamos con completa ecuanimidad... incluso con complacencia..., pero le aseguro que mi reacción fue como la de ellos cuando vi por primera vez a un mendigo callejero tragarse un paquete entero de alfileres de acero y luego ir sacándolos uno a uno de las heridas abiertas que tenía en la punta de los dedos. No obstante, eso es algo que los nativos de aquella parte del mundo encuentran perfectamente natural. Quizás -añadió sombrío-, no estaba previsto que ambas culturas fueran a mezclarse, sino que debíamos mantener separadas sus respectivas maravillas. Para un americano como usted, o como yo, tragarse un paquete de alfileres significaría una muerte lenta y horrible. En cuanto al automóvil... -se calló y una expresión torturada asomó a su rostro.

Yo me disponía a hablar, cuando Stevens, el viejo, apareció con la botella de whisky escocés de Brower, y tras él, Davidson y los demás.

Davidson explicó antes de hacer las presentaciones:

-Les he contado su pequeña manía, Henry, así que no tiene nada que temer. Este es Darrel Baker, este espantoso barbudo es Andrew French y el último, aunque no menos importante, es Jack Wilden. A George Gregson ya le conoce.

Brower sonrió y se inclinó ante todos ellos en lugar de darles la mano. Aparecieron tres barajas nuevas y las fichas, se cambió el dinero por fichas y empezó el juego.

Jugamos por más de seis horas, y yo gané quizás unos doscientos dólares. Darrel Baker, que no era muy buen jugador, perdió unos ochocientos (aunque ni siquiera iba a notarlo; su padre era el propietario de tres de las mayores fábricas de zapatos de New England) y los demás compartían la pérdida de Baker conmigo, casi a partes iguales. Davidson, un poco por encima y Brower, un poco por debajo; sin embargo para Brower aquello era toda una hazaña, porque sus cartas habían sido malísimas casi toda la noche. Era tan hábil en la modalidad tradicional de cinco cartas como en la

nueva variedad de siete, y yo me dije que a veces había ganado dinero en faroles que yo no me hubiera atrevido a intentar.

Pero me fijé en una cosa: aunque bebía mucho -para cuando French estuvo listo para dar la última mano, había casi terminado una botella entera de escocés-, hablaba con toda claridad, su habilidad en el juego jamás se alteró, y su obsesión sobre no tocar manos tampoco cedió. Cuando ganaba, nunca tocaba el montón si alguien tenía que poner fichas o dinero o si alguien «estaba distraído» y tenía aún que entregar fichas. Una vez, cuando Davidson dejó su vaso demasiado cerca de su codo, Brower se apartó bruscamente, tirando casi su bebida. Baker pareció sorprendido, pero Davidson lo dejó pasar con un vago comentario.

Jack Wilden había comentado un poco antes que tenía ante él un viaje a Albany, en coche, para última hora de la mañana, y que una vuelta más le bastaría. Así que le tocó dar a French, y decidió jugar a siete cartas.

Recuerdo aquella última mano tan claramente como mi nombre, y en cambio me vería en un apuro si tuviera que decirles lo que comí ayer o con quién comí. Misterios de la edad, supongo, aunque creo que si vosotros hubierais estado allí lo recordaríais como yo.

Medio dos corazones, cubiertos, y una carta descubierta. No puedo decir lo que tenían Wilden o French, pero el joven Davidson tenía el as de corazones y Brower el diez de pique. Davidson apostó dos dólares -cinco era nuestro límite-, y volvió a repartir cartas. Davidson había cogido un tifo que no parecía mejorar su mano, sin embargo echó tres dólares al pozo.

-La última mano- anunció alegremente- ¡Hay una dama en la ciudad que quería salir conmigo mañana por la noche!

No creo que hubiera creído a una echadora de cartas si hubiese dicho cuantas veces me atormentaría esta frase, a ratos perdidos, hasta hoy en día.

French repartió la tercera vuelta. No tuve suerte con mi escalera, pero Baker, que era siempre el gran perdedor, logró unas parejas... de reyes, creo. Brower había logrado un par de diamantes que no parecían servir para gran cosa. Baker apostó hasta el límite por su pareja y Davidson subió a cinco. Todos nos quedamos en el juego y llegó nuestra última carta descubierta. Yo saqué el rey de corazones para mi escalera, Baker sacó una tercera para sumara su pareja y Davidson un segundo as que le hizo brillar los ojos. Brower recogió una reina de pique, y les juro que no comprendí por qué no abatía. Sus cartas parecían tan malas como las que había ido teniendo aquella noche.

Pero las apuestas fueron subiendo. Baker apostó cinco, Davidson llegó a cinco, Brower también. Jack Wilden dijo:

-No sé, pero creo que mi pareja no vale gran cosa -y tiró las cartas-. Yo canté y volví a poner cinco. Baker también.

-Bueno, no voy aburriros con el relato de las apuestas. Solamente os diré que había un límite de tres alzas por persona, y Baker, Davidson y yo hicimos tres pujas de cinco dólares. Brower se limitó a repetir cada embite y apuesta, siempre cuidando de no poner su dinero en el pozo hasta que todas las manos estaban lejos. Y había mucho dinero..., algo más de doscientos dólares..., cuando French nos sirvió nuestra última carta cubierta.

Hubo una pausa mientras todos nos miramos, aunque a mí no me importaba; yo ya tenía mi juego y por lo que podía ver sobre la mesa, era bueno. Baker puso cinco, Davidson también y esperamos para ver lo que iba a hacer Brower. Su rostro estaba algo congestionado por el alcohol, se había quitado la corbata y desabrochado el segundo botón de la camisa, pero parecía tranquilo. «Voy..., y pongo cinco», dijo.

Yo parpadeé un poco porque esperaba que abatiera. No obstante, las cartas que yo tenía en la mano me decían que debía jugar para ganar, y puse cinco más. Seguimos jugando sin tener en cuenta el límite de pujas que podían hacerse sobre la última carta, y el pozo creció extraordinariamente. Yo fui el primero en pararme en vista del gran juego que alguien debía tener. Baker lo hizo después que yo, parpadeando nervioso desde el par de ases de Davidson a las cartas

desconcertantes y sin valor que debía tener Brower. Baker no era un gran jugador, pero era lo suficientemente bueno para presentir algo importante.

Entre los dos, Davidson y Brower pujaron lo menos diez veces más, o mucho más. Baker y yo nos sentimos arrastrados, no queriendo despedirnos de nuestras enormes inversiones. Los cuatro habíamos terminado las fichas y ahora eran billetes los que cubrían el montón enorme de fichas.

-Bueno -dijo Davidson, después de la última puja de Brower-. Creo que voy a bajar. Si lo suyo ha sido un farol, Henry, ha sido un gran farol. Pero he ganado y Jack tiene un largo camino ante él mañana -y al decirlo puso otro billete de cinco dólares sobre el montón y anunció-: Me paro.

Ignoro lo que pensaban los demás, pero me sentí realmente aliviado sin que eso tuviera nada que ver con la gran cantidad de dinero que había dejado en el pozo. El juego había ido volviéndose peligroso y mientras que Baker y yo podíamos permitirnos perder, el pobre Jase Davidson, no. Siempre estaba en apuros, vivía de una renta, no muy grande, que le había dejado una tía suya. Y Brower, ¿podía permitirse perder? Recuerden caballeros, que en aquel momento había bastante más de mil dólares sobre la mesa.

George dejó de hablar. Se le había apagado la pipa.

-Bien, ¿qué ocurrió? -preguntó Adley- No nos tenga sobre ascuas, George. Nos tiene a todos sentados al borde de las sillas. Déjenos caer o siéntenos bien otra vez.

-Paciencia -dijo George, imperturbable.

Sacó otra cerilla, la frotó en la suela de su zapato y volvió a chupar. Esperamos impacientes, sin hablar. Fuera, el viento ululaba y gemía en los aleros.

Cuando la pipa estuvo bien encendida y tirando bien, George continuó:

-Como sabéis, las reglas del póquer establecen que el primero que ha anunciado juego, debe mostrar sus cartas. Pero Bakér estaba demasiado impaciente por acabar con la tensión; levantó una de sus cartas ocultas y mostró cuatro reyes.

-Me ganas, -le dije- color.

-Te gano yo -declaró Davidson y descubrió dos de sus cartas ocultas. Dos ases, que sumaban cuatro -he jugado bien- y empezó a recoger el enorme pozo.

-¡Esperen! -exclamó Brower-. No hizo el menor movimiento, ni tocó la mano de Davidson como hubieran hecho muchos, pero bastó con su voz. Davidson se paró a mirar y abrió la boca..., se quedó con la boca *abierta* como si todos sus músculos se hubieran relajado. Brower descubrió su tres cartas ocultas revelando una escalera de color, del ocho a la reina.

-Creo que esto gana a sus ases, ¿verdad? -preguntó correctamente Brower.

Davidson enrojeció, luego palideció.

-Sí -murmuró despacio como si descubriera el hecho por primera vez-. Sí, en efecto.

Darí una fortuna por conocer los motivos que empujaron a Davidson a hacer lo que hizo. Conocía la extremada aversión de Brower a ser tocado; el hombre lo había demostrado de cien maneras distintas, aquella noche. Tal vez Davidson lo olvidó, sencillamente, en su afán por demostrar a Brower, y a todos nosotros, que podía hacer frente a sus pérdidas y aceptarlas deportivamente. Les he dicho que era como un cachorro, y aquel gesto encajaba con su carácter. Pero los cachorros también pueden morder cuando se les provoca. No son asesinos..., un cachorro no te saltará nunca a la garganta; pero a muchos hombres les han tenido que coser los dedos como castigo por molestar a un perrito con una zapatilla o un hueso de goma. Esto también podría ser parte del carácter de Davidson, tal como lo recuerdo. Darí una fortuna, como ya he dicho, por saber..., pero supongo que lo que importa es el resultado.

Cuando Davidson apartó las manos del pozo, Brower alargó las suyas para recogerlo. En aquel instante, el rostro de Davidson se iluminó con algo así como cordial camaradería y cogió la mano de Brower y se la estrechó diciéndole:

-Brillante, Henry, qué juego, simplemente brillante. No creo que jamás haya...

Brower le interrumpió con un alarido, casi femenino, que resultó espantoso en el silencio desierto de la sala de juego, y se apartó. Las fichas y el dinero se desparramaron de cualquier modo al sacudir la mesa que por poco se cae.

Todos nos quedamos inmóviles por el inesperado giro de los acontecimientos, incapaces de dar un paso. Brower se alejó a trompicones de la mesa, manteniendo su mano en alto, delante de sí, como una versión masculina de Lady Macbeth. Estaba blanco como un cadáver y el terror reflejado en su rostro era tal que aun hoy soy incapaz de describirlo. Sentí que me embargaba una oleada de horror como jamás había experimentado antes, o después, ni siquiera cuando me entregaron el telegrama con la noticia de la muerte de Rosalie.

A continuación empezó a gemir. Era un lamento profundo, horrible, de ultratumba. Recuerdo que pensé: *Este hombre está completamente loco*, y entonces dijo algo de lo más raro: .El conmutador... he dejado el conmutador encendido en el coche... ¡Oh Dios, cuánto lo siento!», y se precipitó por la escalera hacia el vestíbulo.

Fui el primero en reaccionar. Salté de mi silla y corrí tras él, dejando a Baker y Wilden y Davidson sentados alrededor del enorme montón de dinero que Brower había ganado. Parecían estatuas incas guardando un tesoro tribal.

La puerta principal aún se movía cuando salí a la calle y vi a Brower en seguida, de pie al borde de la acera, buscando inútilmente un taxi. Cuando me vio se encogió tan angustiado que no pude evitar sentir una mezcla de pena y asombro.

-¡Venga -dije-, espere! Siento mucho lo que ha hecho Davidson y estoy seguro de que ha sido sin pensar; de todos modos si tiene que irse por ello, no le retengo. Pero ha dejado mucho dinero y debe recogerlo.

-No debí haber venido -gimió-. Pero estaba tan desesperado por cualquier tipo de compañía humana que yo..., yo -sin darme cuenta alargué la mano para tocarle...el gesto más elemental de un ser humano a otro cuando está aplastado por el dolor...-, pero Brower se apartó de mí y gritó: «¡no me toque! ¿No basta con uno? Oh, Dios, ¿porqué no puedo morir?»

Sus ojos febriles descubrieron de pronto a un pobre perro flaco y sucio, sarnoso que andaba por el otro lado de la calle desierta a esa hora de la mañana. Iba con la lengua colgando y andaba agotado, cojeando, sobre tres patas. Supongo que andaba buscando cubos de basura donde revolver y comer algo.

-Aquél podría ser yo -dijo pensativo, como para sí-. Rechazado por todos, obligado a caminar solo y a salir al exterior sólo cuando los demás seres vivientes están a salvo tras sus puertas cerradas. ¡Perro paria!

-Venga -le insistí severamente porque lo que estaba diciendo me sonaba a melodramático-. Ha sufrido una impresión desagradable y es obvio que algo le ha ocurrido que le ha puesto los nervios en mal estado, pero en la guerra vi miles de cosas que...

-No me cree, ¿verdad? -preguntó-. Cree que estoy poseído de una especie de histeria, ¿verdad?

-Amigo, realmente no sé de qué está poseído o de qué es víctima, pero lo que si sé es que si continuamos aquí fuera, con toda esta humedad, los dos seremos presa de la gripe. Ahora, si tiene la bondad de regresar conmigo, sólo hasta la entrada, si lo prefiere, pediré a Stevens que...

Había tal locura en sus ojos que me sentí tremendamente inquieto. Ya no se veta en ellos el menor atisbo de cordura y lo que más me recordaba era a los psicóticos, agotados por la batalla, que había visto trasladar en carretas, desde el frente: cáscaras humanas, con ojos vacíos como pozos del infierno, gimiendo y murmurando.

-¿Quiere ver cómo un paria responde a otro? -me pregunta, sin enterarse de lo que le había estado diciendo-. ¡Mire, pues, y verá lo que he aprendido en extraños puertos de arribada!

Y de pronto alzó la voz y dijo imperiosamente:

-¡Perro!

El perro levantó la cabeza, le miró con desconfianza, girando los ojos (uno con un brillo de locura; el otro, cubierto por una catarata) y, bruscamente, cambió de dirección y vino cojeando, de mala gana, a través de la calle, hasta donde estaba Brower.

Estaba claro que no quería venir; gemía y gruñía y escondía el muñón apolillado de su rabo, entre las patas; pero, no obstante, se sentía atraído. Llegó a los pies de Brower, y entonces se echó gimiendo, encogido y tembloroso. Sus flancos descarnados, entraban y salían como un fuelle y su ojo sano se revolvía en su cuenca.

Brower lanzó una carcajada horrible, desesperada, que todavía oigo en mis sueños, y se agachó junto al animal.

-¿Lo ve? -dijo- ¡sabe que soy uno de los suyos..., y sabe lo que le traigo!

Alargó la mano para tocar al perro y éste lanzó un aullido lúgubre. Enseñó los dientes.

-¡Déjelo! -grité vivamente- ¡Le morderá!

Brower no me hizo ni caso. A la luz del farol de la calle vi su rostro lívido, horrible, con los ojos como agujeros quemados en un pergamino.

-Tonterías -salmodió- tonterías. Sólo quiero estrecharle lamano..., como su amigo hizo conmigo -y, de golpe, agarró la pata del perro y se la estrechó. El perro lanzó un aullido horrible, pero no intentó moderle.

Luego, Brower se enderezó. *Sus ojos* se habían aclarado algo y, excepto por su extrema palidez, podía volver a ser el hombre que se había ofrecido, cortésmente, a jugar con nosotros aquella noche, unas horas antes.

-Me voy ahora -dijo- por favor, presente mis excusas a sus amigos y dígales cuánto siento haberme comportado como un imbécil. Quizás, en otra ocasión, tendré la oportunidad de redimirme.

-Somos nosotros los que debemos pedirle perdón. ¿Ha olvidado usted el dinero? Hay bastante más de mil dólares.

-Oh, sí. ¡El dinero! -y su boca se curvó en la más amarga de las sonrisas que jamás haya visto.

-No se preocupe por tener que entrar otra vez. Si me promete que me esperará aquí, se lo traeré. ¿Le parece bien?

-Sí, si lo desea, esperaré... -y mirando reflexivo al perro que seguía quejándose a sus pies, añadió-: A lo mejor querrá venir a mi casa y comer decentemente por una vez en su miserable vida -y reapareció la amarga sonrisa.

Entonces le dejé, antes de que lo pensara mejor, y bajé a la sala de juego. Alguien, probablemente Jack Wilden, siempre había tenido una mente ordenada, había cambiado todas las fichas por billetes y los había amontonado cuidadosamente en el centro del tapete verde. Ninguno dijo nada cuando me vieron recogerlo. Baker y Jack Wilden fumaban en silencio; Jason Davidson estaba sentado, con la cabeza agachada, mirándose los pies. Su rostro era la imagen de la desolación y la vergüenza. Le toqué en el hombro al irme hacia la escalera y me miró agradecido.

Cuando llegué a la calle, estaba absolutamente desierta. Brower se había ido. Permanecí allí con un puñado de billetes en cada mano, mirando a un lado y a otro, pero no se movía nada. Llamé una vez, por si acaso, por si me estuviera esperando en la sombra de algún lugar cercano, pero no obtuve respuesta. Entonces se me ocurrió mirar al suelo. El pobre perro perdido seguía allí, pero sus días de revolver en los cubos de basura habían terminado. Estaba completamente muerto. Las pulgas y garrapatas abandonaban, en fila, su cuerpo. Di un paso atrás, asqueado, y a la vez lleno de una especie de vago terror. Tuve la premonición de que no había terminado aún con Henry Brower, y así era; pero jamás volví a verle.

El fuego en la chimenea había muerto y el frío había empezado a salir de entre las sombras, pero nadie se movió, o habló, mientras George volvía a encender su pipa. Suspiró, cruzó de nuevo las piernas, haciendo crujir las articulaciones, y continuó:

-Inútil decirles que los otros que habían tomado parte en el juego fueron unánimes en su opinión: debíamos encontrar a Brower y entregarle el dinero. Supongo que algunos creerán que estábamos locos, pero aquélla era un época más decente. Davidson estaba desesperado cuando se fue; traté de retenerle y decirle unas palabras, pero se limitó a sacudir la cabeza y se marchó. Dejé que se fuera. Las cosas le parecerían distintas después de una noche de sueño y ambos podíamos ir en busca de Brower. Wilden se iba de la ciudad y Baker tenía que «hacer visitas». Aquél sería un buen día, pensé, para que Davidson recobrara su propia estima.

Pero cuando, a la mañana siguiente, fui a su piso, aún no se había levantado. Pude haberle despertado, pero era joven y decidí dejarle dormir aquella mañana mientras me dedicaba a la busca de algunos datos elementales.

-Primero vine aquí y hablé con el... -se volvió hacia Stevens y levantó una ceja.

-Mi abuelo, señor -aclaró Stevens.

-Gracias.

-No hay de qué, señor.

Hablé con el abuelo de Stevens. Le hablé precisamente en el mismo sitio donde ahora se encuentra Stevens. Dijo que Raymond Greer, un individuo que conocía vagamente, había recomendado a Brower. Greer pertenecía al gremio de comerciantes de la ciudad, así que me fui directamente a su despacho, en el edificio Flatiron. Lo encontré y hablamos al momento. Cuando le conté lo que había ocurrido la noche anterior, su rostro se llenó de confusión, tristeza, piedad y miedo.

-¡Pobre Henry! -exclamó-. Sabía que terminaría así, pero nunca pensé que ocurriría tan pronto.

-¿El qué? -pregunté.

-Su derrumbamiento -aclaró Greer-. Todo procede de su primer año de estancia en Bombay, y supongo que nadie excepto el propio Henry llegará jamás a conocer toda la historia. Pero le diré lo que pueda.

La historia que me contó Greer en su despacho aquel día, acrecentó mi simpatía y comprensión. Al parecer, Henry Brower se había visto desgraciadamente mezclado en una auténtica tragedia. Y, como en todas las tragedias clásicas, del teatro, había surgido de un simple fallo..., en el caso de Brower, un olvido.

Como miembro de la comisión de trabajo en Bombay, disponía del uso de un automóvil, una relativa rareza allí. Greer explicó que Brower disfrutaba como un niño conduciéndolo por las calles estrechas y tortuosas de la ciudad, espantando a las gallinas en bandadas y haciendo que hombres y mujeres se arrodillaran para rezar a sus dioses. Iba en él a todas partes, atrayendo la atención de grandes grupos de niños que le seguían a todas horas, pero que se apartaban cuando les ofrecía pasearles en su máquina maravillosa, como hacía con frecuencia. El coche era un «Ford A» con carrocería de furgoneta y uno de los primeros coches que podían ponerse en marcha no sólo con la manivela, sino apretando un botón. Les suplico que recuerden esto.

Un día, Brower llevó el coche a la otra punta de la ciudad para visitar a uno de los altos cargos del lugar sobre posibles partidas de cuerda de yute. Atrajo la atención, como le era habitual, cuando su «Ford» rugió y petardeó las calles, como si fuera un despliegue de artillería en marcha... Y, naturalmente, seguido por los niños.

Brower iba a cenar con el fabricante de yute, un acto de gran formalidad y ceremonia, y se encontraban a mitad del segundo plato, sentados en una terraza a cielo abierto, por encima de la populosa calle, cuando el petardeo familiar, el rugido del motor se oyó allá abajo, acompañado de gritos y chillidos.

Uno de los muchachos más atrevidos, hijo de un oscuro santón, había subido al coche convencido de que cualquier dragón que durmiera bajo el capot de hierro no podía ser despertado sin que el hombre blanco se sentara al volante. Y Brower, obsesionado por las próximas negociaciones, no había apagado el encendido.

Uno no puede imaginarse al muchacho, cada vez más atrevido ante los ojos de sus compañeros, tocando el retrovisor, el volante, e imitando el ruido de la bocina. Cada vez que sacaba la lengua al dragón que dormía bajo el capot, crecía el pavor en el rostro de su público.

Su pie debió de haber encontrado el embrague, quizás se apoyó en él, cuando apretó el estárter. El motor estaba caliente; se puso en marcha al momento. El muchacho, presa de gran terror, hubiera debido reaccionar apartando el pie del embrague inmediatamente, antes de saltar fuera del coche. Si el coche hubiera sido más viejo o estado en peores condiciones, se habría calado. Pero Brower lo cuidaba escrupulosamente, y por ello saltó hacia delante en medio de una serie de ruidosas sacudidas; Brower pudo darse cuenta al salir corriendo de la casa del fabricante de yute.

El tropiezo fatal del muchacho fue poco más que un accidente. Quizás en sus esfuerzos por salir, su codo tropezó accidentalmente con la palanca de marchas. Quizá tiró de ella con la angustiada esperanza de que así era como el hombre blanco hacía dormirse al dragón. No obstante, ocurrió..., ocurrió. El auto alcanzó una velocidad suicida y cargó contra la multitud en aquella calle abarrotada de gente, saltando sobre bultos y aplastando las jaulas de mimbre del vendedor de aves; reduciendo a astillas la carreta del vendedor de flores. Bajó rigiendo, colina abajo, en dirección a la esquina de la calle, saltó la acera, se estrelló contra un muro de piedra y estalló en una bola de fuego.

-George pasó su pipa de un lado a otro de la boca.

Esto fue lo único que pudo contarme Greer, porque era lo único que tenía sentido de todo lo que le dijo Brower. Lo demás era como una arenga desatinada sobre la locura de que dos culturas tan dispares llegaran a mezclarse. El padre del muchacho muerto se enfrentó evidentemente con Brower antes de que se lo llevaran y le lanzó una gallina muerta. Hubo una maldición. En este punto, Greer me dirigió una sonrisa que era como decirme que ambos éramos hombres de mundo, encendió un cigarrillo y comentó:

-Cuando ocurre una cosa así hay siempre una maldición. Esos miserables paganos tienen que plantar cara a toda costa. Es su pan y mantequilla.

-¿Cuál fue la maldición? -quise saber.

-Supuse que la habría adivinado. El santón le dijo que un hombre que practicaba su brujería sobre un muchacho tan joven debería volverse un paria, un proscrito. A continuación dijo a Brower que cualquier ser vidente al que tocara con sus manos, morirla. Para siempre jamás, amén... -y Greer soltó una risita.

-¿Y Brower lo creyó?

-Greer cree que sí.

-Hay que tener en cuenta que el hombre había sufrido una impresión espantosa. Y ahora, por lo que usted me dice, su obsesión se está agravando en lugar de curarse.

-¿Puede darme su dirección?

Greer buscó en sus ficheros y al fin apareció con unos datos. Me dijo:

-No le garantizo que le encuentre ahí. La gente se ha mostrado reacia a emplearle, y me parece que no dispone de mucho dinero.

Sentí un ramalazo de culpabilidad al oírle, pero no dije nada. Greer me pareció demasiado pomposo, demasiado creído, para merecerla poca información que yo tenía sobre Henry Brower. Pero al levantarme, algo me empujó a decirle:

-Vi a Brower estrecharla pata de un perro sarnoso, anoche. Quince minutos después el perro estaba muerto.

-¿De veras? ¡Qué interesante! -Levantó las cejas como si el comentario no tuviera que ver con nada de lo que habíamos estado hablando.

Me levanté para despedirme y me disponía a estrecharla mano de Greer, cuando la secretaria abrió la puerta del despacho:

-Perdóneme, pero, ¿es usted Mr. Gregson?

Le dije que efectivamente lo era, entonces añadió:

-Un tal Baker acaba de llamar. Le ruega que vaya inmediatamente al número veintitrés de la calle 19.

Me dio un vuelco el corazón, porque ya había estado allí una vez aquel día..., era la dirección de Jason Davidson. Cuando abandoné el despacho de Greer, le dejé ocupado con su pipa y el Wall Street Journal. Jamás volví a verle, pero no ha sido una gran pérdida. Me sentía embargado por un temor específico, del tipo que nunca cristalizará del todo en temor real por un objeto determinado, porque es demasiado espantoso, demasiado increíble para ser tenido seriamente en cuenta.

En este punto interrumpí su narración:

- ¡Santo Dios, George! ¿No irá a decirnos que estaba muerto?

-Completamente muerto -asintió George-. Llegué casi al mismo tiempo que el forense. Su muerte se calificó de trombosis coronaria. Hacía unos dieciséis días que había cumplido veintitrés años.

En los días siguientes, traté de decirme que todo aquello era una desgraciada coincidencia, y que mejor olvidarlo. No dormía bien incluso con la ayuda de mi buen amigo «Cutty Sark». Me dije que lo que había que hacer era repartir el pozo de la noche anterior entre nosotros tres y olvidar que Henry Brower había irrumpido alguna vez en nuestras vidas. Pero no pude. Preparé en cambio un cheque de caja por aquella cantidad y fui a la dirección que Greer me había dado, en Harlem.

No estaba. La dirección que había dejado era un lugar en el East End, un vecindario ligeramente menos acomodado pero, de todas formas, decente. Había abandonado también esa dirección un mes antes de la partida de póquer, y su nueva dirección estaba en East Village, un barrio pobre.

El encargado del edificio, un hombre flaco acompañado de un enorme mastín negro que no dejaba de gruñir, me dijo que Brower se había marchado el tres de abril..., el día siguiente al de la partida. Le pregunté si había dejado alguna dirección y echó la cabeza hacia atrás y emitió un graznido que aparentemente le servía de risa:

-La única dirección que dejan cuando se van de aquí es el infierno, jefe. Pero a veces se paran en el Bowery en su camino.

El Bowery era entonces lo que los forasteros creen que es ahora: el hogar de los sin hogar, la última parada para los hombres sin rostro que solamente desean otra botella de vino barato u otra inyección del polvo blanco que proporcione sueños sin fin. Me dirigí allí. En aquellos días había docenas de casas de mala muerte, algunas misiones caritativas que recogían a los borrachos por la noche y centenares de callejones donde un hombre podía esconder un colchón viejo cosido de chinches. Vi docenas de hombres, todos ellos pocos más que esqueletos comidos por la bebida y las drogas. Ni se conocían nombres, ni se usaban. Cuando un hombre llega al nivel más bajo, con el hígado deshecho por el alcohol, con la nariz hecha llaga abierta de tanto aspirar cocaína y potasa, con los dedos congelados y los dientes podridos..., un hombre ya no necesita el nombre para nada. Pero yo describía a Henry Brower a todos los que veía, sin conseguir nada. Los dueños de los bares movían la cabeza y se encogían de hombros. Los demás ni siquiera levantaban la cabeza y seguían caminando.

No le encontré aquel día, ni el otro, ni el otro. Transcurrieron dos semanas y de pronto hablé con un hombre que me dijo que alguien parecido había dormido tres noches atrás en la pensión de Devarney.

Fui allí; estaba solamente a un par de manzanas del área que yo había estado recorriendo. El hombre del mostrador era un viejo áspero, con una calva escamosa y unos ojos legañosos y brillantes. En la ventana cargada de moscas se anunciaban habitaciones con vista a la calle por diez centavos la noche. Mientras duró mi descripción de Brower el viejo fue moviendo afirmativamente la cabeza y cuando hube terminado, me dijo:

-Le conozco, señorito. Le conozco muy bien. Pero no puedo recordar exactamente..., creo que me ayudaría ver un dólar delante de mí.

Saqué un dólar y lo hizo desaparecer al instante, pese a la artritis.

-Estuvo ahí, señorito, pero se ha ido.

-¿Sabe a dónde?

-No recuerdo bien, pero quizá podría con un dólar delante de mí.

Saqué otro billete, que hizo desaparecer tan rápidamente como el primero. Algo, entonces, debió parecerle deliciosamente cómico, y de su pecho salió una tos rasposa de tuberculoso.

-Bien, ya se ha divertido -le dije- y además le he pagado bien por ello. Dígame ahora, ¿sabe dónde está ese hombre?

El viejo volvió a reírse divertido:

-Sí... Pottér's Field es su nueva residencia; tiene un contrato para la eternidad y al diablo por compañero. ¿Qué le parece la noticia, señorito? Debió morir ayer, durante la mañana, porque cuando le encontré a mediodía, todavía estaba caliente y de buen ver. Sentado junto a la ventana estaba. Yo había subido a cobrarle o a decirle que si no me pagaba que se fuera. Así que resultó ser huésped, de un metro ochenta de tierra, de la ciudad.

Esto le produjo otro desagradable ataque de risa senil.

-¿No observó nada raro? -pregunté, sin atreverme a analizar el alcance de mi pregunta-. ¿Algo fuera de lo habitual?

-Me parece recordar algo..., espere...

Le enseñé un dólar para ayudarle a recordar, pero esta vez no provocó risa, aunque desapareció con la misma rapidez que las otras veces.

-Sí, había algo más que raro -dijo el viejo-. He llamado al forense infinidad de veces, lo bastante para ver cosas. ¡Qué no habré visto yo, buen Dios! Los he encontrado colgados de un clavo en la puerta, muertos en la cama, les he visto en la escalera de incendios con una botella entre las piernas y congelados, tan azules como el Atlántico. Incluso encontré a uno ahogado en la palangana del lavabo, aunque de esto hace más de treinta años. Pero ese hombre..., sentado, erguido, con su traje marrón, como si fuera un elegante de ciudad, y el cabello bien peinado. Tenía la muñeca derecha agarrada por su mano izquierda, sí, señor. He visto de todo, pero nunca he visto a un muerto estrechando su propia mano.

Marché; me fui andando todo el camino hasta llegar a los muelles, y las últimas palabras del viejo se repetían una y otra vez en mi cerebro como un disco de gramófono que se atasca en un surco. *Es el único que he visto que haya muerto estrechando su propia mano.*

Anduve hasta el final de uno de los muelles, hasta donde el agua sucia y gris batía contra los pilares costosos. Entonces rasgué el cheque en mil pedazos y los tiré al agua.

George Gregson se movió y se aclaró la garganta. El fuego había quedado en brasas y el filo se adueñaba del salón desierto. Las mesas y las sillas parecían espectrales e irreales, como vistas en un sueño donde se mezclan el pasado y el presente. El resplandor teñía las palabras de la piedra de la chimenea de un color naranja apagado: LO QUE VALE ES LA HISTORIA, NO EL QUE LA CUENTA.

Sólo le vi una vez, y una vez fue bastante; no se me ha olvidado jamás. Pero sirvió para sacarme de mi propio duelo, porque cualquier hombre que pueda moverse entre sus semejantes, no está completamente solo.

-Si me trae el abrigo, Stevens, creo que me iré hacia casa..., me he quedado mucho más tarde que de costumbre.

Y cuando Stevens se lo trajo, George sonrió y señaló un pequeño lunar debajo de la comisura izquierda de Stevens.

-Realmente el parecido es asombroso, sabe..., su abuelo tenía un lunar exactamente en el mismo sitio.

Stevens sonrió, pero no comentó nada. George se fue, y nosotros fuimos desfilando poco después.

LA PLAYA

La Nave Fed ASN/29 cayó del cielo y se estrelló. Pasado un momento, dos hombres salieron de su cráneo abierto como si fueran su cerebro. Dieron unos pasos y luego se detuvieron, con sus cascos bajo el brazo, y contemplaron el lugar donde habían ido a parar.

Era una playa que no necesitaba océano..., era su propio océano, un esculpido mar de arena, un mar como una fotografía en blanco y negro, helado para siempre en crestas y hondonadas, y más hondonadas y crestas.

Dunas.

Profundas, empinadas, lisas, arrugadas. Crestas cortantes, crestas planas, dunas de crestas irregulares que parecían dunas amontonadas sobre otras dunas..., dominó de dunas.

Dunas. Pero océano, no.

Los valles, que eran las depresiones entre esas dunas, serpenteaban en negros laberintos. Si uno miraba esas líneas retorcidas y bastante largas, podía parecer que trazaban palabras..., palabras negras flotando sobre las blancas dunas.

-Joder -dijo Shapiro.

-Inclínate -aconsejó Rand.

Shapiro se dispuso a escupir, pero lo pensó mejor. Lo que le hizo pensarlo mejor fue toda aquella arena. Quizá no era éste el momento de ir desperdiciando líquido. Medio enterrado la arena, ASN/29 ya no parecía un pájaro moribundo: parecía una calabaza que se hubiera abierto descubriendo la podredumbre interior. Había habido fuego. Todos los depósitos de combustible de estribor habían explotado.

-Una pena lo de Grimes -dijo Shapiro.

-Si-. *Los ojos* de Rand recorrían el mar de arena, hasta la línea del horizonte y volvían otra vez.

Si, era una pena lo de Grimes. Grimes estaba muerto. Grimes no era otra cosa, ahora, que pedazos grandes y pedazos pequeños en el almacén de proa. Shapiro había mirado y pensado: Parece como si Dios hubiera decidido comerse a Grimes, le hubiera parecido que sabía mal y lo hubiera vomitado. Aquello había sido excesivo para el estómago de Shapiro. Eso y la visión de los dientes de Grimes esparcidos por el suelo del compartimiento.

Shapiro esperaba ahora a que Rand dijera algo inteligente, pero Rand se callaba. *Los ojos* de Rand recorrían las dunas, y hacían un trazado de las espirales formadas por las depresiones de ellas.

- ¡Eh! -exclamó Shapiro finalmente-. ¿Qué hacemos? Grimes está muerto; tú mandas ahora. ¿Qué vamos a hacer?

-¿Hacer? -Los ojos de Rand fueron de un punto a otro, de un punto a otro, sobre las dunas silenciosas. Un viento seco, persistente, levantaba el cuello impermeabilizado de su traje de Protección Ambiental-. Si no tienes una pelota de balón-volea, no lo sé.

-¿Qué estás diciendo?

-¿No es eso lo que se supone que se hace en la playa? -preguntó Rand-. ¿Jugar con el balón?

Shapiro había tenido miedo en el espacio muchas veces, y presa del pánico cuando empezó el fuego; ahora, mirando a Rand, sintió un rumor de miedo demasiado grande para comprenderlo.

-Es enorme -dijo Rand pensativo y por un momento Shapiro creyó que Rand se refería al propio miedo de Shapiro-. Una playa infernalmente grande. Algo como esto podría no tener fin. Podrías andar cien kilómetros con la tabla de surfing bajo el brazo y seguir en el punto donde habías arrancado, casi, sin nada más detrás de ti que cinco o seis huellas de tus pies. Y si permanecieras cinco minutos en el mismo sitio, las últimas seis o siete también desaparecerían.

-¿Conseguiste un *compscan* topográfico antes de caer? -Decidió que Rand estaba emocionado. Rand estaba conmocionado pero Rand no estaba loco. Si era preciso, podría dar una píldora a Rand. Si Rand continuaba divagando, podía darle una inyección-. ¿Conseguiste echar una mirada a...?

Rand le miró fugazmente:

-¿Qué?

Los puntos verdes. Eso era lo que iba a decirle. Parecía una cita de los Salmos y no pudo decirlo. El viento hizo un repique de campanas en su boca.

-¿Qué? -volvió a preguntar Rand.

-*Compscan ¡Compscan!* -chilló Shapiro- ¿No has oído nunca hablar de un *compscan*, zángano? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está el océano al final de la jodida *playa*? ¿Dónde están los lagos? ¿Dónde la franja verde más cercana? ¿En qué dirección? ¿Dónde termina la playa?

-¿Termina? Oh. Ya caigo. No termina nunca. Ni franjas verdes, ni casquetes de hielo. Ni océanos. Esto es una playa en busca de un océano, compañero. Dunas y dunas, y nunca terminan.

-Pero, ¿de dónde sacaremos el agua?

-No podemos hacer nada.

-La nave..., está hecha pedazos.

-Muy listo, Sherlock.

Shapiro se calló. Ahora era el momento de callarse o de ponerse histérico. Tenía la sensación..., casi la seguridad..., de que si se ponía histérico, Rand seguiría contemplando las dunas hasta que Shapiro encontrara la solución, o no la encontrara.

¿Cómo se llamaba a una playa que no tenía fin? Claro, i se llamaba un desierto! El mayor jodido desierto del universo, ¿no es verdad?

Y, mentalmente, oyó contestar a Rand: Muy listo, *Sherlock*

Shapiro permaneció aún, un momento, junto a Rand, esperando a que el hombre despertara, que *hiciera* algo. Pero, poco después se le acabó la paciencia. Empezó a deslizarse a trompicones por el flanco de la duna a la que se había subido para mirar a su alrededor. Podía sentir la arena chupándole las botas. *Quiero absorberte, chuparte*, Bill, imaginó que le estaba diciendo la duna. En su mente era como la voz seca, árida, de una mujer ya vieja pero aún terriblemente fuerte. *Quiero chuparte aquí mismo y darte un gran... abrazo.*

Esto le hizo pensar en cómo solían turnarse dejando que los otros les enterraran en la playa, hasta el cuello, cuando eran pequeños. Entonces había sido divertido..., ahora le asustaba. Así que hizo que aquella voz enmudeciera..., no tenía tiempo para recuerdos, Cristo, no..., y echó a andar por la arena con pasos cortos, dando patadas, tratando inconscientemente de destruir la perfección simétrica de su inclinación y superficie.

-¿A dónde te vas? -La voz de Rand tenía por primera vez un deje de sensatez y preocupación.

-El radiofaro -respondió Shapiro- voy a encenderlo. Seguíamos una ruta marcada en los mapas. Lo captarán los vectores. Será una cuestión de tiempo. Ya sé que las probabilidades son una mierda, pero quizá venga alguien antes de que...

-El radiofaro está hecho añicos -dijo Rand- ocurrió cuando caímos.

-A lo mejor puede arreglarse -grito Shapiro por encima del hombro.

Al entrar, con dificultad, por la escotilla, se sintió mejor a pesar de los olores... cables quemados y un agrio olor a gas Freon. Se dijo que se sentía mejor porque había pensado en el radiofaro. Por mal que estuviera, el faro ofrecía cierta esperanza. Pero no era la idea del faro lo que había levantado su moral; si Rand decía que estaba roto, estaba, probablemente, más que roto. Pero es que ya no veía las dunas..., ya no podía ver aquella playa enorme, interminable.

Eso era lo que le hacía sentirse mejor.

Cuando volvió a llegar a la cima de la primera duna, luchando y jadeando, con las sienes latiéndole a causa del dolor seco, Rand estaba aún allí, todavía mirando, mirando y mirando. Había transcurrido una hora. El sol caía perpendicular sobre ellos. La cara de Rand estaba cubierta de

sudor. En sus cejas brillaba como una joya. Por sus mejillas las gotas se deslizaban como lágrimas. Más gotas resbalaban por los músculos del cuello y por él se metían en su traje de PA como goterones de aceite bajando por el viento de un bello androide.

Le he llamado zángano, pensó Shapiro estremeciéndose. Cristo, eso es lo que parece..., no un androide, sino un zángano que se acaba de pinchar con una jeringa enorme.

Y Rand se había equivocado, después de todo.

-¿Rand?

Nada.

-El radiofaro no estaba roto. -Brilló un destello en los ojos de Rand. Pero al momento volvieron a quedar vacíos, dirigidos hacia las montañas de arena. Shapiro había creído al principio que estaban congeladas, pero supuso que se movían. El viento era constante. Se moverían. A lo largo de un período de décadas y siglos, se..., bueno, *caminarían*. ¿Dunas andarinas? Creía recordar esto de su niñez. O de la escuela. O de alguna parte, ¿pero qué demonio importaba?

Vio en aquel momento una delicada piel de arena deslizarse por el flanco de una de ellas. Como si le hubiera oído.

(oyó lo que estaba pensando).

El sudor empapó su cuello, por detrás. Está bien, estaba perdiendo la cabeza. ¿Y quién no? Estaban en un aprieto, en un gran aprieto. Y Rand no parecía darse cuenta..., o no le importaba.

-Tenía algo de arena dentro, y el zumbador estaba roto, pero debía haber lo menos sesenta en la caja de repuestos de Grimes.

¿A caso me oye?

No sé cómo pudo meterse la arena dentro..., estaba guardado donde tenía que estar, en el compartimento de almacenaje detrás de la litera, tras tres escotillas cerradas entre él y el exterior, pero...

-Oh, la arena se mete por todas partes. ¿Te acuerdas de cuando ibas a la playa, de niño, Bill? ¿Cuando volvías a casa y tu madre se enfadaba porque dejabas arena por todas partes? ¿Arena en el sofá, arena en la mesa de la cocina, arena en los pies de tu cama? La arena de la playa es muy... -hizo un gesto vago y luego volvió a aparecer aquella sonrisa soñadora, perturbadora...omnipresente.

-... No se ha estropeado -prosiguió Shapiro-. El productor de energía, de emergencia, está funcionando, así que le enchufé el radiofaro. Me coloqué los auriculares por unos minutos y pedí una lectura de equivalencias a cincuenta par secs. Suena como una sierra mecánica. Es mejor de lo que podíamos esperar.

-No vendrá nadie. Ni siquiera los chicos de la playa. Los chicos de la playa llevan muertos más de ocho mil años. Bien venido a la Ciudad de los Rompientes, Bill. Ciudad de los Rompientes, *sin* rompientes.

Shapiro contempló las dunas. Se preguntaba cuánto tiempo llevarla la arena allí. ¿Un trillón de años? ¿Un quintillón? ¿Había habido vida allí, alguna vez? ¿Quizás incluso algo con inteligencia? ¿Ríos? ¿Manchas verdes? ¿Océanos para hacer de aquello una verdadera playa en lugar de un desierto?

Shapiro estaba junto a Rand y pensaba en todo aquello. El viento persistente le despeinaba. Y, de repente, tuvo la seguridad de que todo aquello había existido, y pudo imaginar por qué debieron acabar.

El lento retroceso de las ciudades cuando sus manantiales y áreas circundantes se vieron primero manchadas, luego empolvadas, finalmente empujadas y ahogadas por la arena deslizante.

Podía ver los brillantes abanicos oscuros de barro de aluvión, al principio brillantes como pieles de foca, pero haciéndose cada vez más opacos y apagados de color al ir creciendo y extendiéndose desde las bocas de los ríos..., más y más adelante, hasta encontrarse. Veía el barro brillante como piel de foca transformándose en pantanos infestados de cañas, luego volviéndose grises, rasposos, y al fin en arenas blancas y movedizas.

Podía ver las montañas recortadas como lápices afilados, fundiéndoseles la nieve a medida que la creciente arena traía corrientes termales y calientes contra ellas; veía los últimos picos señalando al cielo como los dedos de hombres enterrados vivos; los veía cubiertos, e inmediatamente olvidados, por las profundamente idiotas dunas.

¿Cómo las había llamado Rand?

Omnipresentes.

Si acabas de tener una visión, Billy-boy, era una horrible maldita visión.

Oh, pero no, no lo era. No era horrible; era plácida. Era tan tranquila como una siesta en una tarde de domingo. ¿Qué puede haber más plácido que una playa?

Apartó estos pensamientos. Le ayudó a pensar otra vez en la nave.

-No vendrá la caballería -dijo Rand-. La arena nos cubrirá y al poco tiempo nosotros seremos la arena y la arena será nosotros. La Ciudad de los Rompientes sin rompientes... ¿Captas la onda, Bill?

Y Shapiro estaba aterrorizado porque *podía* captarla. No se podían ver todas aquellas dunas sin captarla.

-Jodido zángano de mierda -masculló y regresó a la nave.

Y se escondió de la playa.

Por fin llegó la puesta de sol. La hora en que, en la playa..., en cualquier playa de *verdad...*, uno guardaba la pelota y se ponía el jersey y se sacaban los bocadillos y la cerveza. Todavía faltaba un poco para empezar el besuqueo, pero muy poco. Era la hora de *esperar* el besuqueo.

Bocadillos y cerveza no formaban parte de las provisiones de ASN/29.

Shapiro pasó la tarde embotellando toda el agua disponible de la nave. Utilizó un trozo de tubo para succionar la que había salido de las venas rotas del sistema de aprovisionamiento de la nave, y que había formado charcos en el suelo. Recuperó la poca que había quedado en el fondo del tanque hidráulico. No pasó por alto ni siquiera el pequeño cilindro de las entrañas del sistema de purificación del aire que circulaba por las áreas de almacenamiento.

Al final entró en la cabina de Grimes.

Grimes tenía peces en una pecera circular construida especialmente en vista de las condiciones de ingravidez. El tanque estaba hecho de plástico polimar, claro, resistente al impacto, y había sobrevivido fácilmente a la caída. Los peces de colores, como su dueño, no habían resistido al impacto. Flotaban en grupo anaranjado en la parte alta de la esfera que había ido a parar debajo de la litera. de Grimes, junto con tres pares de ropa interior sucísima y media docena de cubos-holográficos porro.

Sostuvo el globo-acuario un momento, mirándolo fijamente:

-«Ay, pobre Yorick, le conocía bien» -declamó de pronto y lanzó una risotada estridente, enloquecida. Luego, buscó la red que Grimes guardaba en su taquilla y la metió en el acuario. Retiró los peces y después se preguntó qué iba a hacer con ellos. Pasado unos minutos los llevó a la cama de Grimes y levantó la almohada.

Había arena.

Dejó los peces allí, indiferente, y a continuación, cuidadosamente, vertió el agua en el envase que utilizaba para recogerla. Habría que purificarla, pero incluso en el caso de que los purificadores no hubieran funcionado, pensó que en un par de días no le molestarla beber agua del acuario sólo porque tuviera flotando en ella alguna que otra escama y un poco de mierda de los peces de colores.

Purificó el agua, la dividió, y llevó la parte correspondiente a Rand hasta la ladera de la duna. Rand seguía donde le había dejado, como si no se hubiera movido.

-Rand. He traído tu parte del agua. -Corrió la cremallera de la bolsa delantera del traje PA de Rand y le metió dentro la botella plana, de plástico. Se disponía a cerrar la bolsa cuando Rand le apartó la mano. Sacó la botella. Escrito en la parte delantera se leía ASN/CLASS. BOTELLA DEL

ALMACÉN DE PROVISIONES DE LA NAVE 23196755 ESTERILIZADA, SI EL PRECINTO ESTÁ ENTERO.

Evidentemente, ahora el precinto estaba roto; Shapiro había tenido que llenar la botella.

-La purifiqué...

Rand abrió la mano. La botella cayó sobre la arena con un plop blando.

-No la quiero.

-Que no..., pero Rand, ¿qué te pasa? Jesucristo, ¿quieres *dejar* de hacer el tonto?

Rand no contestó.

Shapiro se inclinó y recogió la botella n .o 23196755. Sacudió la arena pegada a los lados como si fueran enormes e hinchados gérmenes.

-¿Qué te *ocurre*? -repitió Shapiro-. ¿Estás conmocionado? ¿Eso es lo que crees? Porque puedo darte una píldora..., o una inyección. Pero me estás contagiando, no me importa decírtelo. Aquí, tieso, mirando hacia las cuarenta, siguientes, millas de nada ¡Es *arena!* Solamente *arena!*

-Es una playa -dijo Rand soñador-. ¿Quieres hacer un castillo de arena?

-Bueno, está bien. Me voy a buscar una jeringa y una ampolla de Yellowjack. Si quieres actuar como un loco rematado, yo te trataré como a tal.

-Si intentas inyectarme algo, mejor que no te oiga cuando te acerques por detrás -advirtió Rand mansamente-. De lo contrario, te romperé el brazo.

Y podía hacerlo. Shapiro, el astrogante, pesaba unos setenta kilos y medía alrededor de un metro cincuenta. El combate físico no era su especialidad. Masculló una palabrota y regresó a la nave, con la botella de Rand.

-Creo que está viva -musitó Rand-. En realidad, estoy completamente seguro.

Shapiro se volvió a mirarle, y luego a las dunas. La puesta de sol colocaba una filigrana de oro en sus crestas, una filigrana que las sombreaba delicadamente hasta transformarse en el más oscuro ébano en las depresiones; en la duna siguiente el ébano se transformaba en oro. De oro a negro. De negro a oro. Oro a negro y negro a oro y oro a..

Shapiro parpadeó rápidamente, y se frotó los ojos con la mano.

-Varias veces he notado cómo esta determinada duna se movía bajo mis pies -Rand contó a Shapiro-. Se mueve con mucha gracia. Es como sentir la marea. Puedo oler su olor en el aire, y el olor es como de sal.

-Estás loco -le dijo Shapiro. Estaba tan empavorecido que le parecía que su cerebro se había vuelto de cristal.

Rand no contestó. Los ojos de Rand acechaban las dunas, que pasaban del oro al negro, del oro al negro, al ponerse el sol.

Shapiro regresó a la nave.

Rand permaneció en la duna toda la noche, y todo el día siguiente.

Shapiro se asomó y le vio. Rand se había despojado de su traje PA, y la arena lo cubría casi por completo. Solamente sobresalía una manga, desolada y suplicante. La arena encima y debajo, hizo pensar a Shapiro en un par de labios chupando con desdentada gula un bocado tierno. Shapiro sintió el loco deseo de desmoronar el costado de la duna y salvar el traje PA de Rand.

Pero no lo hizo.

Permaneció sentado en su cabina y esperó la nave de salvamento. El olor a Freon se había disipado. Fue remplazado por el mucho menos deseable hedor de Grimes descomponiéndose.

La nave de salvamento no vino aquel día, ni aquella noche, ni al tercer día.

La arena apareció, sin saber cómo, en la cabina de Shapiro, aunque había cerrado la escotilla y parecía estar perfectamente hermética. Aspiró los pequeños charcos de arena con el aspirador, como había hecho con los charcos de agua derramada, el primer día.

Estaba sediento todo el tiempo. Su botella estaba casi vacía.

Creyó que había empezado a oler a sal en el aire; en sueños oyó el graznar de las gaviotas.

Y podía oír la arena.

El viento, incansable, acercaba la primera duna a la vera de la nave. Su cabina seguía esiendo bien, gracias al aspirador, pero la arena se estaba apoderando de lo demás. Unas mini-dunas habían entrado por las mamparas destrozadas y se adueñaban de la ASN/29. Se movía como filamentos y membranas por los intersticios. En uno de los tanques reventados se estaba formando un montón.

El rostro de Shapiro pareció demacrarse por culpa de la barba incipiente.

Cerca de la puesta del sol del tercer día, subió a la duna para estudiar a Rand. Pensó llevarse una aguja hipodérmica, pero desistió. Era bastante más que una conmoción; ahora estaba seguro. Rand estaba loco. Lo mejor sería que muriera rápidamente. Y por lo visto esto era exactamente lo que iba a ocurrir.

Shapiro estaba demacrado; Rand, extenuado. Su cuerpo era como un palo descarnado. Sus piernas, anteriormente fuertes 'y gruesas, hechas de músculos de hierro, eran ahora blandos colgajos. La piel, en ellas, era como calcetines demasiado grandes que le caían. Estaba en calzoncillos y eran de nilón rojo y parecían un bañador absurdo. Había empezado a nacerle una ligera barba, cubriendo con su pelusa, la barbilla y sus hundidas mejillas. La barba era del color de la arena de las playas. Su cabello anteriormente de color castaño desvaído, se había vuelto casi rubio. Le colgaba sobre la frente. Solamente sus ojos, que miraban a través del flequillo con una viva intensidad azul, seguían viviendo. Estudiaban la playa.

(Las dunas, maldita sea, las DUNAS).

Implacables.

Ahora Shapiro veía algo muy malo. En verdad, una cosa muy mala. Vio que el rostro de Rand se estaba transformando en una duna. Su barba y su cabello estaban ahogando su rostro.

-Te vas a morir -dijo Shapiro-. Si no vienes a la nave y bebes, te vas a morir.

Rand no dijo nada.

-¿Es esto lo que quieres?

Nada. Sólo el rumor del viento, pero nada más. Shapiro se fijó en que las arrugas del cuello de Rand se iban llenando de arena.

-Lo único que yo *quiero* -oyó decir a Rand en una voz apagada, lejana, como el viento- es mi cassette de los Beach Boys. Está en mi cabina.

-¡Jódete! -exclamó Shapiro furioso-. ¿Sabes lo que deseo yo? Deseo que llegue una nave antes de que mueras. Quiero verte debatiéndote y gritando cuando te arranquen de tu preciosa condenada playa. Quiero ver lo que pase entonces.

-La playa también se quedará contigo -dijo Rand. Su voz era vacua y sonaba como el viento dentro de una calabaza reventada..., una calabaza abandonada en un campo al terminar la última cosecha del pasado octubre-. Escucha bien, Bill. Escucha el *rompiente*.

Rand ladeó la cabeza. Su boca, medio abierta, dejaba ver la lengua. Estaba tan arrugada como una esponja seca.

Shapiro oyó algo.

Oyó las dunas. Cantaban canciones de tardes de domingos en la playa..., siestas en la playa, sin sueños. Largas siestas. Paz despreocupada. El grito triste de las gaviotas. Partículas movedizas, desaprensivas. Dunas andarinas. Oyó... y se sintió atraído. Atraído hacia las dunas.

-Lo estás oyendo -dijo Rand.

Shapiro se metió con fuerza los dedos en la nariz hasta que sangró. Entonces pudo cerrar los ojos; sus pensamientos volvieron a reunirse lenta y torpemente. Su corazón estaba desbocado.

Basta, gimió Shapiro en su interior.

Oh, escucha esta ola, le murmuraron las dunas.

Y Shapiro, en contra del buen sentido, escuchó.

Entonces, su buen sentido dejó de existir.

Shapiro pensó: *Lo escucharla mejor si me sentara.*

Se sentó a los pies de Rand y apoyó los talones contra los muslos como un indio Yaqui, y escuchó.

Oyó los Beach Boys y los Beach Boys cantaban sobre diversión, diversión, diversión. Les oyó cantar que las chicas en la playa estaban todas, a su alcance. Oyó...

... el hueco canto del viento, no en su oído sino en el cañón situado entre el cerebro derecho y el cerebro izquierdo..., oyó ese canto en algún lugar de la oscuridad que está cruzada solamente por el puente colgante del corpus callosum, que conecta el pensamiento consciente con el infinito. No sentía hambre, ni sed, ni calor, ni miedo. Oía solamente la voz en el vacío.

Y llegó una nave.

Vino deslizándose fuera del cielo, con la larga estela anaranjada de los reactores, de derecha a izquierda. Su ruido atronador rompió la topografía ondulada, y varias dunas se deshicieron como la trayectoria de una bala en el cerebro. El trueno reventó la cabeza de Billy Shapiro y por un momento se sintió sacudido, *desgarrado*, rasgado por en medio...

Pero se puso en pie de un salto.

-¡Una nave! -chilló-. Madre ¡Nave! ¡Nave! ¡NAVE!

Era una nave comercial, sucia y destartada por quinientos..., o cinco mil... años de servicio tribal. Sorteó el aire, se enderezó brutalmente, patinó. El capitán soltó chorros ardientes que fundieron la arena transformándola en vidrio negro. Shapiro vitoreó la herida. Rand miró a su alrededor como un hombre que despierta de un sueño profundo.

-Dile que se marche, Billy.

-No lo entiendes -Shapiro iba de un lado a otro, sacudiendo los puños al aire-. Estarás bien...

Echó a correr hacia la sucia nave a grandes zancadas, casi saltos, como un canguro huyendo de un fuego de matas. La arena le retenía. Shapiro la apartó a patadas. aJódete, arena. Tengo un amor en Hansonville.» La arena nunca tuvo amor. La playa nunca amó.

Se abrió la cáscara del mercante. Asomó por allí una pasarela, como una lengua. Un hombre bajó por ella detrás de tres androides y un individuo hecho de tiras metálicas que seguramente era el capitán; en todo caso llevaba una boina con una insignia de clan.

Uno de los androides agitó un probador de muestras en su dirección. Shapiro lo apartó de un manotazo. Cayó de rodillas frente al capitán y abrazó las tiras metálicas que remplazaban las piernas muertas del capitán.

-Las dunas... Rand... sin agua..., vivo..., lo hipnotizaron..., un mundo de zánganos..., yo..., gracias a Dios...

Un tentáculo metálico se enroscó en Shapiro y lo apartó, arrastrándole sobre el vientre. La arena seca susurró debajo de él, como riendo.

-Está bien -dijo el capitán-. *Bey-at-shel ¡Me! ¡Me! ¡Gat!*

El androide soltó a Shapiro y se hizo atrás, parlotando, alocado para sí.

-Todo este camino para una jodida nave Fed -exclamó el capitán, amargado.

Shapiro se echó a llorar. Le dolía, no sólo en la cabeza, sino en el hígado.

-Dud ¡Gee-yat! ¡Gat! ¡Agua-para-él,-vivo!

El hombre que había ido en cabeza le tiró una botella como un biberón. Shapiro la levantó y chupó de ella golosamente, dejando que se le llenara la boca de un agua fría como el cristal, que se le escurriera por la barbilla, y le cayera, manchándola de oscuro, sobre la túnica, que el sol había descolorido. Se atragantó, vomitó y volvió a beber.

Dud y el capitán le miraban fijamente. Los androides seguían con su parloteo metálico.

Por fin, Shapiro se secó la boca y se sentó. Estaba, a la vez, bien y mareado.

-¿Tú Shapiro? -preguntó el capitán.

Shapiro asintió con la cabeza.

-¿Afiliación o clan?

-Ninguno.

-¿Número ASN?

-29.

-¿Tripulación?

-Tres. Uno muerto. El otro..., Rand..., allí -señaló pero sin mirar.

La cara del capitán no cambió. La de Dud, sí.

-La playa se apoderó de él -explicó Shapiro. Se dio cuenta de sus expresiones de curiosidad velada-. Conmoción..., quizá. Parece hipnotizado. No deja de hablar de... de los Beach Boys... No importa, no lo entenderían. No quiso ni beber, ni comer. Está muy mal.

-Dud, llévate a uno de los androides y bajadlo de ahí. -Sacudió la cabeza-. ¡Nave Fed! Maldita sea, sin botín.

Dud inclinó la cabeza. Al poco rato se encaramaba a la duna con uno de los androides. Éste parecía un surfista de veinte años que a lo mejor se ganaba un dinerillo extra distrayendo a viudas aburridas, pero la forma de andar le delataba mucho más que los tentáculos articulados que le salían de los sobacos. El paso, común en todos los androides, era el paso lento, reflexivo, casi doloroso, de un anciano mayordomo inglés aquejado de hemorroides.

Del tablero del capitán se oyó un zumbido.

-Estoy aquí.

-Soy Gómez, capitán. Tenemos una lectura de situación. El *compscan* y la telemetría de superficie nos muestran una superficie sumamente inestable. No hay base rocosa donde poder afianzarnos. Descansamos sobre nuestro propio escape y ahora mismo puede que sea lo más firme de todo el planeta. Lo malo es que nuestro escape está empezando a ceder.

-¿Recomendación?

-Debemos irnos.

-¿Cuándo?

-Hace cinco minutos.

-Estás loco, Gómez.

El capitán pulsó un botón y el comunicador enmudeció. Los ojos de Shapiro giraban en sus órbitas:

-Olvídense de Rand. Está tocado.

-Les recojo a los dos -respondió el capitán-. No he conseguido botín pero la Federación deberá pagarme algo por ustedes dos..., y no porque, a juzgar por lo que estoy viendo, valgan algo. Él está loco y usted cagado de miedo.

-No... Es que no lo comprende... Usted...

Los ojos amarillentos y astutos del capitán se animaron:

-¿Llevan contrabando? -preguntó.

-Capitán..., oígame..., por favor...

-Porque si lo llevan es una tontería dejarlo aquí. Dígame de qué se trata y dónde está. Lo repartiremos setentatreinta. Es la tarifa establecida para el salvador. No conseguiría nada mejor que ésta, ¿verdad? Lo que...

El escape se inclinó de pronto debajo de ellos. Una inclinación visible. Una bocina empezó a sonar de pronto dentro de la nave mercante, con sorda regularidad. El comunicador del tablero del capitán volvió a dispararse.

-¡Oigan! -chilló Shapiro-. ¿No se dan cuenta de lo que les espera? ¿Quieren hablar de contrabando ahora? ¡TENEMOS QUE SALIR AHORA MISMO DE AQUÍ!

-Cierra el pico, bonito, o haré que uno de esos tíos te calme -advirtió el capitán. Su voz sonaba serena pero su expresión había cambiado. Pulsó el comunicador.

-Capitán, leo diez grados de inclinación y va aumentando. El elevador está bajando, pero lo hacé normalmente. Tenemos tiempo, pero poco, si no la nave, volcará.

-Las riostras la sostendrán.

-No, señor. Con la venia del capitán, no la sostendrán.

-Empiece el encendido de las secuencias, Gómez.

-Gracias, señor. -El alivio en la voz de Gómez era inconfundible.

Dud y el androide regresaban por el flanco de la duna.

Rand no venía con ellos. El androide se iba quedando más y más rezagado. Y de pronto ocurrió una cosa extraña. El androide cayó de cara. El capitán frunció el ceño. El caso es que no había caído como figura que cae un androide..., es decir, como un ser humano, más o menos. Fue como si alguien hubiera empujado un maniquí en unos grandes almacenes. Cayó así, pum, y levantó una nubecita de arena.

Dud retrocedió y se arrodilló a su lado. Las piernas del androide seguían moviéndose como si sonara, en sus microcircuitos de 1.5 millones de Freón refrigerado que formaban su mente, que seguía caminando. Pero el movimiento de las piernas era lento y restallante. Cesó. Empezó a salir humo de sus poros y sus tentáculos se estremecieron sobre la arena. Era terrible, era como ver morir a un ser humano. De su interior salió un crugido: ¡*Craaaaaaagggg!*

-Se llenó de arena -murmuró Shapiro-. Es la religión de los Beach Boys.

El capitán le lanzó una mirada impaciente:

-No sea ridículo, hombre. Esta cosa podía andar a través de una tormenta de arena sin que le entrara un sólo grano.

-No en *este* mundo.

El escape volvió a moverse. La nave estaba ahora claramente escorada. Se oyó un especie de gemido al tener que soportar más peso las riostras.

-Déjelo! -gritó el capitán a Dud-. Déjelo, ¡déjelo!

¡*Gee-yat! ¡Come-me-for-Cry!*

Dud regresó dejando al androide que se moviera bocabajo en la arena.

-¡Maldito desastre! -masculló el capitán.

Él y Dud se lanzaron a una conversación enteramente hablada en una jerga que Shapiro podía entender, difícilmente, hasta cierto punto. Dud explicó al capitán que Rand se negaba a marcharse. El androide había intentado agarrarle, pero sin hacer fuerza. Ya entonces se movía a sacudidas y de su interior salían extraños ruidos. También, había empezado a recitar una letanía, una mezcla de coordenadas galácticas y un catálogo de las cintas de música folk del capitán. El propio Dud había tenido que enfrentarse con Rand. Lucharon brevemente. El capitán dijo a Dud que si Dud había permitido a un hombre que llevaba tres días expuesto al sol que le dominara, tal vez sería mejor buscarse otro primer oficial.

El rostro de Dud se ensombreció, avergonzado, pero su expresión grave y preocupada, no se alteró. Volvió lentamente la cabeza descubriendo así cuatro marcas profundas en la mejilla. Iban hinchándose lentamente.

-*Him gat big indics* -explicó Dud-. *Strong-for-Cry. Him-gat for umby.*

-¿*Umby-him for-Cry?* -y el capitán miró severamente a Dud. Este asintió:

-*Umby. Beyat-sheL Umby-for-Cry.*

Shapiro se había concentrado, forrando su mente cansada y aterrorizada en busca de la palabra. Por fin la encontró. *Umby*. Quería decir loco. Es *fuerte, santo Dios. Fuerte porque está loco. Tiene grandes medios, gran fuerza. Porque está loco.*

Grandes medios..., quizá queda decir grandes rompies. No estaba seguro. En cualquier caso venía a ser lo mismo.

Umby.

El suelo volvió a moverse bajo sus pies, y la arena pasó por encima de las botas de Shapiro.

Por detrás de ellos se oyó el sordo *ka-tud, ka-tud, ka-tud* de los tubos de aireación. Shapiro pensó que aquello era el ruido más precioso que había oído en su vida.

El capitán estaba sentado, sumido en sus pensamientos, como un fantástico centauro, cuya parte inferior fueran cables y chapas en lugar de caballo. Después levantó la cabeza y volvió a pulsar el comunicador.

-Gómez, envíe a Excelente Montoya, aquí, con una pistola tranquilizante.

-Entendido.

El capitán miró a Shapiro y le dijo:

-Ahora, por si era poco, he perdido un androide cuyo valores como diez años de su sueldo. Me siento estafado, así que me propongo llevarme a su compañero.

-Capitán... -Shapiro no podía evitar mojarse los labios. Sabía que era algo inoportuno en aquel momento; no queda parecer loco, histérico o destarificado, y el capitán, al parecer, había decidido que era las tres cosas a la vez. Pasarse la lengua por los labios añadiría fuerza a la impresión..., pero, sencillamente, no podía evitarlo...-. Capitán, no sé cómo decirle que es necesario salir de este mundo tan pronto como sea pos...

-Cierre el pico, zángano -le interrumpió el capitán, con cierta amabilidad.

De la duna cercana se elevó un alarido:

-*No me toquen. No se me acerquen. Déjenme en paz IDéjenme todos!*

-*Big indic's gat umby* -declaró Dud gravemente.

-*Ma-him, yeah-mon* -respondió el capitán, y volviéndose a Shapiro-. Está realmente mal de la cabeza, ¿verdad?

Shapiro se estremeció.

-No lo sabe usted bien. Usted sólo...

La nave volvió a moverse. Las riostras protestaron más que nunca. El comunicador zumbó. La voz de Gómez sonaba estridente, un poco insegura:

-¡Tenemos que salir de aquí inmediatamente, capitán!

-Muy bien. -Un hombre de tez oscura apareció en la pasarela. Sostenía una pistola, de largo cañón, en la mano. El capitán le indicó a Rand:

-*¿Ma-him, for-Cry, Can?*

Excelente Montoya, impávido ante la tierra inclinada, que no era tierra sin arena fundida a vidrio (e incluso éste empezaba a agrietarse según vio Shapiro), imperturbable ante los crujidos de las riostras o la impresionante visión del androide que ahora parecía cavar su propia sepultura, estudió la delgada silueta de Rand por un instante:

-*Can* -aseguró.

-*¡Gat! ¡Gat-for-Cry!* -y el capitán escupió a un lado-. Dispárale a la cabeza, no me importa, siempre y cuando respire aún cuando lo subamos a bordo.

Excelente Montoya levantó la pistola. El gesto era aparentemente dos tercios casual y un tercio descuidado, pero Shapiro, incluso en su estado de casi-pánico, se fijó en cómoladeaba la cabeza Montoya al apuntar. Como muchos de los pertenecientes a los clanes, la pistola formaba, casi, parte de él, como señalar con el dedo.

Se oyó un sordo puf cuando apretó el gatillo y el dardo tranquilizante salió disparado del cañón.

Una mano surgió de la duna y cogió el dardo.

Era una enorme mano parda, temblorosa, hecha de arena. Se alzó en el aire, sencillamente, desafiando al viento y apagó el brillo momentáneo del dardo. Luego la arena volvió a caer pesadamente haciendo *trrrrrrap*. Ya no había mano. Imposible creer que la hubiera habido. Pero todos la habían visto.

-*Giddy-hump* -comentó el capitán en voz casi normal.

Excelente Montoya cayó de rodillas:

-*¡Aidy-May-for Cry, bit-gat come! ¡saw-hoh got belly-gatfor-Cry...!*

Shapiro, como atontado, se dio cuenta de que Montoya iba rezando el rosario en su extraña lengua. Sobre la duna, Rand daba saltos, mostrando los puños al cielo, chillando débilmente por su triunfo.

Una mano. Fue una MANO. Tiene razón éste, estd viva, viva, viva...

-*¡Indic!* -gritó el capitán a Montoya-. *¡Cannit! ¡Gat!*

Montoya se calló. Sus ojos rozaron la figura saltarina de Rand y los apartó al instante. Su rostro reflejaba un terror supersticioso, de una calidad casi medieval.

-Está bien -dijo el capitán-. Ya he tenido bastante. Me voy. Nos vamos.

Apretó dos botones de su tablero. El motor que debía haberle girado cara a la nave, frente a la pasarela, no zumbó; chirrió, y gimió. El capitán blasfemó. La nave volvió a moverse.

-Capitán -gritó Gómez presa de pánico.

El capitán apretó otro botón y los cables y placas empezaron a moverse, hacia atrás, pasarela arriba.

-Guíense -pidió el capitán a Shapiro-. Me falta el jodido retrovisor. Fue una mano, ¿verdad?

-Sí.

-Quiero salir de aquí -insistió el capitán-. Hace más de catorce años que no he tenido una erección y ahora mismo siento como si me estuviera mojando.

¡Trrrrrap! Una duna se desplomó de pronto sobre la pasarela. Sólo que no era una duna; era un brazo.

-Joder, oh, joder -barbotó el capitán.

Rand, encima de su duna seguía dando saltos y chillando.

Ahora, las piezas de la parte inferior del capitán empezaron a rechinar. El mini-tanque, del que la cabeza y los hombros del capitán eran la torreta, empezó a deslizarse hacia atrás.

-Qué...

Las piezas se trabaron. La arena las había invadido.

-*¡Levántenme!* -gritó el capitán a los dos restantes androides-. ¡Ahora! ¡AHORA MISMO!

Sus tentáculos se enroscaron en los engranajes para levantarlo..., su aspecto era ridículo, algo así como un miembro de facultad a punto de ser manteado por un grupo de brutos. Iba pulsando su tablero.

- ¡Gómez! ¡Encienda la secuencia final! ¡Ahora! ¡Ahora!

La duna situada al pie de la escalerilla se movió. Se transformó en una mano. Una enorme mano oscura que empezó a trepar por la pendiente.

Con un alarido, Shapiro escapó de la mano.

El capitán, soltando maldiciones, fue alejado de ella.

Se retiró la pasarela. La mano cayó y volvió a convertirse en arena. La escotilla irisada se cerró. Los motores empezaron a rugir. No había tiempo para encontrar donde echarse; no quedaba tiempo para una cosa así. Shapiro se dejó caer, agachado, al suelo, y la aceleración lo aplastó contra una de las mamparas. Antes de perder el sentido, le pareció sentir la arena agarrando la nave con brazos musculosos, oscuros, esforzándose por retenerles en tierra...

Por fin se elevaron y se alejaron.

Rand les contempló irse. Se había sentado. Cuando el rastro de vapor de los reactores desapareció finalmente del cielo, volvió de nuevo sus ojos a la placidez de las dunas.

-Tenemos un coche del '34 y lo llamamos carro -canturreó a la arena vacía y movediza-. No es muy divertido; pero es un buen viejo carro.

Lenta, reflexivamente, empezó a meterse puñado tras puñado de arena en la boca. Tragaba... tragaba... tragaba. Pronto su vientre fue como un barril hinchado y la arena empezó a subirle por las piernas.

LA IMAGEN DE LA MUERTE

-Lo trasladamos el año pasado, y fue de lo más complicado -explicó Mr. Carlin, mientras subían la escalera-. Además, tuvimos que hacerlo a mano. No había otra forma. -Lo aseguramos de accidentes en «Lloyd's» antes incluso de sacarlo de su caja, en el salón. Fue la única compañía que quiso asegurarlo por la cantidad que habíamos previsto.

Spangler no dijo nada. El hombre era un imbécil. Johnson Spangler hacía tiempo que había aprendido que la única forma de tratar con un imbécil era ignorarle.

-Lo aseguramos por un cuarto de millón de dólares -terminó Mr. Carlin cuando llegaban al rellano del segundo piso-. Y nos costó un buen pico. -Era un hombrecito, no del todo gordo, con gafas sin montura y una calva morena que brillaba como una pelota de voleo barnizada. Una armadura, que guardaba la oscuridad de caoba del corredor del segundo piso, les contempló impasible.

Era un corredor largo, y Spangler miró las paredes, y lo que estaba colgado en ellas, con un frío ojo profesional. Samuel Glaggert había comprado cantidades ingentes, pero no había comprado bien. Como muchos de los grandes industriales, que se habían hecho solos, en el pasado 1800, había resultado ser poco más que un amo de casa de empeños disfrazado de coleccionista, un experto en pinturas monstruosas, novelas y colecciones de poesías, sin valor encuadradas en cuero valioso, y atroces esculturas, todo ello considerado como Arte, por él.

En aquel piso las paredes estaban cubiertas, festoneadas sería una mejor descripción, de tapices marroquíes de imitación, innumerables (y sin duda anónimas) madonnas sosteniendo innumerables niños nimbados, mientras innumerables ángeles revoloteaban de un lado a otro en el fondo, grotescos candelabros repletos de volutas, y una lámpara monstruosa, asquerosamente ornamentada y rematada por una ninfa sonriente y salaz.

Naturalmente, el viejo pirata había conseguido algunas piezas interesantes; la ley de los promedios lo requiere así. Y si el Museo Particular en Memoria de Samuel Claggert (visitas acompañadas cada hora... 1 dólar la entrada para los adultos, 50 centavos, los niños..., nauseabundo) contenía un 98 por ciento de flagrante basura, el 2 por ciento restante, cosas como el rifle Coombs colgado sobre la chimenea de la cocina, la curiosa y pequeña cámara oscura en el salón, y por supuesto el...

-El espejo Delver fue retirado del piso bajo, después de un desgraciado... incidente -terminó bruscamente Mr. Carlin, motivado aparentemente, por un horrendo retrato de nadie en particular, colgado en la base del tramo de escaleras siguiente-. Hubo otros..., palabras agresivas, declaraciones desatinadas..., pero ese fue un intento deliberado para *destruir* realmente el espejo. La mujer, una tal Miss Sandra Bates, llegó con una piedra en el bolsillo. Afortunadamente tenía mala puntería y solamente estropeó una esquina del marco. El espejo no sufrió daños. Esa muchacha Bates tenía un hermano...

-No necesito que me recite el recorrido de a dólar -le cortó Spangler tranquilamente-. Conozco bien la historia del espejo Delver.

-Fascinante, ¿no le parece? -Carlin le dirigió una extraña mirada de soslayo-. Tenemos a la duquesa inglesa, de 1709..., y el comerciante de alfombras, de Pensilvania, en 1746..., por no hablar de...

-Conozco bien la historia -repitió Spangler sin inmutarse-. Lo que a mí me interesa es el trabajo. Y luego, naturalmente, la cuestión de autenticidad...

-¡Autenticidad! -exclamó Carlin con una seca risita que sonó como si se hubieran sacudido huesos en la alacena, debajo de la escalera-. Todo ha sido examinado por expertos, Mr. Spangler.

-Claro, también lo fue el Stradivarius de Lemlier.

-Cierto -suspiró Mr. Carlin-. Pero ningún Stradivarius tuvo jamás la..., jamás causó tantas perturbaciones como el espejo Delver.

-En efecto -dijo Spangler con su dulce voz despectiva.

Comprendía, ahora, que no habría forma de acallar a Carlin; tenía una mente perfectamente acorde con su edad.

En efecto.

En silencio, subieron al tercero y cuarto piso. Al acercarse a la parte alta de la vieja estructura, notaron un calor agobiante en las oscuras galerías superiores. Con el calor, se notó un olor que Spangler conocía bien porque había pasado toda su vida de adulto envuelto en él..., un olor a moscas muertas en oscuros rincones, humedad, y carcoma detrás -del yeso. El olor a vejez. Era un olor común, únicamente, a museos y mausoleos. Imaginó que este mismo olor podía salir de la tumba de una joven virginal que llevara cuarenta años muerta.

Allá arriba, las reliquias estaban amontonadas de cualquier modo, con la profusión típica de las almonedas; Mr. Carlin condujo a Spangler por un laberinto de estatuas, retratos dentro de sus marcos partidos, pajareras, doradas y pomposas, las piezas desmontadas de una antigua bicicletatándem. Le guió hasta el fondo, a una pared a la que se había adosado una escalera, debajo de una escotilla en el techo. De la escotilla pendía un viejo candado polvoriento.

A la izquierda, una imitación de Adonis les contemplaba despiadado con sus ojos sin pupilas. Uno de sus brazos se tendía y de la muñeca colgaba un letrero donde se leía: **ABSOLUTAMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA.**

Carlin sacó un llavero del bolsillo de su chaqueta, eligió una llave, y subió la escalera de mano. Se detuvo en el tercer barrote con la calva brillando levemente en la sombra:

-No me gusta el espejo -dijo-. Nunca me gustó. Me da miedo mirarlo. Temo mirar algún día y ver... lo que los demás vieron.

-No vieron otra que su imagen -aclaró Spangler.

Mr. Carlin empezó a hablar, calló, movió la cabeza, y tanteó en el techo, torciendo el cuello para meter la llave en la cerradura.

-Habría que cambiarlo -masculló-. Es... ¡Maldición!

El candado se abrió de pronto y se soltó de las anillas. Mr. Carlin hizo un gesto brusco para recuperarlo y casi cayó de la escalera. Spangler lo cazó al vuelo, oportunamente, y miró hacia arriba. Carlin se agarraba tembloroso al último barrote de la escalera, con la cara descolorida en la oscura penumbra.

-Está usted *nervioso*, ¿verdad? -preguntó Spangler asombrado.

Carlin no contestó. Parecía paralizado.

-Baje, por favor -dijo Spangler-. Baja, antes de que se caiga.

Carlin bajó despacio, agarrándose a cada barrote como un hombre suspendido sobre un abismo sin fondo. Cuando sus pies tocaron el suelo empezó a temblar, como si el suelo contuviera alguna corriente que le había conectado, como si fuera una luz eléctrica.

-Un cuarto de millón -repitió-. Un cuarto de millón de dólares de seguro para sacar... esa *cosa* del piso bajo y subirla aquí. Esa maldita *cosa*. Tuvieron que montar un gancho especial, y su cable, para subirla al almacén del desván. Y yo tenía la esperanza, casi recé, de que las manos de alguien estarían resbaladizas..., que el cable no sería lo bastante resistente..., que la cosa caería y se romperla en mil, en un millón, de pedazos...

-Hechos -dijo Spangler-. Hechos, Carlin. Déjese de novelas, de historias truculentas, o películas de horror, baratas y truculentas. *Hechos*. Primero: John Delver era un artesano inglés de ascendencia normanda que fabricaba espejos en lo que llamamos el período isabelino de la historia de Inglaterra. Vivió y murió normalmente. Nada de palabras mágicas en el suelo que tuviera que limpiar el ama de llaves, nada de documentos con olor a azufre, o con unas manchas de sangre junto a la firma. Segundo: Sus espejos son joyas de coleccionista debido principalmente a su trabajo perfecto y a que empleó un tipo de cristal de efecto levemente distorsionante y de aumento para el que mirara..., algo que los distinguía de los demás. Tercero: Por lo que sabemos sólo

existen cinco espejos Delver..., dos de ellos en América. No tienen precio. Cuarto: Este Delver, y el que fue destruido durante el bombardeo de Londres, se han ganado cierta dudosa reputación debida sobre todo a falsedades, exageraciones y coincidencias...

-Quinto -añadió Mr. Carlin-: Es usted una mala bestia, ¿verdad?

Spangler contempló con cierto asco al ciego Adonis.

-Yo acompañaba al grupo del que formaba parte el hermano de Sandra Bates, cuando echó una mirada a su precioso espejo Delver, Spangler. Contaba unos dieciséis años .y formaba parte de un grupo de estudiantes de escuela superior. Yo estaba contándoles la historia del espejo y había llegado a la parte que usted apreciaría..., insistiendo en la hermosa factura, la perfección del cristal..., cuando el muchacho levantó la mano.

-«Pero qué me dice de esa mancha negra que hay en el ángulo superior izquierdo?»
-preguntó-..Esto parece una tara.»

Y uno de sus amigos le preguntó a qué se refería, así que el muchacho Bates empezó a explicarle, pero calló de pronto. Miró el espejo fijamente, acercándose lo más que pudo al cordón de terciopelo rojo que lo protegía..., *luego miró hacia atrás, como si lo que había visto fuera el reflejo de alguien..., de ,alguien vestido de negro..., de pie detrás de él.*

-Parecía un hombre -dijo-. Pero no le pude ver la cara. Ya no está». -Y no dijo más.

-Siga -insistió Spangler-. Está muriéndose de ganas de decirme que era el Segador..., creo que esto es lo que se dice, ¿verdad? ¿Que algunas personas ven la imagen de la 'muerte en el espejo? Venga, hombre, suéltelo de una vez. ¡Al *Watsonal Enguiner* le encantaría la historia! Cuénteme las horribles consecuencias y desafíeme a que pueda explicarlo. ¿Qué pasó, le atropelló un coche? ¿Se tiró de una ventana? ¿O qué?

Carlin rió con una risita triste.

-Debería saberlo mejor, Spangler. ¿No me ha dicho por dos veces que usted es..., ah..., que está perfectamente enterado de la historia del espejo Delver? No *hubo* consecuencias horribles. No las ha habido nunca. Por esa razón el espejo Delver no figura en las ediciones domingueras como el diamante Koh-i-noor o la maldición de la tumba del faraón Tut. Es manso comparado a esos dos. Cree que soy un imbécil, ¿verdad?

-Si -le contestó Spangler-. ¿Podemos subir, ahora?

-Claro que sí -dijo Carlin apasionadamente. Subió por la escalera de mano y empujó la escotilla. Se oyó un cliqueticliqueti-bum al levantar el contrapeso en la oscuridad y Mr. Carlin se perdió en las sombras. Spangler le siguió. El Adonis ciego se les quedó mirando sin conocerlos.

El desván era explosivamente caliente, iluminado sólo por una ventana llena de telarañas, en un ángulo, filtrando la luz exterior con un resplandor lechoso y sucio. El espejo estaba apoyado en una esquina, de cara a la luz, recogiendo la mayor parte y reflejándola como una mancha blanquecina en la pared opuesta. Había sido atornillado para mayor seguridad a un armazón de madera.

Mr. Carlin no lo miró. Se esforzó por no mirar.

-Ni siquiera lo ha cubierto con un trapo -protestó Spangler visiblemente indignado por primera vez.

-Yo lo veo como un ojo -dijo Carlin. Su voz seguía agotada, perfectamente vacía-. Si se le deja abierto, siempre abierto, a lo mejor se queda ciego.

Spangler no le prestó la menor atención. Se quitó la americana, la dobló cuidadosamente con los botones hacia dentro, y con infinita ternura limpió el polvo de la superficie convexa del espejo. Luego, dio un paso atrás y lo contempló.

Era genuino. No cabía la menor duda, nunca había habido la más mínima duda. Era un ejemplo perfecto del genio de Delver. La habitación llena de trastos, detrás de él, su imagen reflejada, la silueta medio vuelta de Carlin..., todo estaba claro, bien definido casi tridimensional. La leve impresión de aumento del cristal daba a todas las cosas un efecto ligeramente curvo que añadía una distorsión casi cuatridimensional. Era...

Se le fue la idea y sintió otro ramalazo de ira:

-Carlin.

Carlin no dijo nada.

-¡Carlin, maldito imbécil, pensé que me había dicho que la muchacha no había dañado el espejo!

No obtuvo respuesta. Spangler se le quedó mirando fríamente, por el espejo.

-Hay un trozo de esparadrapo en la parte de arriba, en el ángulo izquierdo. ¿Llegó a partirlo? ¡Por el amor de Dios, hombre, diga algo!

-Está viendo al Segador -contestó Carlin. Su voz era abrumadora, sin pasión-. No hay esparadrapo en el espejo. ¡Pase la mano por encima... Santo Dios!

Spangler se envolvió cuidadosamente la mano con la parte alta de la manga de su chaqueta, la alargó, y la apoyó blandamente sobre el espejo.

-¿Lo ve? No hay nada sobrenatural. Se ha ido. Mi mano lo cubre.

-¿Lo cubre? ¿Nota el esparadrapo? ¿Por qué no lo arranca?

Spangler apartó cuidadosamente su mano y miró el espejo. Todo en él parecía algo más distorsionado; las esquinas del desván parecían curiosamente inclinadas como si fueran a resbalar hacia una ignota eternidad. No había la menor mancha oscura en el espejo. Estaba impecable. Sintió despertar en su interior un terror malsano, y se despreció por haberlo sentido.

-Parecía él, ¿no cree? -preguntó Mr. Carlin. Su rostro estaba muy pálido y sus ojos miraban directamente al suelo.

En su cuello latía un músculo, espasmódicamente-. Admítalo, Spangler. Parecía una figura embozada, de pie detrás de usted, ¿verdad?

-Parecía una cinta adhesiva cubriendo una pequeña rotura -dijo Spangler con firmeza-. Ni más, ni menos...

-El joven Bates era muy fuerte -evocó Carlin. Sus palabras parecían caer en la atmósfera, calurosa y quieta, como piedras en un charco de agua oscura-. Era como un jugador de fútbol. Llevaba una camiseta con una gran letra y pantalones verde oscuro. Nos encontrábamos a mitad de camino de la exposición de arriba cuando...

-El calor me está mareando -dijo Spangler con dificultad. Había sacado un pañuelo y se secaba el cuello. Sus ojos recorrieron la superficie convexa del espejo, a sacudidas.

-... Cuando dijo que necesitaba beber agua... Un poco de agua, ¡por el amor de Dios!

Carlin se volvió a mirar a Spangler, como loco, y prosiguió:

-¿Cómo iba a saberlo yo? ¿Cómo podía saberlo?

-¿Hay un lavabo por aquí? Creo que voy a...

-Su camiseta..., vi fugazmente su camiseta mientras iba bajando la escalera... Después...

-... vomitar.

Carlin sacudió la cabeza, como para despejarse, y volvió a mirar al suelo.

-Naturalmente. En el segundo piso, la tercera puerta a su izquierda, en dirección a la escalera -levantó la cabeza, suplicante-. ¿Cómo iba a *saberlo*?

Pero Spangler ya estaba bajando la escalera de mano. Se movió bajo su peso y por un momento Carlin pensó..., deseó... que se cayera. No lo hizo. Por el recuadro abierto en el suelo, Carlin le vio bajar, tapándose la boca con la mano.

-¿Spangler...?

Pero ya se había ido.

Carlin escuchó sus pasos, el eco de sus pasos, y luego nada. Cuando ya se hubieron apagado, se estremeció violentamente. Trató de llevar sus pies hacia la escotilla, pero los tenía helados. Sólo aquella última mirada, fugaz, a la camiseta del muchacho...

¡Dios...!

Era como si unas manos enormes, invisibles, tiraran de su cabeza, obligándole a levantarla. Aunque no quería mirar, Carlin fijó la vista en la brillante profundidad del espejo Delver.

No había nada.

La habitación se reflejaba con toda fidelidad, sus polvorientos confines transformados en brillante infinitud. Unas líneas de un poema de Tennyson, casi olvidado, se le ocurrieron de pronto y recitó en voz alta:

«Estoy medio mareada por las sombras, dijo la Dama de Shalott...»

Y seguía sin poder apartar la mirada, y la quietud palpitante le retenía. Junto a una esquina del espejo, una cabeza de búfalo, comida por las polillas le miró con sus ojos de obsidiana, planos.

El muchacho había querido beber agua y la fuente estaba en el vestíbulo del primer piso. Había bajado y...

Y nunca más había vuelto.

Jamás.

A ninguna parte.

Lo mismo que la duquesa que se había detenido a admirarse en su espejo, antes de una *soirée*, y decidió volver al gabinete en busca de sus perlas. Como el vendedor de alfombras que había ido a pasear en coche y había dejado tras él sólo un coche vacío y dos caballos mudos.

Y el espejo Delver había estado en Nueva York desde 1897 hasta 1920, estaba allí cuando el juez Crater...

Carlin miró como si estuviera hipnotizado a lo más profundo del espejo. Abajo, el Adonis ciego vigilaba.

Estuvo esperando a Spangler, casi como la familia Bates debió haber estado esperando a su hijo, como el marido de la duquesa esperaría que su esposa volviera del gabinete. Miro al espejo y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

PARA OWEN

Yendo hacia la escuela me preguntas
Qué otras escuelas son graduadas.
Llego hasta Fruit Street y apartas los *ojos*.
Caminando bajo estos árboles amarillos
llevas bajo el brazo tu fiambra del ejército, y tus
piernas cortas, enfundadas en ropa de trabajo,
transforman tu sombra en unas tijeras
que no cortan nada en la acera.
De pronto me dices que todos los estudiantes allí son frutas.
Todos prefieren coger arándanos porque son chiquitos.
Las bananas, dices, son los guardias.
En tus *ojos* veo reuniones de naranjas, y
Asambleas de manzanas.
Todos, dices, tienen brazos y piernas
Y las sandías son, a veces, tardías.
Son torpes, y son gordas.
Como yo», dices.
Podría decirle muchas cosas, pero mejor no.
Los niños sandías, no saben abrocharse los zapatos;
se lo hacen las ciruelas.
O cómo te robo la cara...
te la robo, te la robo, y la llevaré en lugar de la mía.
Pero, sobre la mía, se gasta en seguida.
Lo hace por estirla.
Podría decirte que morir es un arte
y que aprendo de prisa.
Creo que en esa escuela ya has
elegido tu propio lápiz
y empezado a escribir tu nombre.
Supongo que entre ahora y luego, podríamos
algún día hacer novillos y llevarte a Fruit Street
y yo aparcarla bajo la lluvia de las hojas de octubre
y miraríamos cómo una banana acompaña a la última sandía,
retrasada, a través de ese portal.

EL CAMIÓN DE TÍO OTTO

Es para mí un gran alivio escribir esto.

No he dormido bien desde que encontré a mi tío Otto muerto y a veces me he llegado a preguntar si me habré vuelto loco..., o si me volveré. En cierto modo todo hubiera sido una suerte, de no tener aquí, en mi despacho, el verdadero objeto, donde puedo verlo, tocarlo, sopesarlo si se me antoja. Pero no quiero; no quiero tocar eso. Aunque a veces o hago.

Si no me lo hubiera llevado de su casita, cuando huí de ella, podría empezar a persuadirme de que todo no fue más que una alucinación..., un invento de un cerebro agotado y sobreexcitado. Pero, ahí está. Pesa. Puedo sopesarlo en mi mano.

Es que todo ocurrió, ¿saben?

La mayoría de los que lean estas Memorias no lo creerán, no lo creerán a menos que les haya ocurrido algo parecido. Encuentro que el hecho de que lo crean y mi alivio se excluyen mutuamente, así que me encantará contarles la historia. Crean lo que quieran.

Cualquier cuento de horror debería tener un origen o un secreto. El mío, tiene ambas cosas. Déjenme que empiece por el origen..., contándoles cómo mi tío Otto, que era rico, según los cánones de Castle County, tuvo la idea de pasarlos últimos veinte años de su vida en una casita de una sola habitación, sin agua corriente, en un camino apartado de una pequeña ciudad.

Otto había nacido en 1905, era el mayor de los cinco hermanos Schenck. Mi padre, nacido en 1920, era el más joven. Yo era el menor de los hijos de mi padre, nacido en 1955, así que tío Otto siempre me pareció viejísimo.

Como muchos alemanes diligentes, mi abuelo y mi abuela llegaron a América con algún dinero. Mi abuelo se instaló en Derry, por la industria maderera, que conocía bien. Ganó dinero y sus hijos nacieron en un hogar acomodado.

Mi abuelo murió en 1925. El tío Otto, que en aquel momento contaba veinte años, fue el único hijo que recibió la herencia completa. Se trasladó a Castle Rock y empezó a especular en bienes raíces. En el transcurso de los cinco años siguientes ganó mucho dinero negociando en madera y terrenos. Compró una gran casa en Castle Hill, tenía servicio, y disfrutaba de su posición de joven soltero, buen partido y relativamente guapo (lo de «relativamente», lo digo porque llevaba gafas). Nadie le encontraba raro. Eso vino después.

La depresión del 29 le perjudicó..., no tanto como a otros, pero perjudicado al fin y al cabo. Conservó su gran casa de Castle Hill hasta 1933, luego la vendió porque una gran parcela de terreno arbolado había salido al mercado a un precio de miseria y quería poseerla desesperadamente. El terreno pertenecía a la Compañía Papelera de Nueva Inglaterra.

La Papelera existe aún hoy en día, y si quisieran comprar acciones de la misma, les aconsejaría que lo hicieran. Pero en 1933 la compañía ofrecía enormes parcelas a precio de saldo en un esfuerzo desesperado por mantenerse a flote.

¿Cuánta tierra perseguía mi tío? Aquel título de propiedad, fabuloso, original, se ha perdido, y los cálculos difieren..., pero según lo que todos dicen, era algo más de cuatro mil acres. La mayor parte se encontraba en Castle Rock, pero se extendía también hasta Waterford y Harlow. Cuando se hizo la oferta la Papelera pedía dos dólares y medio por acre..., si el comprador se quedaba con todo.

El precio total sumaba unos diez mil dólares. El tío Otto no podía, él solo, reunir aquel dinero; así que buscó un socio..., un yanqui llamado George McCutcheon. Si viven ustedes en Nueva Inglaterra conocerán el nombre Schenck y McCutcheon; hace tiempo que se vendió la compañía, pero hay todavía tiendas de ferretería Schenk y McCutcheon en cuarenta ciudades de Nueva Inglaterra, y serrerías Schenk y McCutcheon desde Central Falls hasta Derry.

McCutcheon era un hombre corpulento con una gran barba negra. Usaba gafas, como mi tío Otto. También, como mi tío Otto, había heredado algo de dinero. Debió ser bastante, porque entre él y mi tío Otto compraron todo aquel terreno sin ningún problema. Ambos eran, en el fondo, unos piratas, y se llevaban bien. Su sociedad duró veintidós años..., en realidad hasta el año en que nací..., y sólo conocieron prosperidad.

Pero todo empezó con la adquisición de aquellos cuatro mil acres, y los exploraron viajando en el camión de McCutcheon, recorriendo los caminos del bosque y siguiendo los pasos de los madereros, arrastrándose en primera la mayor parte del tiempo, tambaleándose sobre pasarelas y salpicándose al pasar directamente por el agua, McCutcheon al volante, casi siempre, y mi tío Otto el resto del tiempo, dos jóvenes que se habían hecho potentados en Nueva Inglaterra en la oscura profundidad de la gran Depresión.

Ignoro cómo McCutcheon se agenció aquel camión. Era un «Cresswell», por si les interesa..., una marca que ya no existe. Tenía una enorme cabina pintada de rojo vivo, guardabarros, y el arranque eléctrico, pero por si acaso fallaba, podía dársele a la manivela..., aunque dicha manivela se despistaba, a veces, y podía romperte el hombro, si el que la manejaba no tenía cuidado. Tenía unos seis metros de largo, con los laterales de estacas, pero lo que recuerdo mejor de aquel camión era el morro. Lo mismo que la cabina, era rojo como la sangre. Para llegar al motor había que levantar dos alas de acero, una de cada lado. El radiador estaba a la altura del pecho de un hombre alto. Era una máquina fea, monstruosa.

El camión de McCutcheon se estropeó y fue reparado, volvió a estropearse y lo volvieron a reparar. Cuando por fin el «Cresswell» exhaló el último suspiro, lo hizo de forma espectacular. Murió en un maravilloso despliegue como el mencionado en el poema de Holmes.

McCutcheon y el tío Otto subían por la carretera de Black Heniy un día del año 1953 y, según la propia confesión de tío Otto, ambos estaban «asquerosamente borrachos». El tío Otto puso la primera a fin de subir por Trinity Hill. *Aquello* estuvo bien pero borracho como estaba no se le ocurrió volver a cambiar la marcha al emprender la bajada. El agotado y viejo motor del «Cresswell» se recalentó. Ni el tío Otto ni McCutcheon se fijaron en que la aguja rebasaba la letra C, a la derecha del dial indicativo de temperaturas. Al llegar al pie de la colina, una explosión hizo saltar las alas de acero del capot, como si fueran las alas de un dragón rojo, el tapón del radiador saltó hacia el cielo de verano. El chorro de humo se elevó como un géiser. Saltó el aceite sobre el parabrisas, inundándolo. El tío Otto apretó el pedal del freno, pero el «Cresswell» había adquirido la mala costumbre de perder liquido de freno, durante el pasado año, y el pedal se hundió hasta el fondo. Como no podía ver a dónde iba se salió de la carretera, primero a una cuneta y luego fuera de ella. Si el «Cresswell» se hubiera calado, las cosas no hubiesen ido tan mal. Pero el motor siguió funcionando y primero explotó un pistón y luego otros dos, como petardos el día cuatro de julio. Uno de ellos, según tío Otto, atravesó su puerta que se abrió. El agujero que le hizo era de tal tamaño que podía pasarse el puño por él. Al final fueron a parar a un campo lleno de flores amarillas. Hubieran disfrutado de una preciosa vista de las White Mountains si el parabrisas no hubiera estado cubierto de aceite «Diamond Gem».

Este fue el último paseo del «Cresswell» de McCutcheon; jamás volvió a moverse de aquel campo. Tampoco hubo protestas por parte del propietario porque, naturalmente, era propiedad de ambos. Considerablemente serenos por la experiencia, los dos hombres se apearon para examinar los daños. Ninguno de los dos era mecánico, pero tampoco había que serlo para darse cuenta de que la herida era mortal. El tío Otto estaba horrorizado..., o así se le dijo a mi madre..., y ofreció pagar el camión. George McCutcheon le *dijo* que no se portara como un imbécil. En realidad, McCutcheon estaba extasiado. Había echado un vistazo al campo, la vista de las montañas, y había decidido que aquél era el lugar donde iba a construir su hogar cuando se retirara. Se lo dijo así a tío Otto, en el tono de voz que uno suele emplear una conversión religiosa. Volvieron juntos, andando, a la carretera y consiguieron que el camión de la panadería, que pasaba

a la sazón, les llevara de regreso a Clastle Rock. McCutcheon dijo a mi padre que había sido un milagro..., que había estado buscando el lugar perfecto, y que había estado allí todo el tiempo, en aquel campo ante el que pasaban dos o tres veces por semana, sin mirarlo siquiera. La mano de Dios, insistió, sin sospechar que iba a morir en aquel campo dos años más tarde, aplastado por la parte delantera de su propio camión..., el camión que pasó a ser propiedad de tío Otto, cuando él murió.

McCutcheon hizo que Billy Dodd enganchara su grúa al «Cresswell» y lo girara de modo que mirara a la carretera. Así podría verlo, dijo, cada vez que pasara por allí, y saber que cuando Dood lo volviera a enganchar a la grúa para llevárselo definitivamente, sería para cuando llegaran los constructores y empezaran a cavar su bodega. Era un sentimental, pero no tan sentimental que se perdiera la oportunidad de ganar un dólar. Cuando un año después, un maderero llamado Baker, le ofreció comprar las ruedas del «Cresswell», incluidos los neumáticos, porque eran del tamaño apropiado para su equipo, McCutcheon aceptó sin pestañear los veinte dólares del maderero. Tengan en cuenta que el hombre valía entonces un millón de dólares. También encargó a Baker que pusiera bloques bajo el camión para que se que levantado. Dijo que no quería pasar por delante y verlo sentado en el campo medio oculto por el heno, las hierbas y las flores amarillas, como si se tratara de un trasto viejo Baker lo hizo. Un año más tarde, el «Cresswell» se salió de sus bloques y aplastó a McCutcheon, matándole. Los viejos del lugar disfrutaban contando la historia, que terminaban diciendo que esperaban que el viejo Georgie hubiera disfrutado con los veinte dólares que había sacado de las ruedas.

Yo crecí en Castle Rock. Cuando nací, mi padre llevaba trabajando diez años para Schenk y McCutcheon, y el camión que había pasado a ser propiedad de tío Otto, junto con todo lo que McCutcheon poseía, fue un punto de referencia en mi vida. Mi madre compraba en casa de Warren, en Bridgton, y la carretera de Black Henry era el camino que llevaba allí. Así que todas las veces que íbamos, allí estaba el camión, en medio fiel campo, con las White Mountains al fondo. Ya no estaba sobre los bloques-tío Otto dijo que con un accidente bastaba-, pero la sola idea de lo que había ocutido era suficiente para que un chiquillo de pantalón corto, se echara a temblar.

Estaba allí en verano; en otoño le rodeaban los olmos rojos, plantados en los tres lados del campo, como antorchas; en invierno, la nieve le llegaba hasta los faros, así que parecía un mastodonte debatiéndose en unas arenas movedizas, blancas; en primavera, cuando el campo era un lodazal, como un pantano, uno se preguntaba por qué no se hundía en la tierra. De no haber sido por la base de buena piedra de Maine, tal vez hubiera ocurrido así. Pero allí estaba, a lo largo de todas las estaciones, de todos los años.

Una vez incluso estuve dentro. Mi padre se detuvo a un lado de la carretera, un día en que íbamos camino de la feria de Fryeburg me cogió de la mano y me llevó al campo. Esto debió ser en 1960 o 1961, supongo. Yo tenía miedo al camión. Había oído la historia de cómo había caído hacia delante y aplastado al socio de mi tío. Lo había oído contar en la barbería, sentado quieto como un ratón detrás de la revista Life que no sabía leer, escuchando a los hombres que contaban cómo había sido aplastado y cómo esperaban que el viejo Georgie hubiera disfrutado con los veinte dólares que sacó de aquellas ruedas. Uno de ellos- pudo haber sido Billy Dodd, el padre del pobre Frank-, dijo que McCutcheon parecía una «calabaza aplastada por la rueda de un tractor».

Eso me obsesionó durante meses..., pero mi padre, claro, no tenía la menor idea de ello.

Mi padre sólo pensó que a lo mejor me gustaría sentarme en la cabina del viejo camión; se había fijado en cómo lo miraba todas las veces que pasábamos, y supongo que debió confundir mi miedo con admiración.

Recuerdo las flores, con su vívido color amarillo apagado por el frío de octubre. Recuerdo el sabor gris del aire, un poco amargo, un poco picante y el color plateado de la hierba muerta. Recuerdo el *wisssshh*, *wisssshh* de nuestros pasos. Pero lo que más recuerdo es el tamaño del camión, que cada vez parecía mayor y mayor..., y la mueca de su radiador, y el *rojo* sangre de su

pintura, el cristal turbio del parabrisas. Recuerdo que el miedo me envolvió en una oleada más fría y más gris que el sabor del aire, cuando mi padre me cogió por debajo de los brazos y me subió a la cabina, diciéndome: «¡Condúcelo hasta Portland, Quentín..., venga!» Recuerdo el aire resbalando sobre mi cara a medida -que me subía y de pronto cómo el sabor limpio fue remplazado por los olores de aceite wDiamond Gem» rancio, cuero tejo, excrementos de rata y -lo juro-,sangre. Recuerdo mis esfuerzos por no llorar mientras mi padre me miraba sonriente, convencido de que me estaba proporcionando una gran emoción (como así era, aunque no como creía él). Tuve la certeza de que se alejaría, o por lo menos que me daría la espalda, y que entonces el camión me comería..., me comería vivo. Y que lo que escupirla parecería masticado y desgarrado y... y como estallado. Como una calabaza aplastada por la rueda de un tractor.

Empecé a llorar y mi padre, que era el mejor de los hombres, me bajó, me consoló y me devolvió al coche.

Me llevó en brazos, sobre el hombro, y mientras yo miraba el camión que se iba alejando, plantado allí en el campo, con su enorme radiador, y el gran agujero redondo donde figuraba que se metía la manivela, que parecía la cuenca de un *ojo*, vacía, mal colocada, y quería poderdecirle que había oído a sangre y que por eso había llorado. Pero no encontré el modo de decírselo. En todo caso, me temo que no me hubiera creído.

Como un chiquillo que era de cinco años, que creía aún en Papá Noel, en el Ratón Pérez de los dientes y en los Reyes, también creía que la sensación de pánico que me había embargado cuando mi padre me aupó a la cabina del camión, procedía del camión. Me llevó veintidós años decidir que no fue el «Cresswell» el asesino de George McCutcheon; había sido mi tío Otto.

El «Cresswell» fue un punto de referencia en mi vida, pero también formaba parte de todo el área de mi conciencia. Si explicabas a alguien cómo tenía que ir de Bridgton a Castle Rock, le decías que para tener la seguridad de que iban por el buen camino, tenían que ver un viejo y enorme camión rojo, a la izquierda, plantado en un campo de heno a unas tres millas más o menos, después de salir de la 11. Con frecuencia solían verse turistas aparcados en la cuesta (a veces se quedaban clavados allá, siempre motivo para reírnos) fotografiando las White Mountains con el camión del tío Otto en primer término para hacer más pintoresca la vista... Durante mucho tiempo mi padre llamaba al «Cresswell» el *Trinity Hill Memorial al Camión Turístico*, pero luego lo dejó. Es que; para entonces, la obsesión del tío Otto por el camión se había hecho excesiva para resultar divertida.

Esto, en cuanto al origen. Ahora, el secreto.

De que él mató a McCutcheon es de lo único de que estoy absolutamente seguro. «Despachurrado como una calabaza», decían los sabios de la barbería. Uno de ellos añadió:

-Apuesto a que estaba arrodillado frente a ese camión rezando como uno de esos árabes grasientos rezándole a Alá. Estaban majaretas, saben, los dos. Miren, si no, como terminó Otto Schenk, si no me creen al otro lado del camino, en aquella casita que creyó que la ciudad aceptaría como escuela, y tan tocado como una rata de cloaca.

Esto lo recibían con movimientos de cabeza y miradas cómplices, porque para *entonces* ya creían que tío Otto estaba ido..., oh sí..., pero no había uno sólo al que la visión de McCutcheon de rodillas ante el camión como uno de esos grasientos árabes rezando a Alá..., le pareciera sospechosa, así como excéntrica.

Los chismes son siempre algo peligroso en una pequeña ciudad; se acusa a la gente de ser ladrones, adúlteros, cazadores furtivos, y estafadores por la más insignificante sospecha o la más loca deducción. Estoy seguro de que, casi siempre, el chisme empieza nada más que por puro aburrimiento. Pienso que lo que evita que la cosa pase a ser grave y malintencionada..., que es como muchos novelistas han pintado la vida en las pequeñas comunidades, desde Nathaniel Hawthorne a Grave Metalious..., es que la mayoría de los chismes, salidos de la línea telefónica común, las tiendas de alimentación y las barberías, son curiosamente ingenuos... Es como si toda esa gente contara con la mezquindad y la cabajeza, o la inventara si no la había, pero que la maldad

auténtica y consciente estuviera más allá de su concepción, incluso cuando la tienen flotando ante sus ojos como la alfombra mágica de uno de esos árabes grasientos de las historias mágicas.

Me preguntarán, ¿cómo sé que lo hizo? ¿Solamente porque estaba con McCutcheon aquel día? No. Por el camión.

El «Cresswell». Cuando su obsesión empezó a dominarle, se fue a vivir en frente, en aquella casita..., aunque, en los últimos años de su vida, estuvo mortalmente asustado del camión, aparcado al otro lado del camino.

Creo que tío Otto llevó a McCutcheon al campo, donde el «Cresswell» estaba sobre sus bloques, haciéndole hablar de sus planes para la casa. McCutcheon, estaba siempre dispuesto a hablar de su casa y de su próximo retiro. Una compañía más importante que la suya les había hecho una oferta -no voy a decir su nombre, pero si lo hiciera la reconocerían-, y McCutcheon quería aceptarla. El tío Otto, no. Desde la primavera, ambos socios habían discutido la oferta. Creo que su desacuerdo fue la razón por la que tío Otto decidió deshacerse de su socio.

Creo que mi tío se preparó para aquel momento, hatiendo dos cosas: primero, minando los bloques que sostenían el camión y segundo clavando en el suelo, directaente en frente del camión, algo, donde McCutcheon pudiera verlo.

¿Qué tipo de cosa? No lo sé. Algo brillante. ¿Un diamante? ¿Un trozo de cristal? No importa. Algo que relucía al sol. A lo mejor McCutcheon lo vio. Si no, pueden estar seguros de que tío Otto se lo hizo ver. ¿Qué *es eso*? preguntaría, señalándolo. No lo sé, contestaría McCutcheon, apresurándose a echarle un vistazo.

McCutcheon se arrodilla frente al «Cresswell», igual que uno de esos grasientos árabes rezando a Alá, intentando sacar el objeto del suelo, mientras mi tío se iba, como si nada, a la parte trasera del camión. Un empujón, y todo se vino abajo, aplastando a McCutcheon, despachurrándole como una calabaza.

Sospecho que era demasiado pirata para morir fácilmente. En mi imaginación le veo bajo el capot del «Cresswell», saliéndole la sangre por la nariz y la boca y las orejas, con sus ojos oscuros suplicando a mi tío que fuera en busca de ayuda, de ayuda inmediata. Rogando..., suplicando... y finalmente maldiciendo a mi tío, prometiéndole que iría a por él, le matarla, acabarla con él..., y mi tío allí, contemplándole, con las manos en los bolsillos, hasta que todo terminó.

Después de la muerte de McCutcheon mi tío no tardó en hacer cosas que, en un principio, los sabios de la barbería calificaron de raras, luego peculiares, y después como «extrañas locuras». Cosas que, finalmente, hicieron que se le calificara, en el argot de la barbería como «tan loco como una rata de cloaca»; habían existido siempre..., pero no parecía haber la menor duda en la mente de todos que sus peculiaridades empezaron justo en el momento en que murió McCutcheon.

En 1965, tío Otto había mandado construir una casita de una sola habitación, al otro lado de la carretera, frente al camión. Se habló mucho de lo que el viejo Otto Schenk estaría tramando allá arriba, en el camino a Black Henry, erí Trinity Hill, pero la sorpresa fue general cuando tío Otto dio por terminada la casita haciendo que Chuckie Barger le diera una mano de pintura roja, brillante y anunciando a continuación que era un regalo para la ciudad..., una bonita escuela nueva, dijo, y que lo único que les pedía era que le pusieran el nombre de su difunto socio.

Los prohombres de Castle Rock se quedaron estupefactos. Los demás, también. Casi toda la gente de Castle Rock había ido a una escuela de una sola aula (o creían haber ido, que viene a ser lo mismo). Pero todas las escuelas de este tipo habían desaparecido de Castle Rock en 1965. La última de ellas, la Escuela Castle Ridge, había cerrado el año ante -por. Ahora era la Pizzería de Steve, en la carretera 117. En aquel momento la ciudad poseía una escuela de cristal y cemento, en Carbine Street. Como resultado de su excéntrico ofrecimiento, tío Otto pasó de ser «raro» a «condenado loco» de un salto.

Los concejales le enviaron una carta (ni uno sólo de ellos se atrevió a visitarle en persona) dándole amablemente las gracias y confiando en que se acordaría de la ciudad en el futuro, pero rechazando la pequeña escuela, alegando que las necesidades educativas de los niños de la ciudad

estaban perfectamente cubiertas. El tío Otto montó en cólera. ¿Repordar a la ciudad en un futuro?, protestó ante mi padre. Ya lo creo que se acordaría de ellos, pero no como esperaban.

Él no se había caído, ayer, de un carro de heno, no. Él sabía distinguir muy bien un halcón de una sierra. Y si lo que querían era enfrentarse a él en una competición de meadas, dijo, descubrirían que podía mear como una mofeta que acabara de beberse un barril de cerveza.

¿Y ahora qué? -preguntó mi padre. Estaban sentados te la mesa de la cocina de nuestra casa. Mi madre se había llevado la costura arriba. Decía que el tío Otto no le gustaba; hacía que olía como un hombre que sólo se baña una vez al mes, lo necesite o no..., «y tan rico», añadía siempre con un respingo. Creo que su olor la molestaba de verdad, pero también pienso que le tenía miedo. En 1965 el tío Otto había empezado a tener un *aspecto* tan peculiar, también, como su comportamiento. Andaba vestido con un pantalón verde, de ,cero, sujeto con tirantes, ropa interior térmica, y unos zapatos amarillos. Sus ojos habían empezado a girar en direcciones opuestas mientras hablaba.

-¿Eh?

-¿Qué, qué vas a hacer con la casa ahora?

-Vivir en ella, maldita sea -saltó tío Otto, y así lo hizo.

La historia de sus últimos años no tiene mucho que merezca contarse. Sufrió el tipo de locura que uno ve escrito con frecuencia en los ilustrados baratos. *Millonario muere* de inanición en un piso barato. La. pordioserd era rica, revelan los archivos del Banco. Olvidado prohombre de la Banca muere solitario.

Se trasladó a la casita colorada... últimamente se había vuelto de un tono rosa pálido y apagado... a la semana siguiente. Un año después, vendió el negocio, por el cual había cometido un asesinato, creo. Sus excentricidades se habían multiplicado, pero su sentido del negocio no le había abandonado, y obtuvo una buena ganancia...; impresionante sería una palabra mejor.

Así que allí estaba el tío Otto, con una fortuna de unos siete millones de dólares, instalado én aquella casucha en la carretera de Black Henry. Su casa en la ciudad estaba cerrada a cal y canto. Ya había pasado de «condenado loco» a «loco como una rata de cloaca». La siguiente progresión se expresó de una forma más lisa, menos colorida, más ominosa: «puede que peligroso».

Esta va siempre seguida de la reclusión.

A su manera, el tío Otto se hizo tan célebre como el camión del otro lado del camino, aunque dudo de que los turistas quisieran, alguna vez, fotografiarle. Se había dejado crecer la barba, que se le volvió más amarilla que blanca, como infectada por la nicotina de sus cigarrillos. Había engordado horrores. Le colgaban las mejillas formando una especie de papada arrugada y sucia. La gente solía verle de pie en el umbral de su extraña casita, solo, de pie, inmóvil, mirando al camino y al campo de enfrente.

Mirando al camión..., su camión.

Cuando el tío Otto dejó de venir a la ciudad, fue mi padre el que se preocupó de que no muriera de hambre. Le llevaba provisiones todas las semanas, y las pagaba de su propio bolsillo porque el tío Otto nunca se las pagó..., supongo que nunca pensó en ello. Papá murió dos años antes que tío Otto, cuya fortuna terminó yendo a la Universidad de Maine, Departamento de Montes. Tengo entendido que se mostraron encantados. Teniendo en cuenta la cantidad, había que estarlo.

Después de que saqué mi permiso de conducir en 1972, con frecuencia le llevé sus provisiones semanales. En un principio el tío Otto me miraba con marcada suspicacia, pero pasado un tiempo empezó a descongelarse. Fue tres años más tarde en 1975, cuando me dijo por primera vez que el camión se iba acercando a su casa.

A la sazón yo asistía a la Universidad de Maine, pero en vacaciones de verano estaba en casa y volví a mi vieja rutina de llevarle las provisiones semanales. Estaba sentado ante su mesa, fumando, mirando como guanlaba las conservas y escuchándome hablar. Pensé que a lo mejor se

había olvidado de quién era yo; a veces lo hacía... o lo simulaba. Y, una vez, me puso la carne de gallina, gritándome desde la ventana. «¿Eres tú, George?», mientras subía hacia la casa.

En aquel determinado día de julio de 1975, interrumpió la conversación trivial que mantenía con él para preguntarme con inesperada dureza:

-¿Qué piensas de ese camión, Quentin?

Lo inesperado de la pregunta provocó una respuesta sincera por mi parte.

-Cuando tenía cinco años me mojé los pantalones en la cabina de ese camión -dije-. Y creo que si volviera a subir ahora, me los volvería a mojar.

Tío Otto se rió un buen rato. Yo me volví y le miré asombrado. No recordaba haberle oído reír nunca, antes. Su risa terminó en un acceso de tos que le coloreó las mejillas. Luego me miró, con ojos brillantes.

-Se está acercando, Quent.

-¿Qué, tío Otto? -pregunté.

Creí que había dado uno de sus desconcertantes saltos de un tema a otro..., que a lo mejor quería decir que se acercaba Navidad, o el Milenio, o el regreso de Cristo Rey.

Ese maldito camión -contestó, mirándome fijamente, de cerca, confidencial, de un modo que no me gustó nada-. Cada año se va acercando más.

-¿De verdad? -pregunté cauteloso, pensando que aquella era una idea nueva y especialmente desagradable. Miré al «Cresswell», sentado al otro lado de la carretera, rodeado de heno y con las White Mountains en el fondo..., y por un momento loco me pareció que estaba realmente más cerca. Después parpadeé y se esfumó la ilusión. El camión, naturalmente, estaba donde había estado siempre.

-Oh, sí -insistió-. Cada año se acerca un poco más.

-Vaya. A lo mejor necesitas gafas. Yo no veo ninguna diferencia, tío Otto.

-¡Claro que no puedes! ¿Tampoco puedes ver cómo se mueve la aguja de las horas en tu reloj de pulsera, verdad? Esa cosa maldita se mueve demasiado despacio para poder verla..., a menos que la vigiles todo el tiempo. Exactamente como yo vigilo a ese camión -me guiñó el ojo y me estremecí.

-¿Y por qué iba a moverse? -pregunté.

-Porqueva a por mí, por eso. Ese camión me tiene siempre presente. Cualquier día entrará por aquí, y todo terminará. Me aplastará como hizo con Mac, y será mi final.

Esto me llenó de pánico..., su tono razonable fue lo que más asustó, creo. Y el modo en que reaccionan los jóvenes habitualmente ante el miedo, era la broma, los chistes.

-Si tanto te preocupa, tío Otto, deberlas trasladarte a tu casa de la ciudad- le dije, y por la forma en que le hablé nadie hubiera supuesto que tenía el espinazo erizado. Me miró..., luego miró al camión al otro lado de la carretera:

-No puedo, Quentin -dijo-. A veces un hombre tiene que quedarse en su sitio y esperar a que le llegue.

-¿Esperar qué, tío Otto? -pregunté aunque ya suponía. que se refería al camión.

-Al Destino- y volvió a guiñarme el ojo..., pero parecía muy asustado.

Mi padre enfermó en 1979, con una cosa de riñón que parecía mejorar justo unos días antes de que le matara. A lo largo de innumerables visitas a hospitales, en el otoño de aquel año, mi parare y yo hablamos mucho de tío Otto. Mi padre habla empezado a sospechar lo que realmente pudo haber ocurrido en 1955, sospechas que fueron la base de otras mucho más serias. Mi padre no tenía la menor idea de la gravedad o de la profundidad, de lo sería que se había vuelto la obsesión de tío Otto con el camión. Yo sí. Se pasaba casi todo el día en la puerta de su casa mirándolo. Mirándolo como un hombre que mira su reloj para ver moverse la manecilla de las horas.

En 1981, tío Otto había perdido la poca cordura que le quedaba. A un hombre más pobre ya le habrían encerrado desde años, pero tantos millones en el Banco hacen que se perdonen muchas

locuras en una ciudad pequeña..., especialmente si cierta gente cree que puede haber algo, en el testamento del loco, para el municipio. Aún así, en 1981 la gente empezó a comentar seriamente sobre la posibilidad de internar al tío Otto por su propio bien. Aquella denominación lisa y mortífera «quizá peligroso» ya pesaba más que dan loco como una «rata de cloaca». Había empezado a salir a orinar al borde de la carretera, en lugar de adentrarse en el bosque donde tenía su retrete. A veces, amenazaba al «Cresswell» con el puño mientras lo hacía, y más de una persona al pasar en su coche pensó que el tío Otto les amenazaba a ellos.

El camión, con sus pintorescas White Mountains en el fondo, era una cosa; el tío Otto orinando al borde del camino, con los tirantes colgando hasta las rodillas, era algo totalmente distinto. Eso no era ninguna atracción turística.

Para entonces ya vestía yo un traje de ciudad en lugar de los tejanos propios de un estudiante, en la época en que le llevaba las provisiones semanales, pero seguía llevándoselas. También traté de disuadirle de que dejara de hacer sus cosas en la carretera, por lo menos en verano, cuando toda la gente procedente de Michigan, Missouri o Florida solían circular por allí y le veían.

Pero no conseguí nada. No podía pensar en estas niñerías cuando tenía un camión por el que preocuparse. Su obsesión con el «Cresswell» era ya una fijación. Ahora aseguraba que ya estaba en su lado de la carretera..., en mitad de su patio, según él.

-Anoche desperté, a eso de las tres, y allí estaba, junto a mi ventana, Quentin, -dijo- Lo vi, con la luz de la luna fflejada en su parabrisas, a muy pocos metros de donde yo yacía, y casi se me paró el corazón. Casi se me paró, Quentin.

Le saqué fuera y le hice ver que el «Cresswell» estaba donde siempre había estado, al otro lado del camino donde McCutcheon había pensado edificar. No sirvió de nada.

-Esto es sólo lo que tú ves, muchacho -declaró con un loco e infinito desprecio, con un cigarrillo temblando en una mano y con los ojos girando alocados- Esto es sólo lo que tú ves.

-Tío Otto -dije tratando de hacer una broma-, lo que ves es lo que recibes.

Fue como si no lo hubiera oído.

-El maldito por poco me atrapa -murmuró. Sentí un escalofrío. No tenía aspecto de loco. De desgraciado, sí, y ciertamente aterrorizado..., pero loco, no. Por un momento me acordé de mi padre izándome a la cabina de aquel camión. Recordé el olor a aceite y cuero... y sangre-. Por poco me atrapa -repitió.

Y tres semanas más tarde, lo hizo.

Yo fui el que le encontró. Era un miércoles por la noche y yo había subido con dos bolsas de provisiones en el asiento trasero, como hacía casi todos los miércoles por la noche. Era una noche pegajosa y sofocante. De vez en cuando se oía tronar a distancia. Recuerdo que me sentía nervioso mientras subía por la carretera de Black Henry en mi «Pontiac», extrañamente seguro de que algo iba a ocurrir, pero tratando de convencerme de que solamente se trataba de la baja presión atmosférica.

Dada vuelta a la última curva, y en el momento preciso en que la casita de mi tío apareció a la vista, experimenté la más extraña alucinación... Por un instante creí que el condenado camión *estaba* en su patio, enorme y pesado con su pintura roja y sus podridas maderas laterales. Busqué el pedal de freno, pero antes de que mi pie llegara a pisarlo parpadé y la ilusión se desvaneció. Pero supe que tío Otto estaba muerto. Ni trompetazos, ni destellos; sólo la simple convicción, algo así como saber dónde están los muebles en una habitación familiar.

Llegué apresuradamente al patio y bajé del coche, dirigiéndome a la casa sin preocuparme de las provisiones.

La puerta estaba abierta..., nunca cerraba con llave. Una vez le pregunté por qué lo hacía y me explicó, pacientemente, como se explica un hecho patentemente obvio a un pobre de espíritu, que el hecho de cerrar la puerta no impedirla la entrada del «Cresswell».

Yacía en la cama, que estaba a la izquierda de la única habitación..., porque el área de cocina estaba a la derecha. Vestía sus pantalones verdes y la camiseta térmica, con los ojos abiertos y vidriosos. No creo que llevara muerto más de dos horas. Ni había moscas, ni olía mal, aunque el día había sido brutalmente caluroso.

-¿Tío Otto? -dije a media voz, sin esperar que me respondiera... Uno no yace en la cama con los *ojos* abiertos y saliéndose así de las órbitas por gusto. Si algo sentí en aquel momento, fue alivio. Todo había terminado-. ¿Tío Otto? -insistí acercándome-. Tío...

Me paré en seco, al ver por primera vez lo curiosamente deformada que tenía la parte baja de su cara..., hinchada y torcida. Viendo por primera vez que sus *ojos* no miraban fijamente, sino que tenía una expresión feroz. Pero ni miraban hacia la puerta ni hacia el techo. Estaban torcidos hacia la ventanita que había encima de la cama.

Anoche desperté a eso de las tres, y allí estaba, junto a mi ventana, Quentin. Por poco me atrapa.

Despachurrado como una calabaza, había oído decir a uno de los sabios de la barbería mientras yo, sentado, hacía como que leía la revista Life, oliendo el perfume de Vitalis y de la brillantina «Wildroot».

Por poco me atrapa, Quentin.

Había cierto olorcillo allí... pero no de barbería, y no sólo el hedor de un viejo sucio.

Olía a aceite, como un garaje.

-¿Tío Otto? -musité, y mientras me acercaba ala cama donde yacía, me sentí disminuir, no solamente en tamaño sino en años..., veinte, quince, diez, ocho, seis..., y finalmente cinco. Vi mi temblorosa manita tenderse hacia su hinchada cara. Al llegar mi mano a su cara, tocándola, levanté los ojos y la ventana estaba ocupada por el brillante parabrisas del «Cresswell», y aunque sólo fue un segundo, podría jurar -sobre la Biblia que *aquello* no fue ninguna alucinación. El «Cresswell» estaba allí, asomado a la ventana, a menos de metro y medio de distancia.

Apoyé mis dedos en una de las mejillas del tío Otto, y el pulgar en la otra, porque quería investigar, supongo, la extraña hinchazón. Cuando descubrí al camión en la ventana, mi mano trató de cerrarse, como un puño, olvidando que abarcaba la parte inferior del rostro del cadáver.

En aquel instante el camión desapareció, como humo..., o como el fantasma que supongo que era. Y en el mismo momento oí un ruido, espantoso, de chorro.. Un líquido caliente me llenó la mano. Bajé los ojos, sintiendo no solamente humedad y carne blanda, sino también algo duro e inclinado. Al mirar, vi, y fue entonces cuando empecé a gritar. De la boca y nariz de tío Otto salía aceite a chorros. También salía aceite por sus ojos, como lágrimas. Aceite «Diamond Gem», el aceite reciclado que puede comprarse en garrafas de plástico de cinco litros, el aceite que McCutcheon había utilizado siempre para su «Cresswell».

Pero no era solamente aceite; algo más le salía de la boca.

Seguí chillando un rato, incapaz de moverme, incapaz de apartar mi aceitosa mano de su cara, incapaz de apartar mis ojos de aquella cosa grande y grasienta que le salía de la boca..., aquella cosa que había distorsionado tanto la forma del rostro.

Al fin cedió mi parálisis y salí huyendo de la casa, sin dejar de chillar. Crucé el patio corriendo hacia mi «Pontiac», me precipité dentro y me alejé del lugar. Las provisiones previstas para tío Otto cayeron del asiento al suelo. Los huevos se rompieron.

Fue milagroso que no me matara en los dos primeros kilómetros..., miré al indicador de velocidad y vi que rebasaba lo autorizado. Me paré y respiré profundamente hasta conseguir un cierto control. Empecé a darme cuenta de que, sencillamente, no podía dejar a tío Otto tal como lo encontré; despertaría demasiada curiosidad. Tenía que regresar.

Y, debo confesarlo, me embargaba cierta curiosidad infernal. Ojalá no la hubiera sentido, ojalá me hubiera resistido; en verdad, ojalá les hubiera dejado que fueran y formularan sus preguntas. Pero volví. Me quedé unos minutos delante de su puerta..., de pie, casi en el mismo lugar y en la misma postura que él solía adoptar con tanta frecuencia y tan largo tiempo,

contemplando aquel camión. Y desde allí llegué a esta conclusión: el camión que estaba en el campo estaba en una posición ligeramente distinta, muy ligeramente distinta.

Entonces entré.

Las primeras moscas empezaban a revolotear y zumbar junto a su rostro. Podía ver las marcas de aceite en su cara: el pulgar a la izquierda, tres dedos a la derecha. Miré nerviosamente hacia la ventana donde había visto al «Cresswell», después anduve hasta su cama. Saqué el pañuelo y borré las huellas. Luego me incliné hacia delante y abrí la boca de tío Otto.

Lo que cayó de ella era una bujía «Champion», una del viejo modelo «Maxi-Duty», casi tan grande como el puño de un forzado de circo.

La saqué y me la llevé. Ahora pienso que ojalá no lo hubiera hecho, pero naturalmente estaba en pleno horror. Habría sido más caritativo no tener ese objeto conmigo, en mi despacho, donde puedo verlo, o cogerlo y sopesarlo si se me antoja..., la bujía de 920 que saqué de la boca de tío Otto.

Si no la tuviera conmigo, si no me la hubiera llevado de la habitación de la casita cuando salí huyendo por segunda vez, quizás hubiera podido tratar de persuadirme de que todo..., no solamente ver el «Cresswell», desde la carretera, pegado a la casa como un enorme perro colorado, sino todo..., había sido únicamente una alucinación. Pero aquí la tengo; le da la luz. Es auténtica. Pesa. El camión se acerca cada año un poco más, me había dicho, y ahora me parece que tenía razón..., pero incluso tío Otto no tenía la menor idea de lo cerca que podía llegar el «Cresswell».

El veredicto de la ciudad fue que el tío Otto se había suicidado tragando aceite, y fue la comidilla de una semana en Castle Rock. Carl Durkin, el encargado de la funeraria y no el más callado de los hombres, dijo que cuando los médicos lo abrieron para la autopsia, encontraron más de tres cuartos de aceite en su interior..., y no solamente en el estómago. Todo su organismo estaba invadido. Lo que toda la gente de la ciudad quería saber era: ¿qué había hecho con la garrafa de plástico? Porque jamás encontraron ninguna.

Tal como he dicho, la mayoría de los que lean este relato no lo creerán..., a menos que les haya ocurrido algo parecido. Pero el camión sigue aún en su campo..., y, créanlo o no, todo aquello sucedió.

REPARTO MATUTINO

(El lechero, 1)

El alba bajaba lentamente por Culver Street.

Para cualquiera que estuviera despierto en el interior, para todavía negra noche, pero el amanecer llevaba ya avanzando de puntillas casi media hora. En el gran arce que se alzaba en la esquina de Culver con Balfour Avenue, una a roja parpadeaba y dirigía su mirada insomne a las casas dormidas. En mitad de la calle un gorrión oscuro se posó en la fuente de los Mackenzy y se babó. Una hormiga avanzó por el arroyo y descubrió una pequeña miga de chocolate y un viejo envoltorio de caramelo.

La brisa nocturna que había agitado cortinas y revuelto las hojas, dio por terminado el trabajo. El arce de la esquina se estremeció por última vez y se quedó quieto, esperando la completa obertura que seguiría a este tranquilo preludio. Una franja de tenue luz tiñó el cielo, al este. El pardo chotacabras dejó la guardia y los otros pájaros aparecieron. Todavía vacilantes, como si temieran saludar al día por tu cuenta.

La ardilla desapareció en un agujero de la horquilla del arce.

El gorrión se posó al borde del agua y esperó.

También la hormiga se paró sobre su tesoro, como un bibliotecario reflexionando sobre una vieja edición.

Culver Street tembló silenciosamente en el borde soleado del planeta..., sobre aquel borde móvil que los astrónomos llaman el terminator.

Un sonido surgió poco a poco del silencio, creciendo sin llamar la atención hasta que parecía como si siempre hubiera estado allí, oculto bajo los mayores ruidos de la noche, que acababa de pasar. Creció, se hizo más claro y resultó ser el ruido decorosamente apagado del motor del camión de la leche.

Entró en Culver procedente de Balfour. Era un furgón de color arena con letras rojas en los lados. La ardilla salió del arrugado agujero, como una lengua, estudió el furgón y descubrió un trocito de algo apropiado para un nido. El gorrión alzó el vuelo. La hormiga cargó con todo el chocolate que pudo y marchó hacia su hormiguero.

Los pájaros se pusieron a cantar con más fuerza.

En la manzana siguiente, un perro ladró.

Las letras de los costados del furgón decían: GRANJA CRAMER- Había una botella de leche pintada, y debajo de ella: ¡NUESTRA ESPECIALIDAD: EL REPARTO MATUTINO!

El lechero vestía un uniforme gris-azulado y un gorro ladeado. Sobre el bolsillo del uniforme y con hilo dorado había un nombre bordado: SPIKE. Iba silbando por encima del familiar traqueteo de las botellas metidas en hielo, detrás de él.

Paró el furgón frente a la casa de los Mackenzy, junto a la acera, cogió la caja de la leche que tenía en el suelo, a su lado, y echó a andar. Paró un momento para olfatear el aire, fresco y nuevo e infinitamente misterioso..., después emprendió el camino hacia la puerta.

Un pequeño cuadro de papel blanco estaba sujeto al buzón por un clip magnético que parecía un tomate. Spike leyó lo que estaba escrito, despacio, de cerca, como leería un mensaje que hubiera encontrado en una botella encostrada de sal.

1 litro de leche.

1 botellín nata.

1 zumo naranja.

Gracias.

Nella M.

Spike, el lechero, miró la caja que llevaba, pensativo, la puso en el suelo y de ella sacó la leche y la nata. Volvió a leer el papel, levantó el tomate magnético para asegurarse de que no había olvidado ni una coma, o punto, o guión que pudieran modificar el pedido, asintió, volvió a colocar el tomate, levantó la caja y regresó al furgón.

La trasera del furgón del lechero estaba oscura, húmeda y fresca. Había un desagradable olor en el aire. Se mezclaba mal con el olor de los productos de la granja. El jugo de naranja estaba detrás de la belladona. Sacó un envase de cartón del hielo; volvió a mover afirmativamente la cabeza, y regresó al camino. Puso el cartón de zumo junto a la leche y la nata y regresó a su furgón.

No lejos de allí se oyó el silbido de las cinco, de la lavandería industrial donde Rocky, el viejo amigo de Spike, trabajaba. Pensó en Rocky empezando a mover las ruedas de la colada en medio del vapory del pegajoso calory sonrió. Quizá verla a Rocky más tarde. A lo mejor por la noche..., cuando hubiera terminado el reparto.

Spike puso el furgón en marcha y siguió adelante. Un pequeño transistor colgaba de una tira de piel imitación sujeta a un gancho de carnicero, manchado de sangre, que sobresalía del techo del furgón. Le dio al botón y una tranquila música puso un contrapunto al motor mientras iba hacia la casa de McCarthy.

La nota de la señora McCarthy estaba donde siempre, sujeta por la tapa del buzón. Era breve y concisa:

Chocolate.

Spike sacó su pluma, garabateó Entregado a través y lo echó al interior del buzón. Luego fue a la parte trasera del furgón. El chocolate con leche estaba metido en dos refrigeradores muy al fondo, al alcance de la puerta, porque se vendía mucho en junio. El lechero miró a los refrigeradores, pasó por encima de ellos y cogió uno de los cartones de chocolate con leche, vacíos, que guardaba en un rincón. La caja era naturalmente de color marrón con el dibujo de un muchacho saltando por encima de las letras que informaban al consumidor que ésta era la BEBIDA SANA Y DELICIOSA DE LA GRANJA CRAMER (SÍRVASE CALIENTE O FRÍA) ¡ENCANTA A LOS NIÑOS!

Colocó el cartón vacío encima de una caja de leche. Después, apartó el hielo picado hasta que pudo ver el bote de mayonesa. Lo agarró y miró dentro. La tarántula se movía aún, pero pesadamente. El filo la había drogado. Spike desenrocó la tapa del bote y lo inclinó sobre el cartón abierto. La tarántula hizo un débil esfuerzo por volver a la superficie resbaladiza del bote, pero no lo consiguió. Cayó en el cartón vacío de chocolate con leche, con un grueso plop. El lechero cerró cuidadosamente el cartón, lo puso en su portabotellas y se apresuró por el camino de los McCarthy. Las mañanas eran sus favoritas, y las arañas eran lo *mejor que* hacía, aunque no le estuviera bien decirlo. El día que podía entregar una araña era un día feliz para Spike.

Mientras iba recorriendo, despacio, Culver, la sinfonía del alba continuaba. La franja nacarada del este se iba transformando de un rosa profundo, al principio casi imperceptible, a un carmín que, casi inmediatamente, empezó a fundirse en un azul de verano. Los primeros rayos de sol, tan bellos como el dibujo en el cuaderno de un niño, esperaban entre bastidores para salir.

En casa de los Webber, Spike dejó una botella de crema de leche llena de gel ácido. En casa de los Jenner dejó cinco litros de leche. Allí había niños que estaban creciendo. Nunca les había visto pero, detrás, había una casa en un árbol, y a veces bicicletas y pelotas abandonadas en el patio. En casa de los Collins, dos litros de leche y un cartón de yogur. En la de Miss Ordway un cartón de natillas a las que había añadido belladona.

Hacia el final de la manzana oyó cerrarse una puerta. El señor Webber que tenía que ir a trabajar ala ciudad, abrió la vieja puerta del garaje y entró, con su cartera en la mano. El lechero esperó a que se oyera el ruido del motor de su pequeño «Saab», y sonrió cuando lo oyó. La

variedad es la sal de la vida, solía decir la madre de Spike..., que Dios tuviera en la gloria..., pero *nosotros somos irlandeses y los irlandeses prefieren hacer las cosas con calma. Sé regular en todas tus cosas, Spike y serás feliz* Y aquello era una verdad como un templo, iba pensando, mientras recorría el camino de la vida en su limpio furgón, color de arena, de repartidor de leche.

Ahora solamente le quedaban tres casas.

En la de los Kincaid encontró una nota que decía «Hoy nada, gracias», y dejó una botella de leche, cerrada, que parecía vacía pero que contenía un gas de cianuro, mortal. En la de los Walker, dejó dos litros de leche y uno de nata montada.

Cuando llegó a la de los Merton, al extremo de la manzana, los rayos del sol brillaban a través de los árboles y moteaban el sucio pavimento de la acera que pasaba ante el patio de los Merton.

Spike se inclinó, recogió lo que parecía una piedra apropiada para el juego de la pata coja..., lisa por una cara..., y la lanzó. La piedra dio contra una cuerda. Sacudió la cabeza, sonrió, y subió silbando hacia la casa.

La brisa le trajo el olor del jabón de lavandería industrial, haciendo que pensara de nuevo en Rocky. Todo el tiempo tuvo la seguridad de que se encontrarla con Rocky. Esta noche.

Aquí la nota estaba pegada al porta-diarios de los Merton:

Anule.

Spike abrió la puerta y entró.

La casa estaba helada como una tumba y sin muebles. Completamente vacía, y las paredes desnudas. Incluso los fogones de la cocina habían desaparecido; en el lugar donde habían estado se veía el linoleum de un color más claro.

En el cuarto de estar, habían arrancado el papel de la pared a tiras. El globo había dejado la bombilla al descubierto, fundida y negra. Un gran manchón de sangre a medio secar cubría parte de una pared. Era como la mancha de tinta de un psiquiatra. En el centro de ella un cráter profundo se abría en la argamasa. Dentro del cráter se veía un mechón de cabello, apelmazado, y alguna astilla de hueso.

El lechero movió la cabeza, volvió a salir, y permaneció un momento en el porche. Iba a ser un día precioso. El cielo estaba ya más azul que el ojo de un niño y salpicado de inocentes nubecillas de verano..., las que los jugadores de béisbol llaman ángeles».

Arrancó la nota del porta-diarios y la arrugó. Hizo con ella una pelota que se guardó en el bolsillo delantero izquierdo de sus blancos pantalones de lechero.

Volvió a su furgón, dio una patada a la piedra que cayó de la acera al arroyo. El furgón de la leche traqueteó al dar la vuelta a la esquina y desapareció.

El día se hizo más brillante.

Un niño salió corriendo de una casa, miró al cielo sonriendo y recogió la leche.

RUEDAS: UN CUENTO DE LAVANDERÍA

(El lechero, 2)

Rocky y Leo, ambos borrachos como los últimos amos del mundo, bajaron despacio por Culver Street y luego por Balfour Avenue en dirección a Crescent. Iban metidos en el

«Chrysler 1957» de Rocky. Entre los dos, mecida con cuidados de borracho sobre el lomo monstruoso del árbol de transmisión, descansaba un cajón de botellas de cerveza «Iron City». Era la segunda caja de la tarde..., la tarde había empezado a las cuatro, que era la hora de la salida de la lavandería.

-¡Mierda de semáforos! -dijo Rocky, parándose bajo la luz roja colgada en la intersección de Balfour y la carretera 99.

No contaba con el tráfico, en ambas direcciones, pero echó una mirada solapada detrás de ellos. Medio bote de I. C. adornado con el retrato chillón de Terry Bradshaw, descansaba contra su bragueta. Bebió un trago y giró a la izquierda, a 99. El motor se quejó malhumorado al arrancar, pesadamente, en segunda. Hacia un par de meses que el

«Chrysler se había quedado sin primera.

-Dame un poste y me cagaré en él -ofreció Leo amablemente.

-¿Qué hora es?

Leo, levantó su reloj hasta que casi tocó la punta de su cigarrillo y entonces aspiró con fuerza para poder ver la hora.

-Casi las ocho.

-¡Me cago en el poste! -Pasaron un letrero que decía PITTSBURG 44.

-Nadie inspeccionará esta perla de Detroit -dijo Leo-. Nadie en su sano juicio, por lo menos.

Rocky entró la tercera. La articulación universal gimió para sí y el «Chrysler» empezó a sufrir del equivalente en el automóvil ataque de *petit* mal epiléptico. El espasmo cesó, eventualmente, y la aguja subió con dificultad a cuarenta. Allí aguantó, precariamente.

Cuando llegaron al cruce de la carretera 99 y Devon Stream Road (Devon Stream formaba el límite entre los municipios de Crescent y Devon, a lo largo de ocho kilómetros) Rocky giró a esa última casi por capricho..., aunque tal vez, incluso entonces un vago recuerdo del viejo Stiff Socks había empezado a moverse en lo que pasaba por el subconsciente de Rocky.

Él y Leo habían estado circulando más o menos al azar desde que salieron del trabajo. Era el último día de junio, y la pegatina de inspección, en el «Chrysler» de Rocky, quedaría anulada exactamente a las 12 y un minuto de la madrugada. Cuatro horas a partir de ahora. *Menos* de cuatro horas a partir de ahora. A Rocky la eventualidad le pareció dolorosa para tenerla en cuenta, y a Leo le importaba un comino. No era su coche. Además, había bebido suficiente cerveza «Iron City» para que alcanzara un estado de profunda parálisis cerebral.

Devon Road serpenteaba a través de la única extensión de compactos bosques en Crescent. Grandes masas de olmos y robles crecían a ambos lados, lozanos, llenos de vida y de sombras inquietas a medida que la noche iba cerrando sobre el suroeste de Pensilvania. El área se llamaba, en realidad, Los Bosques de Devon. Había alcanzado el estatus de letra mayúscula en el nombre, después del asesinato, con tortura, de una joven y su novio en 1968. La pareja había aparcado allí y los encontraron dentro del «Mercury 1959» del muchacho. El coche tenía asientos de cuero y un enorme remate cromado en el capot. Los ocupantes habían sido encontrados en el asiento posterior. También en el delantero, en el maletero y la guantera. El asesino no había sido encontrado, jamás.

-¡Joroba!, es mejor no entretenernos por aquí -dijo Rocky-. Estamos a noventa kilómetros de ninguna parte.

-¡Zarandajas! -Esta interesante palabra había llegado últimamente a formar parte del vocabulario limitado de Leo-. Hay una ciudad por allá.

Rocky suspiró y bebió de su bote de cerveza. El resplandor no correspondía realmente a una ciudad, pero el estado del muchacho hacía innecesaria cualquier discusión. Se trataba del nuevo centro comercial. Aquellos focos de sodio de gran intensidad proyectaban un verdadero resplandor. Sin dejar de mirar en aquella dirección, Rocky condujo el coche a la izquierda de la carretera, hizo marcha atrás, por poco se cae en la cuneta de la derecha, y al fin volvió al camino.

- ¡Uff! -exclamó.

Leo erupió y se rió.

Estaban trabajando juntos en la «Nueva Lavandería Adams» desde setiembre, cuando Leo fue contratado como ayudante de lavadero de Rocky. Leo era un joven de cara de ratón, de unos veintidós años que presagiaba muchos años de prisión en su futuro, Aseguraba que ahorraba veinte dólares de su sueldo semanal para comprarse una moto «Kawasalá», usada. Decía que en dicha moto se trasladaría al Este, cuando empezara el frío. Leo había conseguido un total de doce empleos desde que él y el mundo académico se habían separado a la edad mínima de dieciséis años. La lavandería le gustaba. Rocky le estaba enseñando los diferentes ciclos de lavado, y Leo estaba convencido de que por fin aprendía un oficio que le vendría muy bien cuando llegara a Flagstaff.

Rocky, un veterano, llevaba catorce años en «Nueva Adams». Sus manos, fantasmales y descoloridas, apretadas al volante, lo atestiguaban. Había cumplido cuatro meses de cárcel, por llevar un arma, sin permiso en 1970. Su mujer, a la sazón embarazadísima de su tercer hijo, le había anunciado: 1) que el hijo no era suyo, de Rocky, sino del lechero; y 2) que quería el divorcio, alegando crueldad mental.

En esta situación, dos cosas hablan empujado a Rocky a llevar un arma escondida: 1) le habían puesto los cuernos; y 2) le había puesto los cuernos el maldito *lechero*, un tío melenudo, con ojos de trucha, llamado Spike Milligan. Spike era el conductor de .Granja Cramer.

¡El lechero, por el amor de Dios! El *lechero*, ¿y a morir? ¿Podía uno abandonarse en el jodido arroyo y morir? Incluso para Rocky, que nunca había leído más allá de los cómics que envolvían el chicle que masticaba incansablemente durante el trabajo, la situación tenía resonancias clásicas.

Como resultado, había informado a su mujer de que había tomado dos determinaciones:1) que no habría divorcio; 2) que abrirla un boquete en Spike Milligan. Unos diez años atrás había adquirido una pistola del calibre 32, que solía usar para disparar a las botellas, latas vacías y perros pequeños. Aquella mañana abandonó su vivienda en Oak Street y se encaminó a la granja, con la esperanza de cazar a Spike cuando terminara su reparto matutino.

Rocky paró en la taberna de «las Cuatro Esquinas» para tomar, de camino, unas cervezas..., seis, ocho, quizá veinte. Le costaba recordarlo. Mientras estaba bebiendo, su mujer llamó a los polis. Le esperaban en la esquina de Oak y Balfour. Le registraron, y uno de los polis encontró la pistola del 32 sujeta por el cinturón.

-Creo que te marcharás una temporadita, amigo -le dijo el policía que había encontrado la pistola, y eso fue lo que ocurrió exactamente.

Pasó los cuatro meses siguientes lavando sábanas y fundas de almohada para el Estado de Pensilvania. Durante este periodo, su mujer obtuvo el divorcio en Nevada y cuando Rocky salió de la trena, ella estaba viviendo con Spike Milligan en una casa de apartamentos, en DanQn Street, con un flamenco rosa en el jardín de la parte delantera. Además de sus dos hijos mayores (Rocky creta más o menos que eran suyos) la pareja poseía ahora un bebé que tenía los ojos tan de trucha como su papá. También cobraban una pensión de quince dólares semanales de alimentos.

-Rocky, creo que me estoy mareando -gimió Leo-.

¿No podrías parar un momento y bebemos algo?

-Necesito un permiso para las ruedas -objetó Rocky-. Es muy importante. Un hombre no vale nada sin sus ruedas.

-Nadie en su sano juicio va a inspeccionarlas..., ya te lo he dicho. Tampoco llevas intermitentes.

-Funcionan si aprieto el freno a la vez que giro, y no hay nadie que no pise el freno cuando gira, de lo contrario daría la vuelta de campana.

-La ventana de este lado no funciona.

-Pero puedo bajarla.

-¿Y si el inspector te pide que la subas para comprobar?

-Sufriré cuando llegue el momento -dijo Rocky imper turbable.

Tiró la lata vacía por la ventana y cogió otra. Ésta tenía el reáto de Franco Harris. Aparentemente, la compañía «Iron City» estaba lanzando este verano a los mejores jugadores de los Steelers. Levantó la tapa. La cerveza burbujeó.

-Ojalá tuviera una mujer -suspiró Leo mirando a la oscuridad. Su sonrisa era extraña.

-Si tuvieras una mujer, no irías nunca al Oeste. Lo que hace una mujer es impedir que un hombre se vaya al Oeste. Así es como funcionan. Ésa es su misión. ¿No me dijiste que querías irte al Oeste?

-Sí, y además voy a ir.

-No irás *nunca* -le aseguró Rocky-. No tardarás en tener una mujer. A continuación te engañará. *Alimentos*. ¿Sabes? Las mujeres te llevan siempre al divorcio y a los alimentos. Los coches son mejores. Dedícate a los coches.

-Es difícil hacerlo con un coche-

-Te sorprenderlas -dijo Rocky riendo.

Los bosques habían empezado a clarear dejando paso a Viviendas. Unas luces brillaron a la izquierda y Rocky frenó -de pronto. Las luces del freno y los intermitentes se encendieron a la vez; obra de un trabajo casero. Leo cayó hacia delante derramando cerveza sobre el asiento.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

-Mira -anunció Rocky-. Creo que conozco a este

- Veía un garaje cochambroso y destartado, a la par que gasolinera, en el lado izquierdo de la carretera. El letrero decía:

BOB'S GASOLINA Y SERVICIO BOB DRISCOLL, PROPIETARIO. REPASO COMPLETO, NUESTRA ESPECIALIDAD. ¡DEFIENDE TU DERECHO DIVINO A LLEVAR ARMAS!

Y abajo del todo.

Estación de Inspección Estatal n ° 72.

-Nadie en su sano juicio... -empezó a recitar Leo.

-¡Es Bobby Driscoll! -exclamó Rocky-. Yo y Bobby Driscoll fuimos a la escuela juntos. ¡Lo tenemos solucionado! ¡Apuesta lo que quieras!

Entró haciendo esos, con los faros iluminando de lleno la puerta abierta del garaje. Pisó el embrague y fue rugiendo hacia ella. Un hombre cargado de hombros, vestido con un mono verde salió corriendo haciendo gestos desesperados para que se detuviera.

-¡Ése es Bob! -gritó Rocky exultante-. ¡Heyyy Stif/ Socks!

Llegó junto al lado del garaje. El «Chrysler» sufrió otro ataque, esta vez fue *grand mal*. Una llamita amarilla apareció al extremo del medio caído tubo de escape, seguida por una bocanada de humo azulado. El coche se caló, feliz. Leo fue proyectado hacia delante derramando un poco más de cerveza. Rocky volvió a poner el motor en marcha y retrocedió para intentarlo otra vez.

Bob Driscoll se le acercó corriendo, soltando una letanía de variadas blasfemias. Agitaba los brazos.

-... *demonios crees que estds haciendo, maldito hijo de p...*

-¡Bobby! -chilló Rocky casi orgiásticamente feliziHey, Stiff Socks! Pero, ¿qué me dices hombre?

Bob miró por la ventanilla de Rocky. Tenía un rostro torcido, cansado, casi escondido en la sombra proyectada por la visera de su gorra.

-¿Quién me llama Stiff Socks?

-¡Yo! -le gritó Rocky- ¡Yo, viejo tramposo! ¡Tu viejo colega!

-¿Quién demonios..

-¡Johnny Rockwell! ¿Te has vuelto ciego además de tonto?

-¿Rocky? -tanteó, cauteloso.

-¡Si, hijo de puta!

-¡Cristo! -una felicidad lenta, involuntaria, inundó el rostro de Bob-. Note había visto desde..., bueno..., desde el equipo de los Catamount, por los menos...

-¡Shhhhhhh! ¿No era algo imponente? -Rocky se dio una palmada en el muslo, escupió un chorro de cerveza «Iron City» y Leo erupió.

-Ya lo creo. Fue la única vez que ganamos. Aunque nunca pudimos ganar el campeonato. Oye, sal inmediatamente del lado del garaje, Rocky. Tu...

-Ay, siempre el mismo Stiff Socks. El mismo *viejo*. No has comido nada.

Rocky miró, socarronamente, por debajo de la visera del gorro de béisbol, con la esperanza de que fuera verdad. No obstante, parecía que el viejo Stiff Socks se había quedado parcial o totalmente calvo.

-¡Jesús! -prosiguió- ¡Qué te parece volver a encontrarte así! ¿Te casaste por fin con Marcy Drew?

-Ya lo creo. En el 70. ¿Dónde estabas a tú?

-En la cárcel probablemente. Oye, bocazas, ¿puedes inspeccionar a la criatura?

-¿Te refieres a tu coche? -otra vez cauteloso.

-¡No..., mi pata de palo! ¡Claro que mi coche! ¿Puedes? -rió Rocky.

Bob abrió la boca para decir que no.

-Aquí un amigo, Leo Edwards. Leo, te presento al único jugador de baloncesto de Crescent High que no se cambió los calcetines en cuatro años.

-Encantado de conocerle -contestó Leo, tal como le había enseñado su madre en una de las ocasiones en que no estaba borracha.

-¿Quieres una cerveza, Stiff? -preguntó Rocky.

Bob abrió la boca para decir que no.

-¡Aquí tienes para animarte! -exclamó Rocky. Hizo Mltar la tapa. La cerveza, enloquecida por la carrera hacia el garaje de Bob Driscoll, saltó fuera del bote sobre la muñeca de Rocky. Rocky metió el bote en la mano de Bob. Bob sorbió rápidamente para evitar mojarse la mano..

-Rocky, cerramos a...

-Un segundo, un segundo, deja que haga marcha atrás. Tengo algo que no pita ahí dentro.

Rocky arrastró la palanca hacia la marcha atrás, soltó el embrague, pasó el poste de gasolina y por fin metió, a sacudidas, el «Chrysler» en el garaje. Salió al instante, estrechando la mano de Bob como un político. Bob estaba desconcertado. Leo seguía sentado en el coche, bebiendo una nueva cerveza. También se estaba excitando. Mucha cerveza le producía este efecto.

-¡Eh! -exclamó Rocky, dando traspiés alrededor de un montón de piezas oxidadas- ¿Te acuerdas de Diana Rucklehouse?

-Ya lo creo -contestó Bob. Una sonrisa involuntaria asomó a su boca-. Era aquella de los... -y colocó ambas manos frente a su pecho.

-Esa misma. ¡Has acertado, bocazas! ¿Sigue en la ciudad?

-Creo que marchó a...

-Siempre lo mismo. Las que no se quedan, se van siempre. ¿Puedes ponerme una etiqueta en el animal, verdad?

-Verás, mi mujer dijo que esperarla para cenar y como cerramos a...

-¡Jesús!, no sabes lo que me ayudarla que lo revisaras. Te lo agradecería de verdad Podría ocuparme de la colada de tu mujer. Así lo haré. La colada. En Nueva Adams».

-Y yo estoy aprendiendo -dijo Leo, y volvió a erupcionar.

-Lavarla su ropa interior, lo delicado, lo que quieras. ¿Qué me dices, Bobby?

-Bueno, supongo que podría echarle un vistazo.

-¡Claro! -asintió Rocky, dando una palmada a la espalda de Bob y guiñándole el ojo a Leo-. El mismo Stiff Socks de siempre. ¡Qué hombre!

-Si -suspiró Bob. Bebió un sorbo de cerveza y sus dedos grasientos cubrieron la mayor parte de la cara de. Mean Joe Green-. Te has cargado el parachoques, Rocky.

-Ponlo bonito. El maldito coche necesita algo de *clase*. Pero es un enorme hijo de perra sobre ruedas, no sé si me comprendes...

-Creo que si....

-¡Oye, quiero que conozcas al chico que trabaja conmigo! Leo, éste es el único jugador de baloncesto de...

-Ya nos has presentado -cortó Bob con una sonrisa vaga, desesperada.

-¿Cómo está usted? -dijo Leo. Revolví en busca de otro bote de «Iron City». Unas líneas plateadas, como railes vistos a mediodía bajo el sol, empezaban a entrecruzarse por su campo visual.

-... Crescent High que no se cambió...

-¿Quieres encender los faros, Rocky? -pidió Bob.

-No faltaba más. Faros estupendos. Halógenos o nitrógenos o qué sé yo. Tienen clase. Pon esas cositas en marcha, Leo.

Leo puso los limpiaparabrisas.

-Muy bien -dijo Bob, paciente. Bebió otro trago de cerveza-. Y ahora, ¿qué tal los faros?

Leo encendió los faros.

-¿Largos?

Leo buscó el pedal con el pie izquierdo. Estaba seguro de que se encontraba por allí, y por fin dió con él. Las luces largas pusieron violentamente de relieve a Rocky y a Bob, como si fueran a ser identificados por la Policía.

-Tremendos faros de nitrógeno, ¿no te lo decía yo? -exclamó Rocky y prosiguió-. Condenado, Bobby. Haberte visto es mejor que recibir un cheque por correo.

-¿Y qué me dices de los intermitentes? -pidió Bob.

Leo sonrió vagamente a Bob y no hizo nada.

-Mejor que lo haga yo -dijo Rocky. Se golpeó la cabeza al sentarse tras el volante-. El muchacho no está muy fino, pienso. -Apretó el pedal del freno al tiempo que tocaba los intermitentes.

-Bien..., ¿pero, no funcionan sin el freno?

-¿Acaso en el manual de inspección de vehículos a motor dice que *tienen* que hacerlo?

-preguntó Rocky cazarro.

Bob suspiró. Su mujer le esperaba con la cena prepa rada. Su mujer tenía unos enormes pechos caídos y cabello rubio que estaba negro por las raíces. Su mujer era partidaria de los donuts por docenas, un producto que se vendía en ,la tienda de Giant Eagle de la localidad. Cuando su mujer venía al garaje los jueves por la noche en busca de dinero para el bingo, llevaba generalmente d pelo enroscado en grandes rizadores verdes cubiertos por un pañuelo de gasa verde. Eso hacia que su cabeza pareciera una radio AM/FM futurista. Una vez, de madrugada, a eso de las tres, había despertado y contempló su cara de pasta de papel a la luz pálida y fúnebre del

farol de la calle, frente a la ventana de su dormitorio. Pensó en lo fácil que sería... saltar encima de ella, meterle la rodilla en el estómago para que perdiera aire y no pudiera gritar, y apretarle el cuello con ambas manos. Luego meterla en la bañera y descuartizarla como un carnicero y facturarla a cualquier parte a nombre de Robert Driscoll, a lista de Correos. A cualquier parte. A Lina, Indiana, al Polo Norte, New Hampshire. O bien a Pensilvania. A Kunkle, Iowa. A cualquier parte. Podía hacerse. Bien sabía Dios que se había hecho en el pasado.

-No -respondió a Rocky-. Creo que no dice en ninguna parte que tienen que funcionar por sí solos. Exactamente. Con estas palabras.

Inclinó el bote y el resto de la cerveza le pasó gorgoteando abajo. En el garaje hacía calor y no había cenado. Sintió inmediatamente que se le subía la cerveza a la cabeza.

-¡Eh, Stiff Socks está seco! -exclamó Rocky-. Manda un bote a Leo.

-No Rocky, realmente yo no...

Leo, que ya no veía claro consiguió al fin encontrar un bote.

-¿Queréis más? -preguntó y pasó el bote a Rocky. Rocky se lo entregó a Bob, cuyas negativas se acabaron al tener en la mano la fría realidad. Llevaba la cara sonriente de Lynn Swann. Lo abrió. Leo erupció amigablemente para cerrar el trato. Todos ellos bebieron a la vez, por un momento, de los botes con cara de futbolistas.

-¿Y la bocina? -terminó preguntando Bob, rompiendo el silencio, avergonzado.

-Bien -Rocky tocó el volante con el codo. Emitió un débil quejido-. La batería está un poco baja.

Siguieron bebiendo en silencio.

-¡Esa rata maldita era tan grande como un perro cocker! -exclamó Leo.

-El muchacho lleva una buena carga -explicó Rocky.

Bob recapacitó y terminó con un:

-Sí.

Esta respuesta despertó la hilaridad de Rocky que se echó a reír con la boca llena de cerveza. Le salió una poca por la nariz y esto hizo reír a Bob. Rocky se sintió feliz al oírle, porque Bob parecía un saco de penas cuando llegaron.

Bebieron un poco más, en silencio.

-Diana Rucklehouse -musitó Bob.

Rocky sonrió.

Bob soltó una risita ahogada y sostuvo las manos delante *del* pecho.

Rocky no fue y separó sus manos del pecho un poco *más*.

Bob no podía contenerse:

-¿Te acuerdas de aquel retrato de úrsula Andress que Tinker Johnson pegó al tablón de anuncios de la vieja señor Freemantle?.

-Y repintó aquellas dos grandes..., y por poco le da un ataque al corazón... -rió Rocky.

-Vosotros podéis reiros -declaró Leo malhumorado,

-¿Qué dice? -parpadeó Bob.

-Reiros -insistió Leo-. Dije que los dos podéis reiros. Ninguno de vosotros tiene un agujero detrás.

-No le hagas caso -dijo Rocky (incómodo)-. El muchacho no puede con su tajada

-¿Tienes un agujero detrás? -preguntó Bob a Leo.

-La lavandería -explicó Leo sonriendo-. Tenemos esas lavadoras grandes, comprendes. Sólo que las llamas ruedas. Son ruedas de lavar. Por eso las llamamos ruedas. Yo las cargo, tiro de ellas, las vuelvo a cargar. Pongo la mierda sucia, saco la mierda limpia. Eso es lo que hago, y lo hago con clase. -Miró a Bob con confianza de loco-. Pero, por hacerlo tengo un agujero detrás.

-No me digas. -Bob miraba a Leo, fascinado. Rocky se movió inquieto.

-En el tejado hay un agujero -siguió Leo-. Justo sobre tercera rueda. Son redondas, sabes, por eso las llamamos ruedas. Cuando llueve entra agua. Gota, a gota, gota a gota. Cada gota me cae

encima..., ¡plaf!..., detrás. Ahora tengo un agujero allí. Así -y con una mano indicó un hueco hondo-. Quieres verlo?

-¡Él no quiere ver tal fealdad! -le gritó Rocky-. Estábamos hablando de los viejos tiempos, de aquí, y en *todo* caso no hay ningún agujero en tu maldito trasero.

-Quiero verlo -dijo Bob.

-Son redondos, así que los llamamos lavadores -explicó Leo.

Rocky sonrió y dio unas palmadas en el hombro de Leo.

-Deja de hablar de eso o te mando a casa andando, amiguito. Ahora, ¿por qué no buscas a mi tocayo y me lo pasas, si es que queda alguno?

Leo miró la caja de botes de cerveza, y pasado un momento le entregó un bote con la efigie de Rocky Blier.

-¡Así es como se hace! -exclamó Rocky, otra vez de buen humor.

Una hora más tarde había pasado toda la caja, y Rocky envió a Leo dando traspiés al pequeño súper de Paulina, a por más. Para entonces, los ojos de Leo estaban enrojecidos como los de un hurón y se le había salido la camisa de los pantalones. Intentaba, con concentración de miope, sacar sus «Camel» de la manga enrollada de su camisa. Bob estaba en el lavabo orinando y cantando la canción escolar.

-No quiero ir andando hasta allá -declaró Leo.

-Claro, pero estás jodidamente borracho para conducir.

Leo anduvo en semicírculo, con su tajada a cuestas, tratando aún de convencer a sus cigarrillos que salieran de la manga.

-'Ssstá oscuro. Y filo.

-¿Quieres o no que nos revisen el coche? -le silbó Rocky.

Había empezado a ver cosas raras en los bordes de su campo de visión. La más persistente era un bicho enorme envuelto en tela de araña, allá al fondo.

Leo le contempló con sus ojos escarlata, diciéndole con falsa astucia.

-No es mi coche.

-Ynovolverás a montarte en éltampoco, si novas abuscar esa cerveza... Pónme a prueba y verás si te engaño -y a continuación miró hacia el bicho muerto, allá, en el rincón.

-'Stá bien -gimió Leo-. 'Stá bien, no tienes por qué ponerte pesado.

Se salió de la carretera dos veces camino de la esquina, y tina vez a la vuelta. Cuando finalmente alcanzó otra vez el calor y la luz del garaje, los dos hombres cantaban la canción escolar. Bob había conseguido a trancas y barrancas poner al «Chrysler» sobre el elevador. Ahora andaba por debajo, estudiando el oxidado sistema de escape.

-Hay agujeros en tu viejo tubo -dijo.

-Ahí debajo no hay viejos tubos -aseguró Rocky. Ambos encontraron aquello sumamente divertido.

-¡Aquí está la cerveza! -anunció Leo, dejó la caja en el suelo se sentó sobre una llanta y se quedó inmediatamente adormilado. En el camino de vuelta se había bebido tres botes para aligerar el peso.

Rocky cogió un bote y alargó otro a Bob.

¿Qué? ¿Una carrera, como antiguamente?

-Bueno -dijo Bob. Sonrió. Mentalmente, se veía en el asiento de un Fórmula 1, a ras de suelo. Un competidor con la mano apoyada en el volante, en espera de la bajada de bandera, el otro rozando su amuleto..., el ornamento del capot de un «Mercury 59». Se había olvidado del viejo tubo de Rocky y de su mujer con sus rizadores transistorizados.

-Destaparon los botes y los levantaron. Hacía un calor de miedo, ambos dejaron caer los botes sobre el cemento y levantaron los dos dedos a la vez. Sus eruptos resonaron como disparos de rifle.

-Como en los viejos tiempos -dijo Bob, aparentemente deprimido-. Pero cuida es como los viejos tiempos, Rocky.

-Ya lo sé -asintió Rocky. Luchó por encontrar una frase profunda y luminosa y la encontró-. Nos vamos haciendo viejos, Stiffy.

- Bob suspiró y volvió a erupcionar. Leo, en el rincón, soltó un pedo y empezó a tararear una canción.

-¿Qué? ¿Probamos otra vez? -propuso Rocky entregó otro bote a Bob.

-¿Por qué no?; ¿por qué no, Rocky, muchacho?

La caja que había traído Leo estaba terminada a medianoche y la etiqueta de la nueva inspección estaba pegada en el lado izquierdo, algo torcida, del parabrisas de Rocky. Rocky había rellenado personalmente los datos antes de pegar la etiqueta, copiando con sumo cuidado los números que figuraban en el libro de registro, grasiento y medio roto, que por fin había encontrado en la guantera. Había *tenido que* trabajar cuidadosamente, porque veía triple. Bob estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas como un maestro de yoga, con un bote medio vacío delante de él. Miraba fijamente a nada.

-Bueno, Bob, me has salvado la vida -dijo Rocky.

Dio una patada a las costillas de Leo para despertarle; Leo gruñó y se revolvió. Sus párpados se entreabrieron fugazmente, se cerraron, volvieron a abrirse, cuando Rocky le dio otra vez con el pie.

-¿Aún no estamos en casa, Rocky? Aún...

-Trátala bien, Bobby -le gritó Rocky alegremente. Pasó los dedos por el sobaco de Leo y tiró de él. Leo se encontró de pie, gritando. Rocky le llevó medio a rastras hasta el coche y lo metió dentro empujándole al asiento-. Bien, volveremos cualquier día y lo repetiremos.

-¡Qué días aquéllos! -dijo Bob; se le habían humedecido *los ojos*-. Desde entonces todo se va poniendo peor, ¿sabes?

-Lo sé -asintió Rocky-. Todo se ha modificado y recagado. Pero tú sigue con el dedo apoyado y no hagas nada que yo no hi...

-Mi mujer y yo llevamos año y medio sin hacer nada -se quejó Bob, pero las palabras fueron ahogadas por el escape del motor de Rocky.

Bob se puso en pie y miró cómo el «Chrysler» salta marcha atrás del garaje, arrancando unas astillas del lado izquierdo de la puerta.

Leo se asomó por la ventanilla, sonriendo como un santo idiota, gritando:

-Ven cuando quieras por la lavandería, amigo. Te enseñaré el agujero que tengo detrás. Te enseñaré mis ruedas. ¡Te enseñaré...! -El brazo de Rocky se disparó de pronto como un gancho y lo metió dentro.

-¡Adiós, colega! -gritó Rocky.

El «Chrysler» hizo un slalom alocado alrededor de las tres islas de los postes de gasolina y salió disparado a la noche.

Bob siguió mirando hasta que las luces traseras fueron sólo unas chispitas y después caminó con cuidado. hacia el interior del garaje. Sobre su banco de trabajo resplandecía un ornamento cromado de algún coche viejo. Empezó a jugar con él y no tardó en llorar a moco tendido en recuerdo de los viejos tiempos. Mucho más tarde, pasadas las tres de la mañana, estranguló a su mujer y a continuación prendió fuego a la casa para que pareciera un accidente.

-¡Jesús! -dijo Rocky a Leo a medida que el garaje de Isob se transformaba en un punto de luz a lo lejos-. ¿Qué te ha parecido? ¡El viejo Stiffy!

Rocky había alcanzado el grado de borrachera en que todo él parecía haber desaparecido excepto un diminuto y brillante punto de sobriedad en mitad de su mente.

Leo no chistó. A la pálida luz verde del tablero tenía el aspecto del lirón del cuento de Alicia.

-Estaba verdaderamente tocado -prosiguió Rocky. Condujo por la izquierda hasta que el «Cluysler» volvió a colocarse a la derecha-. Y ha sido una suerte para ti..., probablemente no

recordará nada de lo que le dijiste. En otro momento podía ser distinto. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No debes contar nada sobre la idea de que tienes un cochino agujero detrás.

-Pero *tú sabes* que tengo un agujero detrás. -Bueno, ¿y qué?

-Que es *mi* agujero, ése es el qué. Y hablaré de *mi* agujero siempre que...

Inesperadamente, se volvió a mirar hacia atrás.

-Un camión detrás de nosotros. Acaba de salir de esa calle lateral. Sin luces.

Rocky miró por el retrovisor. Sí, allí estaba el camión y su forma era característica. Era un furgón de lechero. No fue preciso que leyera «GRANJA CRAMER» en el lateral para saber de quién era.

-Es Spike -dijo Rocky asustado-. ¡Es Spike Milligan! -Jesús, yo creía que sólo repartía ¡por las mañanas!

-¿Quién?

Rocky no contestó. Una sonrisa tensa, ebria, iluminó la parte baja de su rostro. No llegó a los ojos, que ahora eran enormes y enrojecidos, como lámparas de alcohol.

Súbitamente apretó el acelerador del pobre «Chrysler» que vomitó un humo grasiento y azulado y subió, de mala gana, a ochenta.

-¡Eh! ¡Estás demasiado bebido para ir tan de prisa! Estás...

-Leo calló de pronto como si hubiera perdido el hilo de su mensaje. Los árboles y las casas pasaban veloces, como manchas vagas en el cementerio de las doce y cuarto. Dejaron atrás una señal de stop y volaron por encima de un saliente, quedando por un momento fuera de la carretera. Cuando cayeron de nuevo, el silenciador hizo saltar chispas al chocar con el asfalto. En la parte de atrás, los botes vacíos toparon unos con otros, ruidosamente. Las caras de los jugadores del Steeler de Pittsburgh rodaron de un lado a otro, a veces iluminadas, otras veces a oscuras.

-¡Te *engarlaba!* -exclamó Leo como loco-. ¡No hay ningún camión!

-¡Es él y mata gente! -chilló Rocky-. He visto a su bicho allá, en el garaje. ¡*Maldito* sea!

Rugieron. Southern Hill arriba, por el lado izquierdo de la carretera. Un coche que venía en dirección contraria patinó como loco sobre la gravilla de la cuesta y cayó en la cuneta en su esfuerzo por evitarles. Leo miró hacia atrás. La carretera estaba vacía.

-Rocky...

-¡*Ven a ver si me coges, Spike!* -chilló Rocky- ¡*A ver si vienes a cogerme!*

El «Chrysler» iba ya a cien, una velocidad que Rocky en un estado más sobrio no hubiera creído posible. Llegaron a la vuelta que conduce a Johnson Flat Road, sacando humo de los gastados neumáticos. El «Chrysler» chillaba en la noche como un fantasma, con las luces horadando la desierta carretera que tenía delante.

Inesperadamente, un «Mercury 1959» les salió rugiendo de la oscuridad, cabalgando la línea del centro. Rocky gritó y se cubrió la cara con las manos. Leo sólo tuvo tiempo de ver el «Mercury» perdiendo el remate del capot antes del choque.

A un kilómetro detrás ellos, unas luces señalaron un cruce, y un furgón de lechero con GRANJA CRAMER escrito en los lados arrancó y empezó a acercarse hacia la columna de fuego y carrocerías retorcidas en medio de la carretera. Iba a poca velocidad. El transistor colgado del gancho de carnicero dejaba oír un ritmo de blues.

-Ya está -dijo Spike-. Ahora nos vamos a casa de Bob Driscoll. Piensa que tiene gasolina en su garaje, pero no lo creo así. Este ha sido un día muy largo, ¿no les parece?

Pero cuando se dio la vuelta, la parte trasera del furgón estaba completamente vacía. Incluso el bicho había desaparecido.

EL BRAZO

El Brazo era más ancho en aquellos días, contó Stella Flanders a sus bisnietos durante el último verano de su vida, el verano antes de que empezara a ver fantasmas. Los niños la miraban con ojos abiertos, silenciosos, y su hijo, Alden, se volvió del banco donde estaba sentado en el porche tallando. Era domingo y Alden no sacaba nunca la barca en domingos por alto que estuviera el precio de la langosta.

-¿Qué quieres decir, abuela? -preguntó Tommy, pero la anciana no contestó sino que siguió sentada en su mecedora junto a la estufa apagada, con las zapatillas golpeando plácidamente el suelo.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Tommy a su madre.

Lois se limitó a mover la cabeza, sonrió, y los mandó con rezos cacharros a recoger bayas.

Stella pensó: Se le ha olvidado. O, ¿lo habla sabido acaso?

El Brazo había sido más ancho en aquellos días. Si alguien podía estar enterado, esa persona era Stella Flanders. Había nacido en 1884, era la más antigua residente de Goat Island, y nunca ni una sola vez en su vida había estado en el continente.

¿Amas? Esta pregunta había empezado a obsesionarla y ni siquiera sabía lo que significaba.

Y llegó el otoño, un otoño frío sin la necesaria lluvia para que los árboles adquirieran un color bonito, ni en Goat, ni en Racoon Head al otro lado del Brazo. Aquel otoño, el viento sopló con notas largas y heladas y Stella sintió resonar cada nota en su corazón.

El día 19 de noviembre, cuando los primeros copos empezaron a caer de un cielo color de cromo, Stella celebró su cumpleaños. La mayor parte del pueblo vino a verla. Hattie Stoddard, cuya madre había muerto de pleuresía en 1954 y cuyo padre se había perdido en el *Dancer* en 1941, también la visitó. Vinieron Richard y Mary Dodge, Richard andando despacio, con su bastón, caminillo arriba, invadido por la artritis como por un pasajero invisible. Naturalmente, Sarah Havelock también; la madre de Sarah, Annabelle, había sido la mejor amiga de Stella. Habían ido juntas a la escuela de la isla, desde el primer curso al octavo, y Annabelle se había casado con Tommy Frane, que le tiraba del pelo en clase de quinto y le hacía llorar, así como Stella se había casado con Bill Flanders, que una vez le tiró todos los libros al barro (pero ella había conseguido no llorar). Ahora, tanto Annabelle como Tommy, habían desaparecido y Sarah era la única, de sus siete hijos, que quedaba aún en la isla. Su marido, George Havelock, que era conocido por todo el mundo como Big George, había muerto de una muerte horrenda en el continente, en 1967, el año que no hubo pesca. Un hacha había resbalado en manos de George, se había derramado sangre - ¡demasiada! -, y tres días después hubo un funeral en la isla. Y cuando llegó Sarah a la fiesta de Stella y grito:

- ¡Feliz cumpleaños, abuela! -Stella la abrazó con fuerza y cerró los ojos.

(¿Amas?)

Pero no lloró.

Hubo un enorme pastel de cumpleaños. Hattie lo había hecho ayudada por su mejor amiga, Vera Spnruce. Todos los reunidos cantaron ¡Cumpleaños feliz!. en un conjunto de voces bastante fuerte para ahogar al viento..., por un momento, por lo menos. Incluso Alden cantó, que en el curso normal de la vida sólo cantaba *Adelante Soldados de Cristo* y el *Gloria*, en la iglesia, y pronunciaba las palabras como todos los demás pero con la cabeza gacha y sus grandes orejas rojas como tomates. En el pastel de Stella, había noventa y cinco velas, e incluso oía el viento por encima de la canción, aunque su oído ya no era lo que había sido en tiempos.

Le pareció que el viento la llamaba por su nombre.

Yo no era la única, hubiera contado a los niños de Lois, de haber podido. «En mi tiempo habla muchos que vivían y morían en la isla. En aquellos días no había barco correo; Bull Symes solfa repartir el correo cuando lo había. Tampoco había ferry. Si uno tenía algo que hacer en tierra, vuestro hombre os llevaba en la barca langostera. Por lo que he oído decir, no hubo retrete con sifón en la isla, hasta 1946. Fue precisamente el hijo de Bula, Harold quien instaló el primero, al año siguiente de que un ataque de corazón se llevara a Bull mientras recogía las redes. Recuerdo haber visto cómo llevaban a Bull a su casa. Recuerdo que le trajeron envuelto en un hule, y cómo sobresalta una de sus botas verdes. Recuerdo...

Y ellos dirían: ¿Qué, abuela? ¿Qué recuerdas?

¿Cómo les contestaría? ¿Acaso había más?

El primer día de invierno, un mes o así después del cumpleaños, Stella abrió la puerta trasera para recoger leña y descubrió a un gorrión muerto en el umbral. Se agachó cuidadosamente, lo levantó por una pata y lo contempló.

-Helado -dictaminó y algo en su interior pronunció otra palabra. Hacía cuarenta años desde que había visto un pájaro helado... en 1938. El año en que el Brazo se heló.

Estremecida, se ciñó más el abrigo, y tiró el gorrión muerto al viejo incinerador oxidado, al pasar. Era un día frío. El cielo era de un azul limpio y profundo. En la noche

de su cumpleaños cayeron doce centímetros de nieve, se había fundido, y desde entonces no había vuelto a nevar.

-No tardará mucho -dijo prudentemente Larry McKem, en la tienda de Goat Island, como si desafiara al invierno a mantenerse alejado.

Stella llegó al montón de leña, cogió una brazada y la llevó a la casa. Su sombra, bien recortada y limpia, la seguía.

Al llegar a la puerta trasera, donde había caído el gorrión, Bill le habló..., pero el cáncer se había llevado a Bill hacia doce años.

-Stella -dijo Bill, y vio su sombra caer junto a ella, más larga, pero igualmente recortada, la sombra de la visera, inclinada coquetamente a un lado, como siempre la había llevado. Stella sintió que un grito se le helaba en la garganta. Un grito demasiado grande para llegar a sus labios.

-Stella -volvió a decirle- ¿cuándo vas a venir al continente? Pediremos el viejo «Ford» de Norm Jolley y bajaremos a Bean's en Freeport para echar una cana al aire. ¿Qué te parece?

Se volvió vivamente, dejando casi caer la leña, pero allí no había nadie. Sólo el patio trasero que bajaba por la ladera, luego la hierba salvaje, y más allá de todo, al borde de todo, claro y magnífico, el Brazo... y el continente más allá.

«Abuela, ¿qué es el Brazo?» podía haber preguntado Lona... aunque nunca lo había hecho. Y les hubiera dado la respuesta que cualquier pescador sabía. de memoria: un Brazo es un cuerpo de agua entre dos cuerpos de tierra, un cuerpo de agua abierto en ambos extremos. El viejo cuento del langostero, que decía así sabéis leer la brújula cuando llega la niebla, muchachos; entre Jonesport y Londres el Brazo es muy largo.

«Brazo es el agua que hay entre la isla y el continente», les hubiera aclarado, dándoles pasteles de melaza y té caliente y muy azucarado. «Esto lo sé bien. Lo sé tan bien como el nombre de mi marido... y cómo solfa llevar la gorra.»

«¿Abuela? -diría Lona-. ¿Cómo es que nunca has cruzado el Brazo?»

«Cariño -le contestarla-, nunca vi ninguna razón para hacerlo..

En enero, dos meses después de la fiesta de cumpleaños, el Brazo se heló por primera vez desde 1938. La radio advirtió a los isleños y a los del continente, por igual, que desconfiaran del hielo, pero Steve McClelland y Russell Bowie cogieron el patín especial de Steve después de una larga tarde dedicada a beber vino de Apple Zapple, y claro, el patín se hundió en el Brazo! Steve consiguió salvarse (aunque perdió un pie por congelación). El Brazo se quedó con Russell Bowie y se lo llevó.

En aquel 25 de enero hubo un funeral para Russell, Stella fue del brazo de su hijo Alden y éste pronunció las palabras de los himnos y cantó la doxología, con su gran voz desentonada, antes de la bendición. Stella se sentó, después, con Sarah Havelock, Hattie Stoddard y Vera Spruce al calor del fuego de leña de los bajos del Ayuntamiento. Se celebraba una fiesta de despedida para Russell, en la que se servía ponche y unos pequeños bocadillos de queso de crema cortados en triángulos. Naturalmente, los hombres entraban y salían en busca de un sorbito de algo más fuerte que el ponche. La recién viuda de Russell Bowie estaba sentada con los ojos enrojecidos y todavía impresionada al lado de Ewell McCracken, el capellán. Estaba embarazada de siete meses..., sería el quinto..., y Stella, medio adormilada al calor del fuego, pensó: *No tardará en cruzar el Brazo, creo. Se trasladará a Freeport o Lewfston y se pondrá de camarera, creo.*

Miró a su alrededor, a Vera y Hattie, para enterarse de qué se hablaba.

-No, no me he enterado -decía Hattie-. ¿Qué dijo Freddy?

Estaban hablando de Freddy Dinsmore, el más viejo de la isla (dos años más joven que yo, pensó Stella, con cierta satisfacción) que había vendido su tienda a Larry McKeen en 1960 y que ahora vivía de su renta.

-Dijo que nunca había visto un invierno semejante -aclaró Vera sacando su calceta-. Dice que mucha gente enfermará.

Sarah Havelock miró a Stella, y preguntó si Stella recor, daba haber visto un invierno como aquél. No había vuelto a nevar desde aquel entonces; la tierra estaba tiesa, desnuda y oscura. El día antes, Stella había caminado unos pasos por el campo que había detrás, manteniendo la mano derecha al nivel de su cadera, y la hierba que crecía allí se había partido con un ruido seco, como si se rompiera vidrio.

-No -contestó Stella-. El Brazo se heló en el 38, pero fue un año de nieve. ¿Te acuerdas de Bull Symes, Hattie?

Hattie se echó a reír.

-Creo que todavía conservo el cardenal que me dejó en las posaderas en la fiesta de Año Nuevo del 53. ¡Vaya pellizco que me dió! ¿Por qué?

-Porque Bull y mi propio hombre cruzaron aquel año el Brazo a pie para ir al continente -explicó Stella-. Fue en febrero de 1938. Se calzaron zapatos de nieve, y anduvieron hasta Dorrit's Tavem en Head, se bebieron ambos un vaso de whisky y regresaron. Me pidieron que fuera con ellos. Eran como dos chiquillos que fueran a deslizarse en un tobogán.

Todos la miraban ahora, asombrados. Incluso Vera la contemplaba con los ojos muy abiertos, y Vera seguro que había oído la historia antes. Si uno iba a creer lo que se decía, Bull y Vera habían jugado a parejas, tiempo atrás, aunque resultaba difícil, mirándola ahora, creer que Vera había sido tan joven.

-¿Y no fuiste? -preguntó Sarah, viendo quizás el alcance del Brazo en su imaginación, tan blanco que casi parecía azul bajo el helado sol invernal, el brillo de los cristales de nieve, el continente más cercano, cruzando el Brazo, si, cruzando por encima del océano como Jesús al bajar de la barca de los pescadores, saliendo de la isla por primera y única vez en la vida a pie...

-No -respondió Stella. De pronto deseó haber traído su propia calceta-. No fui con ellos.

-¿Por qué no? -insistió Hattie, casi indignada.

-Era el día de la colada -dijo secamente Stella, y en aquel momento, Missy Bowie, la viuda de Russell rompió a llorar con sollozos fuertes casi como rebuznos. Stella miró hacia ella y vio allí sentado a Bill Flanders, con su chaquetón a cuadros rojos y negros, la gorra ladeada, fumando un «Herberi Tareyton», con otro sobre la oreja, para después. Sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho y casi se ahogó en sus latidos.

Se le escapó un ruido, pero un leño estalló con un disparo de rifle, en el hogar, y ninguna de las mujeres lo oyó.

-Pobrecita -la compadeció Sarah.

-Se ha librado de ese zángano -masculló Hattie. Rebuscó en las negras profundidades de la verdad todo lo concerniente a Russell Bowie y lo encontró-. Poco más que un vagabundo era. Por lo menos se ha librado de esa carga.

Stella apenas oyó lo que decían. Allí seguía Bill, sentado, lo bastante cerca del reverendo MacCraken para pellizcarle la nariz, si se le hubiera antojado; no parecía mayor de cuarenta, con las patas de gallo apenas marcadas junto a los ojos, que últimamente se habían hundido tanto, con los pantalones de franela y las botas de goma, con los calcetines de lana gris doblados limpiamente sobre la parte alta.

-Te esperamos, Stel -le dijo-. Cruza con nosotros y verás el continente. Este año no vas a necesitar botas de nieve.

Y seguía sentado allí en los bajos del Ayuntamiento, tan grande como era Bill y luego otro leño estalló en el hogar y desapareció. Y el reverendo MacCraken siguió consolando a Missy Bowie como si nada hubiera ocurrido.

Aquella noche, Vera llamó por teléfono a Annie Phillips y en el curso de la conversación con Annie, mencionó que Stella Flanders pareció no estar bien, nada bien.

-Alden tendría un trabajo ímprobo para sacarla de la isla si cayera enferma -comentó Annie.

A Annie le gustaba Alden porque su propio hijo Toby le había dicho que Alden nunca bebía nada más fuerte que cerveza. Annie era una fuerte defensora de la sobriedad.

-No podría sacarla a menos que estuviera en coma -dijo Vera pronuciando la palabra como en el pueblo, comar-. Cuando Stella dice «Rana», Alden da un salto. Alden es muy corto, ¿sabes? Stella lo gobierna.

-¿Ah, sí? -murmuró Annie.

En aquel momento se oyó un chasquido metálico en la línea. Vera pudo oír a Annie Phillips unos segundos más..., no las palabras, sino el ruido de su voz que seguía hablando entre

chasquidos..., y después nada más. El viento había soplado con fuerza y las líneas telefónicas se hablan caldo, quizá por Godlin's Pond o a lo mejor en BorroWs Cove, donde entraban en el Brazo, forradas de goma. También era posible que se hubieran caído al otro lado, en Head..., y algunos podían incluso decir (sólo en broma, claro) que Russell Bowie había sacado una mano helada y partido el cable, por hacer algo.

A pocos metros de distancia, Stella Flanders descansaba bajo su colcha de retales y escuchaba la dudosa música de los ronquidos de Alden en la otra habitación. Escuchaba a Alden para no tener que escuchar el viento..., pero seguía oyéndolo, oh, si, el viento que llagaba a través de la extensión helada del Brazo, algo más de un kilómetro de agua que estaba ahora cubierta por una placha de hielo, hielo con langostas por debajo, y meros, y quizás el cuerpo retorcido y bailarín de Russell Bowie, que solfa ir cada mes de abril con su viejo motorroturador «Rogers» a trabajarle el jardín.

¿Quién me trabajará la tierra, este abril? se preguntó mientras estaba helada y enroscada bajo su colcha de retales. Y como en un sueño, oyó que su voz contestaba a su voz: *¿Amas? El viento arreció y sacudió la ventana. Parecía como si la ventana le hablara, pero volvió la cara para no oír las palabras. Y no lloró.*

«Pero, abuela -insistirla Lona (esa no se daba nunca por vencida, era como su madre, y su abuela antes que ella)-, todavía no me has dicho por qué nunca cruzaste el Brazo..

-Porque, niña, siempre he tenido todo cuanto quería aquí, en Goat

-¡Pero es tan pequeño! Nosotros vivimos en Portland ¡Hay autobuses, abuela!

-Veo todo lo que ocurre en las ciudades en la televisión. Creo que me quedará donde estoy.

Hal era más joven, pero en cierto modo más intuitivo; no insistirla como hacía su hermana, pero sus preguntas se acerparfan más al fondo de la cuestión: «¿Nunca quisiste cruzar, abuela? ¿Nunca?»

Yella se inclinarla hacia él y cogerla sus manitas y le contaría cómo su padre y su madre hablan venido a la isla poco después de casarse y cómo el abuelo de Bull Symes habla tomado al

padre de Stella como aprendiz en su barca. Le contaría que su madre habla concebido cuatro veces, pero que uno de los niños no había llegado a buen fin y otro habla muerto urca semana después de nacer..., hubiera salido de la isla si hubieran podido salvarlo en el hospital de tierra, pero naturalmente todo habla terminado antes de que pudieran pensarlo. .

Le contarla que Bill habla ayudado a naces a Jane, su abuela, pero no que cuando hubo terminado fue al cuarto de baño y que P6 y después se echó a llorar como tata mujer histérica que tiene las reglas especialmente colorosus. Jame, naturalmente, habla salido de la isla a los catorce arios para asistir a la escuela superior; las niñas ya no se casaban a los catorce años y cuando Stella la vio marcharse en la barca con Bradley Maxwell cuya obligación aquel mes era llevar y traer a los niños, sintió, en el fondo de su corazón, que Jane se había ido para siempre, aunque volviera por cierto tiempo. Les contarla que Alelen habla llegado diez araos más tarde, cuando ya no le esperábamos, y como si quisiera compensarporsu tardanza, allíestabaAlden, soltero de por vida, y Stella lo agradecía porque Alelen no era muy inteligente y habla montones de mujeres dispuestas a aprovecharse de un hombre algo retrasado y de gran corazón (aunque tampoco les diría esta última parte a los mirlos).

Les diría: Louis y Margaret Godlin concibieron a Stella Godlin que fue después Stella Flanders; Bill y Stélla Flanders, concibieron a Jane y Alelen Flanders; y Jane Flanders, paso a serJane Wakefield; Richard y Jane Wakefield, concibieron a Lois Wakefield que fue Lois Perrault; David y Loa Perrault concibieron a Lona y Hal Estos son vuestros nombres, niños: sois God/in-Flanders-Wakefield-Perrault. Vuestra sangre está en las piedras de esta isla y yo me quedo aquí porque el contiRente está demasiado lejos para alcanzarlo. Sí, amo: he amado, en todo caso, o por lo menos he tratado de amar, pero el recuerdo es tan vasto y tan profundo, y no puedo cruzar. Godhn-Flanders-Wakefield-Perrauk..

Éste fue el febrero más frío desde que el servicio meteonológico empezó a guardar los pronósticos del tiempo y, a mediados de mes, la capa de hielo del Brazo no entrañaba peligro. Los «nievemóviles» zumbaban y gemían y a veces incluso volcaban cuando tomaban mal una pendiente. Los niños trataban de patinar, encontraban el hielo demasiado irregular, de superficie, y no era divertido y regresaron a Godlin Pond del lado opuesto de la colina, pero no antes de que al pequeño Justin McCracken el hijo del reverendo se le metiera el patín en una grieta y se rompiera el tobillo. Le llevaron al otro lado, al hospital, donde un doctor que era propietario de un «Corvette» le dijo:

-Hijo, vas a quedarte como nuevo.

Freddy Dinsmore murió de repente tres días después de que Justin McCracken se rompiera el tobillo. Había enfermado de gripe a últimos de enero, no quiso que le viera el médico y le dijo a todo el mundo que se trataba de «un resfriado por ir a recoger el correo sin mi bufanda», se metió en la cama y murió antes de que nadie pudiera llevarle al continente para que lo enchufaran en todas aquellas máquinas que tienen dispuestas para tipos como Freddy. Su hijo George, un bebedor de primera incluso a la avanzada edad (para bebedores, digo yo) de sesenta y ocho años, encontró a Freddy con un ejemplar *del Bangor Daily News* en una mano y su «Remington», descargado, cerca de la otra. Al parecer había pensado limpiarlo antes de morir. George Dinsmore se fue tres semanas de juerga, dicha juerga financiada por alguien que sabía que George iba a cobrar el seguro de su viejo papá. Hattie Stoddard fue diciendo, a todo el que querla oírla, que el viejo George Dinsmore era un asco y una vergaenza, y poco mejor que un vagabundo.

Había mucha gripe. En aquel febrero, la escuela cerró dos semanas en lugar de una porque muchos alumnos estaban enfermos.

-La nieve no trae microbios -declaró Sarah Havelock.

Casi a final de mes, cuando la gente empezaba a mirar esperanzada la insegura comodidad de marzo, Alden Flanders enfermó también de gripe. La paseó casi una semana y por fin cayó en cama con un febrón de cuarenta y pico. Lo mismo que Freddy, se negó averal médico y Stélla se

consumió, y preocupó y sufrió. Alden no era tan viejo como Freddy, pero en mayo cumplirla sesenta.

Por fin llegó la nieve. Un palmo, el día de San Valentín, otro palmo el veinte, y dos con un fuerte viento el día bisesto, 29 de febrero. La nieve se extendía blanca y rara entre la isla y el continente, como un prado blanco donde, desde tiempo inmemorial, sólo había habido agua turbulenta y gris en esta época del año. Varias personas fueron y volvieron andando. No eran necesarias las botas de nieve este año porque la nieve al helarse había formado una costra firme y brillante. También, a lo mejor, se bebían un vaso de whisky, pensó Stella, pero no en Dorrit's. Dorrit's había ardido de arriba a abajo en 1958.

Y vio a Bill cuatro veces. Una vez le dijo:

-Deberías venir pronto, Stella. Iremos andando. ¿Qué te parece?

No pudo decirle nada. Se había metido todo el puño en la boca.

«Todo lo que quería o necesitaba estaba aquí», -les diría-. Teníamos la radio y ahora tenemos la televisión, y con esto me basta respecto al mundo que hay más allá del Brazo. Tuve un jardín ateo el año no. ¿Y langosta? Vaya, siempre tuvimos una olla de estofado de langosta sobre los fogones y soltamos sacarla y esconderla detrás de la puerta de la despensa, cuando venía el reverendo de visita para que no viera que comíamos "sopa de pobre" ».

He conocido buen tiempo y mal tiempo, y si alguna vez me pregunté cómo sería comprar en «Sears» en lugar de encargarse por catálogo, o entraren uno de los supermercados que veo en TV en lugar de comprar en una tienda de aquí o mandar a Alden al otro lado a por algo especial como un capón para Navidad o un jamón para Pascua..., o si en alguna ocasión ha querido, solo una vez, estar en Congress Street, en Portland, y mirar como pasaba la gente en sus coches, o por la acera, más gente de un sólo vistazo que la que hay en toda la isla hoy en día..., si alguna vez he querido todas estas cosas, después he querido esto más. No soy rara. No soy peculiar, ni siquiera excéntrica para una mujer de mis años. Mi madre solía decirme, a veces, «Toda la diferencia del mundo está entre el trabajo y necesidad» y lo creo de todo corazón. Creo que es mejor arar profundamente que en extensión.

Esta es mi tierra y la amo.

Un día de mediados de marzo, con un cielo tan blanco y pesado como pérdida de memoria, Stella Flanders se sentó en su cocina por última vez, ajustó los cordones de las botas a sus delgadas pantorrillas por última vez, y se enroscó un chal de lana roja (un regalo de Navidad de Hattie, tres años atrás) al cuello, por última vez. Debajo del traje llevaba un juego de ropa interior de Alden. La cintura de los calzoncillos le llegaba exactamente debajo de los desmañados vestigios de pechos, la camisa hasta las rodillas.

Fuera, volvía a levantarse el viento y la radio dijo que por la tarde nevaría. Se puso el abrigo y los guantes. Después de pensarlo un momento, se calzó un par de guantes de Alden sobre los suyos. Alden se había recuperado de la gripe y esta mañana él y Harley Blood estaban recomponiendo y reforzando una puerta de Missy Bowie, que había dado a luz una niña. Stella la vio y la pobrecilla era igualita a su padre.

Estuvo un rato frente a la ventana, mirando hacia el Brazo, y allí estaba Bill, como había sospechado que estaría, de pie a mitad de camino entre la isla y Head, de pie sobre el Brazo lo mismo que Jesús-bajando-del-bote, llamándola, pareciendo que le decía con el ademán que se estaba haciendo tarde si se proponía poner el pie en el continente, en esta vida.

-Si eso es lo que quieres, Bill -murmuró en el silencio-. Bien sabe Dios que yo no quiero.

Pero el viento dijo otras palabras. Quería ir. Quería disfrutar de aquella aventura. Había sido un mal invierno para ella..., la artritis que iba y venía con irregularidad, había vuelto con fuerza, inflamando las articulaciones de sus dedos y rodilla con fuego rojo y hielo azul. Uno de sus ojos se había apagado y veía borroso (precisamente el otro día Sarah había comentado..., con cierta

inquietud..., que la mancha roja que estaba allí desde que Stella cumplió sesenta años o así, parecía crecer a saltos). Lo peor de todo era que le había vuelto aquel dolor profundo y que le desgarraba el estómago, y dos mañanas atrás se había levantado a las cinco, se arrastró sobre el sudo exquisitamente helado hasta el cuarto de baño y allí escupió un gran coagulo de sangre muy roja, en la taza del retrete. Esta mañana, también había echado algo, de mal sabor, cobrizo y espantoso.

El dolor de estómago había sido intermitente en los últimos cinco años, a veces mejor, a veces peor, y había sabido casi desde el principio que debía ser cáncer. Se había llevado a su madre y a su padre, y al padre de su madre también. Ninguno de ellos había vivido más de setenta años, así que suponía que había vencido a esas tablas de los aseguradores que se guardaban en las carpinterías.

-Comes como un caballo -le había dicho Alden, riendo, poco después de que le empezaran los dolores y de haber observado por primera vez sangre en sus deposiciones. ¿No sabes que las viejas como tú deben comer como pajaritos?

-¡Déjame en paz o recibirás! -respondió Stella alzando una mano hacia su canoso hijo, que se encogió, simuló miedo y gritó:

-¡No lo hagas, Ma! ¡Retiro lo dicho!

Sí, había comido bien, no por-que quisiera hacerlo, sino porque creía (como muchos de los de su generación) que si se daba de comer al cáncer, éste te dejaba en paz; Y quizá funcionó, por lo menos una temporada; la sangre en sus deposiciones iba y venia, y hubo largos períodos en que no apareció. Alden se acostumbró a verla servirse por dos veces (o tres, cuando el dolor era especialmente fuerte), pero nunca aumentó de peso.

Ahora parecía como si el cáncer hubiera finalmente llegado a lo que los gabachos llamaban la piéce de résistance.

Fue hacia la puerta y vio el gorro de Alden, el que tenia las orejeras forradas de piel, colgado de una de las perchas de la entrada. Se lo puso. La visera le llegaba a las canosas cejas..., después miró a su alrededor por última vez, para ver si se le había olvidado algo. La estufa estaba baja, y Alden había dejado otra vez el tiro demasiado abierto... Se lo decía y repetía, pero esto era algo que nunca llegaría a entender.

-Alden, cualquier invierno cuando yo no esté, quemarás demasiada leña... -murmuró y abrió la estufa. Miró al interior y se le escapó un suspiro angustiado. Cerró de golpe y arregló el tiro con dedos temblorosos. Por un instante..., sólo un instante..., había visto a su vieja amiga Annabelle Frune entre las brasas. Era su rostro como en vida, hasta el lunar en la mejilla.

¿Le había guiñado el ojo, Annabelle?

Pensó dejar una nota aAlden explicándole a dónde había ido, pero pensó que quizás Alden lo entendería, a su aire, aunque lento.

El viento la zarandeo y tuvo que volver a ponerse el gorro de Alden antes de que las ráfagas se lo quitaran, para jugar, y se lo llevaran lejos. El filo parecía encontrar cualquier resquicio para meterse dentro de ella; un filo húmedo, cargado de nieve mojada y mal intencionada, propio de marzo.

Inició el descenso hacia la orilla, cuidando de pisar la ceniza y serrín que George Dinsmore había esparcido sobre el camino. Una vez, cuando George había conseguido el empleo de conducir el arado mecánico para la villa de Racr coon Head, pero durante la galerna del 77 se había emborrachado con whisky de centeno y se estrelló, no contra un poste, sino contra tres postes de alta tensión. Durante cinco días el Head se había quedado sin luz, Stella recordaba ahora qué raro le había parecido mirar a través del Brazo y no ver más que oscuridad. Un cuerpo se acostumbra a ver aquel pequeño conjunto de lucecitas. Ahora, George trabajaba en la isla, y como no había arados, no se metía en ningún tropiezo.

Les diría esto:

En la isla siempre cuidábamos de los nuestros. Cuando a GerdHenreidse le mmpdó un vaso sanen el pecho, todos economizamos en la comida, aquel verano, para poder pagar su operación en Boston..., y Gerd regresó con vida, gracias a Dios. Cuando George Di»smore derribó aquellos postes y la Hidro le puso un gravamen sobre su casa, procuramos que la Hidro recibiera su dinero y George tuviera un empleo que le mantuviera de cigarrillos y bebidas..., ¿y por qué no? Una vez terminada su jornada de trabajo no servía para nada más, pero mientras trabajaba lo hacía como un caballo. Esa vez se metió en el lío porque era de noche y poda noche era siempre cuando George bebía. Su padre, por lo menos, le daba de comer. Ahora Miss Bowie tiene otro hijo. Quizá se quede y cobre la seguridad socia; aquí y es probable que no sea suficiente y necesitará toda clase de ayuda. A lo mejor se irá, pero si se queda no se morirá de hambre... y escuchadme bien, Lona y Hal si se queda podrá conservar algo de este pequeño mundo con el Brazo pequeño en un lado y el gran Brazo en el otro, algo que fácilmente perderla sirviendo revoltijos en Lewiston, o donuts en Portlana; o bebidas en el Nashville North de Bangor. Yo ya soy lo bastante vieja, para no andarme por las ramas respecto a lo que aquello pueda ser: una forma de vivir, de ser..., un sentimiento.

También habían cuidado de los suyos de otra forma, pero de eso no quiso hablarles. Los niños no lo comprenderían, ni siquiera Lois y David, aunque Jane se había enterado de la verdad El niño de Norman y Ettie Wilson había nacido mongólico, con sus piecitos torcidos para dentro, y su cráneo calvo heno de bultos, con los dedos pegados como si hubiera soñado demasiado y profundamente mientras nadaba-en el interior de su madre; el reverendo McCracken había ido y bautizado al niño, y un día después fue Mary Dodge, que ya entonces había traído al mundo más de cien niños, y Norman se llevó a Ettie colina abajo para que viera la barca nueva de Frank Child y aunque apenas podía andar, Ettie fue sin protestar aunque se paró en la puerta para mirar a Mary Dodge que estaba sentada, haciendo punto tranquilamente, junto a la cuna del niño idiota. Mary había levantado la vista y cuando sus ojos se encontraron, Ettie se echó a llorar. «Vamos -le había dicho Norman, turbado-. Venga, Ettie, vámonos.» Y cuando regresaron, una hora más tarde, el niño había muerto, una de esas muertes en la cuna, y no era una suerte que el niño no hubiera sufrido. Y muchos años antes de eso, antes de la guerra, durante la Depresión, tres chiquillas habían sido atacadas al volver de la escuela, atacadas donde no podía verse la herida y todas contaron que un hombre les ofreció mostrarle un juego de cartas, que tenía un perro distinto en cada carta. Les mostrara esa maravillosa baraja, les dijo el hombre, si se metían con él entre las matas, y una vez entre la maleza ese hombre les dijo: «Pero tenéis que tocar esto primero.» Una de las niñas era Gert Symes, que en el año 1978 sería votada como Maestra delAño en Maine porsu trabajo en la escuela superior de Brunswick Y Gert que entonces contaba cinco años dijo a su padre que al hombre le faltaban unos dedos en la mano. Otra de las niñas lo corroboró. La tercera no recordaba nada. Stella se acordaba de que Alden había salido un día de tormenta, aquel verano, sin decirle a dónde iba, aunque se lo preguntó. Mirando desde la ventana había visto que Aldea se reunía con Bull Symes al final del camino y luego se les había unido Freddy Dmsnrre, y abajo, en la playa vio a su propio marido, al que había despedido aquella mañana, con la friambreira de la comida, bajo el brazo como siempre. Otros hombres se les unieron y cuando por fin se pusieron en marcha, contó una docena menos uno. El antecesor del Rev. McCracken había estado entre ellos. Y aquella noche, un individuo llamado Daniels fue encontrado al pie del cabo Slyder, donde las rocas asoman sobre el agua como los dientes de un dragón que se ahogara con la boca abierta. Este Daniel« era un tipo que George Havelock había contratado para que le ayudara a colocar nuevos umbrales en su casa y un motor nuevo en su camión Tipo A. Procedía de New Hampshire, y era convincente al hablar y esto le había valido otros trabajos cuando hubo terminado el de Havelock..., y en la iglesia, ¡cómo cantaba! Se decía que, por lo visto, Daniel «había estado paseando por Slyder's Point y habría resbalado, cayendo

hasta el fondo. Se había roto el cuello y aplastado la cabeza. Como no había nadie que le conociera, fue enterrado en la isla y el Rev., el antecesor de McCracken, rezó el responso en el cementerio y dijo que Daniels había sido un gran trabajador y una gran ayuda aunque le faltaran dos dedos de la mano derecha. Luego volvió a leer la bendición y el grupo que fue al cementerio regresó a los bajos del Ayuntamiento donde bebieron ponche y comieron bocadillos de queso, y Stella nunca preguntó a sus hombres a dónde habían ido aquel día en que Daniels se cayó desde arriba de Slyder's Point. Niños –les diría-, siempre cuidamos de los nuestros. Tentamos que hacerlo, porque en aquellos días el Brazo era más ancho y cuando soplaban el viento, y los rompientes rugían y la noche caía pronto, pues, nos sentíamos muy pequeños..., poco más que motas de polvo a los ojos de Dios. Así que era natural que nos uniéramos, unos y otros.»

«Juntamos nuestras manos, niños, y si alguna vez nos preguntamos por qué lo hacíamos, o si existía una cosa llamada amor, era sólo porque habíamos oído el viento y las aguas a lo largo de interminables noches de invierno, y teníamos miedo.»

No, nunca sentí la necesidad de abandonar la isla, Mi vida estaba aquí. El Brazo, en aquellos días, era más ancho.

Stella llegó a la playa. Miró a derecha e izquierda, y el viento agitó su traje, tras ella, como una bandera. Si hubiera habido alguien ahí habría avanzado algo más y arriesgado entre las rocas, aunque estaban cubiertas de hielo. Pero no había nadie y anduvo hacia el muelle, pasado el cobertizo para las barcas del viejo Symes. Llegó a la punta y permaneció allí, un momento, con la cabeza levantada y el viento soplando por entre las orejas del gorro de Alden.

Bill estaba allí, llamándola. Detrás de él, pasado el Brazo, podía ver la iglesia del Head, con su campanario casi invisible contra el cielo blanquecino.

Con dificultad, se sentó al final del muelle y después puso los pies, abajo, sobre la corteza de nieve. Sus botas se hundieron un poco; pero no mucho. Se colocó bien, otra vez, el gorro de Alden..., ¡el viento estaba empeñado en quitárselo!, y echó a andar hacia Bill. Pensó, una vez, en volver la cabeza y mirar atrás, pero no lo hizo. No creía que su corazón pudiera soportarlo.

Andaba, sus botas crujían sobre la costra de nieve y escuchaba el leve rumor del paso sobre el hielo. Bill seguía allí, un poco más lejos ahora, pero llamándola aún. Tosió y escupió sangre sobre la blanca nieve que cubría el hielo. Ahora veía el Brazo extendido a ambos lados y pudo, por primera vez en su vida, leer el cartel «Stanton's Bait & Boat» sin los prismáticos de Alden. Podía ver los coches que circulaban por la calle principal de Head, y se dijo asombrada: *Pueden ir tan de prisa como quieren... Pordand.. Boston... la ciudad de Nueva York imagínate! Y casi podía hacerlo, imaginar un camino que sencillamente avanzaba, sin tener en cuenta los límites del mundo.*

Un copo de nieve pasó ante sus ojos. Otro. Un tercero. Pronto empezó a nevar ligeramente y ella anduvo a través de un mundo de un blanco brillante, delicioso y cambiante; vio Raccoon Head detrás de una cortina de gasa que a veces se aclaraba. Alzó la mano para volver a colocarse bien el gorro de Alden y la nieve empujó y metió la visera en sus ojos. El viento volvió a levantar remolinos de nieve y en uno de ellos vio a Carl Abersham que se había hundido en el *Dancer* junto con el marido de Hattie Stoddard.

Sin embargo, muy pronto empezó a apagarse el brillo porque la nieve caía más espesa. La calle principal de Head fue apagándose, alejándose, hasta que desapareció. Por un cierto tiempo pudo distinguir la cruz que remataba el campanario y luego también se fue, como un mal sueño. Lo último en desaparecer fue el letrero amarillo y negro que decía «Stanton's Bait & Boat», donde también podía comprarse aceite para el motor, papel matamoscas, sandwiches italianos y «Budweiser» para acompañar.

Después, Stella caminó por un mundo que carecía totalmente de color, un sueño blanco-grisáceo de nieve. Igual *que Jesús-bajando-del-bote*, pensó, y por fin volvió la cabeza para mirar atrás, a la isla, pero ahora la isla también se había ido. Podía ver la huella de sus pisadas

retrocediendo, perdiendo la forma hasta que sólo podía verse la marca borrosa de los semicírculos de sus tacones... y después nada. Absolutamente nada.

Pensó: *El blanco me ha cegado. Debes tener cuidado, Stelia, no llegarás nunca al continente. Caminarás dando vueltas en círculos cada vez mayores hasta agotarte y morirás congelada aquí fuera.*

Se acordó de Bill diciéndole, una vez, que cuando uno se pierde en el bosque, habla que imaginar que la pierna que estaba en el mismo lado del cuerpo que tu mano hábil, cojeaba. De lo contrario la pierna hábil te llevaría andando en círculos, sin que te dieras cuenta, hasta volver a encontrarte en el punto de partida. Stella no podía permitirse creer que fuera a ocurrirle esto. La radio había dicho que habría nieve hoy, esta noche y mañana, y en medio de una blancura como ésa ni siquiera sabría si volvía al punto de partida, porque el viento y la nieve fresca borrarían las huellas mucho antes de que pudiera volver.

Iba perdiendo las manos pese a los dos pares de guantes que llevaba, y hacía rato que ya no sentía los pies. En cierto modo, esto era casi un alivio. La insensibilidad cerraba, por lo menos, la voz de su rabiosa artritis.

Ahora, Stella empezó a cojear, obligando a su pierna izquierda a esforzarse más. La artritis de sus rodillas no se había dormido, y no tardaron en rabiarse. Su pelo blanco flotaba tras ella. Sus labios se había apartado de los dientes (excepto cuatro, los demás eran todavía suyos) y miraba fijamente ante sí, esperando a que aquel letrero amarillo y negro se materializara en medio de tanta blancura flotante.

Pero no sucedió así.

Algo más tarde, se dio cuenta de que la blancura esplendorosa del día había empezado a transformarse en un gris uniforme. La nieve caía con más fuerza y más espesa que nunca. Sus pies seguían aún plantados sobre la costra, pero ahora avanzaba a través de varios centímetros de nieve fresca. Miró el reloj, pero se le había parado. Stella comprendió que debió haberse olvidado de darle cuerda aquella mañana, por primera vez en veinte o treinta años. ¿O acaso se había parado definitivamente? Había sido de su madre, y lo había tenido que mandar, con Alden, un par de veces a Head, donde Mr. Dostie se había maravillado primero, y lo había limpiado después. Su reloj, por lo menos, había ido al continente.

Cayó, por primera vez, un cuarto de hora después de empezar a observar que el día iba oscureciendo. Por un momento permaneció a gatas, pensando qué fácil sería quedarse allí, enroscarse y escuchar al viento, pero entonces la determinación que la había llevado a través de tantas dificultades, se reafirmó y se levantó con una mueca. Permaneció en pleno viento, mirando fijamente hacia delante, queriendo que sus ojos vieran..., pero no vieron nada.

Pronto será de noche.

Bueno, se había perdido. Se había dirigido más hacia un lado o al otro, de lo contrario ya habría llegado al continente. No obstante, no creta haberse desviado tanto que anduviera ahora paralelamente a la costa, o incluso de vuelta a Goat. Un piloto interior, en su cabeza, le murmuró que se había pasado, así que torció hacia la izquierda. Creta que seguía acercándose a tierra pero en realidad seguía una línea diagonal que le resultaría cara.

El piloto quería que girara a la derecha, pero ella no le quiso obedecer. Por el contrario, volvió a caminar de frente, pero esta vez sin la cojera artificial. Una tos espasmódica la sacudió, y escupió rojo brillante en la nieve.

Diez minutos más tarde, (el gris era ahora realmente oscuro y se encontró metida en el fantasmal media luz de una fuerte tormenta de nieve) volvió a caer, intentó levantarse; en un principio no pudo, y por fin lo consiguió. Se quedó tambaleándose en la nieve, apenas capaz de mantenerse en pie contra el viento, sacudida por oleadas de desfallecimiento, que la hacían sentirse alternativamente pesada y ligera.

Tal vez todo el miedo que tenía en los oídos no era del viento, pero fue el viento el que al fin logró arrancarle de la cabeza el gorro de Alden. Tendió la mano para agarrarlo, pero el viento lo

hizo bailar fácilmente fuera de su alcance y sólo pudo verlo un instante rodando alegremente en la gris oscuridad, como un brillante punto color naranja. Cayó en la nieve, rodó, volvió a alzarse y desapareció. Ahora su cabello se agitaba libremente alrededor de su cabeza.

-No importa, Stella -le dijo Bill-. Puedes ponerte el mío.

Jadeó, y miró la blancura que la rodeaba. Sus manos enguantadas se habían subido instintivamente hacia el pecho, y sintió que unas uñas aceradas le arañaban el corazón.

No vio otra cosa que membranas de nieve que se movían..., y entonces, saliendo de la garganta gris de la noche, el viento chilló como la voz de un demonio en un túnel de nieve, y apareció su marido. Al principio era sólo un conjunto de colores moviéndose en la nieve: rojo, negro, verde oscuro, verde más claro; luego esos colores se transformaron en un chaquetón de lana con un gran cuello, pantalones de franela y botas verdes. Sostenía el gorro en la mano en un gesto que parecía casi absurdamente cortesano, y el rostro era el rostro de Bill, sin las huellas del cáncer que se lo había llevado (¿era sólo de eso de lo que tenía miedo? ¿Qué una sombra descarnada de su marido se le acercara, una figura de campo de concentración, con la piel brillante y tensa sobre los pómulos y los ojos profundamente hundidos en las cuencas?) y sintió una oleada de alivio.

-¿Bill? ¿Eres realmente tú?

-Claro.

-Bill -repitió y dio un paso, alegre, hacia él. Las piernas la traicionaron y creyó que se caería, que se caería a través de él... porque, después de todo, era un fantasma..., pero él la cogió en sus brazos, tan fuertes y tan capaces como aquellos que la levantaron para cruzar el umbral de la casa que sólo había compartido con él y con Alden esos últimos años. La sostuvo y poco después sintió que le ponía firmemente el gorro en la cabeza.

-Soy yo -dijo-. Somos todos nosotros.

Se dio media vuelta con ella y entonces vio a los ocios saliendo de entre la nieve que el viento llevaba a través del Brazo en la creciente oscuridad. Un grito, mitad de felicidad, mitad de miedo, se le escapó al ver a Madeleine Stoddard, la madre de Hattie con un traje azul que el viento agitaba como una campana y cogido de su mano estaba el padre de Hattie, no un esqueleto podrido en alguna parte del fondo, con el Dancin sino entero y joven. Y luego detrás de esos dos...

-¡Annabelle! -gritó-. Annabelle Frane, ¿eres tú?

Era Annabelle; incluso en aquella luz sombría, Stella reconoció el traje amarillo que Annabelle lució el día de la boda de Stella y al esforzarse por acercarse a su querida amiga, del brazo de Bill, pensó que olía a rosas.

-¡Annabelle!

-Ya casi hemos llegado, querida -le dijo Annabelle, sosteniéndola por el otro brazo. El traje amarillo que había sido considerado atrevido en su día (pero que, afortunadamente para Annabelle y con gran alivio para todo el mundo, no del todo escandaloso) dejaba los hombros al descubierto, pero Annabelle no parecía sentir el frío. Su cabello, de un suave caoba oscuro, ondeaba al viento-. Sólo unos pasos más.

Cogió el otro brazo de Stella y volvieron a avanzar. Otras figuras fueron saliendo de la noche nevada (porque ahora era ya de noche) Stella reconoció a muchos de ellos, pero no a todos. Tommy Frane se había unido a Annabelle; el Gran George Havelock, que había muerto como un perro en los bosques, andaba detrás de Bill; también estaba aquel hombre que cuidó del faro de Head, durante más de veinte años y que solía ir a la isla en los campeonatos de *cribbage* que Freddy Dinsmore organizaba cada febrero... Stella casi podía recordar su nombre, casi pero no del todo. ¡Y allí estaba el propio Freddy! Andando al lado de Freddy, solo y asombrado, iba Russell Bowie.

-Mira, Stella -dijo Bill y vio una masa oscura alzándose de las tinieblas como la proa astillada de muchos barcos. No eran barcos, sino rocas escarpadas. Había llegado a Head. Había cruzado el Brazo.

Oyó voces; pero no estaba segura de que hablaran:

Dame la mano Stella...

(quieres?)

Dame la mano Bill..

(¡oh! ¿quieres, quieres...?)

Annabelle... Freddy.. Russell.. John... Ettie... Franck.. dame la mano, dame la mano... la mano...

(¿amas?)

-¿Quieres darme la mano, Stella? -preguntó una voz nueva.

Se volvió a mirar y allí estaba Bull Symes. Le sonreía afectuosamente, no obstante, experimentó una especie de terror por lo que vio en sus ojos y por un instante se apartó de él, agarrando con fuerza la mano de Bill, del otro lado.

-¿Es ...?

-¿Es hora? -preguntó Bill-. Oh, sí, Stella, creo que sí. Pero no duele. Por lo menos, nunca lo oí decir. Eso ya pasó.

De pronto se echó a llorar..., todas las lágrimas que nunca lloró..., y puso su mano en la de-Bill.

-Si -le dijo- si quiero, sí quise, sí querré.

Y los muertos de Goat Island, se pusieron en círculo y el viento chilló a su alrededor, arrastrando nieve y de ella surgió como una canción. Se alzó en el viento, y el viento se la llevó lejos. Entonces todos se pusieron a cantar, como cantan los niños con sus voces finas y dulces cuando un atardecer de verano atrae la noche de verano. Cantaban, y Stella se sintió atraída hacia ellos y con ellos se fue finalmente a través del Brazo. Sintió un poco de dolor, pero no mucho; la pérdida de su virginidad fue peor. Hicieron un círculo en la noche. La nieve cayó a su alrededor y cantaron. Cantaron y...

...y Alden no pudo contárselo a David y Lois, pero en el verano después de que murió Stella, cuando llegaron los niños para sus dos semanas anuales, se lo contó a Lona y Hal Les contó que durante las grandes tormentas del invierno, el viento parece cantar con voces casi humanas y que a veces casi le parecía entender: Gloria a Dios, de quien vienen todas las bendiciones - Alabemos a Dios nosotros criaturas de la tierra...»

Pero no les dijo (¿imaginen al torpe y poco imaginativo

Alden Flanders diciendo semejantes cosas en voz alta, aunque fuera a los niños!) que a veces oía ese sonido y sentía frío aun estando junto a la estufa; que entonces dejaba su talla a un lado, o la red que intentaba remendar, pensando que el viento cantaba con todas las voces de aquellos que habían muerto y se habían ido..., que estaban poralgún lugar del Brazo y cantaban como hacen los niños. Le parecía oír las voces y aquellas noches, a veces, dormía y soñaba que cantaba la doxologfa, invisible e inaudible, en su propio funeral

Hay cosas que nunca pueden contarse, y hay cosas, no precisamente secretas, que no se discuten. Encontraron a Stella muerta de frío, congelada, en el continente, un día después de que la tormenta se hubiera apagado. Estaba sentada en una silla natural, de roca, a unos cien metros de los límites de Raccoon Head, helada, pero tan compuesta como siempre. El doctor, propietario del «Corvette», dijo que estaba francamente asombrado. Debió ser un recorrido de unos cinco kilómetros, y la autopsia exigida por la ley en casos de muerte solitaria o extraña, había revelado un avanzado proceso canceroso..., en realidad, la anciana estaba invadida ¿Iba Alden a contar a David y Lois que el gorro que llevaba no era el suyo? Larry McKenn lo habla reconocido. También John Benson. Lo había leído en sus ojos, y supuso que ellos lo habían visto en los de él No era tan viejo como para olvidar el gorro de su difunto padre, el aspecto de su visera y los puntos en que la visera se habla roto.

«Éstas son cosas propias para pensarlas despacio» habría contado a los nidos, si hubiera sabido como hacerlo. «Las cosas hay que meditarlas mucho, mientras las manos hacen su trabajo

y el café espera en un tazón de porcelana, cerca. Quizás haya preguntas sobre el Brazo: ¿cantan los muertos? Y, ¿aman a los vivos?»

La noche después de que Lona y Hal regresaran al continente, junto a sus padres, en la barca de Al Curry, con los niños de pie en la popa despidiéndose, Alden se planteó la cuestión, y otras, y lo del gorro de su padre.

¿Cantan los muertos? ¿Aman?

Yen aquellas largas noches de soledad, con su madre Stella Flanders por fin en la tumba, le pareció a Alden, con frecuencia, que hacían ambas cosas.

NOTAS

No todo el mundo se interesa por la procedencia de los cuentos, y es perfectamente normal -uno no tiene por qué comprender el funcionamiento del motor de combustión interna para conducir un coche-, y tampoco precisan saber las circunstancias que rodean la creación de una historia para conseguir algo de placer leyéndola. Los motores interesan a los mecánicos; la creación de las historias interesa a los académicos, fans y curiosos (los primeros y los últimos son casi sinónimos, pero qué más da). He incluido unas breves notas, aquí, sobre alguna de las historia..., lo que creta que podía interesar al lector fortuito. Pero, si son ustedes aún más fortuitos que eso, les aseguro que pueden cerrar el libro sin escrúpulos..., no perderán gran cosa.

En *Hay Tigres...* mi primera maestra en Stratford, Connecticut, fue Mrs. Van Buren. Era temible. Supongo que si hubiera aparecido un tigre y se la hubiera comido, yo lo habría superado. Ya saben cómo son los niños.

En *El camión del tío Otto...* El camión es auténtico, y también la casa; yo inventé el cuento que se refiere a ellos un día, mentalmente, mientras iba conduciendo para pasar el tiempo. Me gustó, así que dediqué unos días a escribirlo.

El Brazo... el hermano pequeño de Tabby, Tommy, había estado en Guardacostas. Estaba destinado allá en el éste, en el área de Jonesport-Beals, de la larga y accidentada costa de Maine, donde la principal obligación de los guardas consiste en cambiar las baterías de las grandes boyas y en salvar a contrabandistas idiotas que se pierden en la niebla o encallan en las rocas.

Allá hay muchas islas, e infinidad de comunidades isleñas, muy unidas. Me habló de una mujer que era el duplicado real de Stella Flanders, que vivió y murió en su isla. ¿Era la isla Pig? ¿Era Cow? No puedo recordarla, pero sí que recuerdo que se trataba de un *animal*¹.

Me costaba creerlo. «¿Nunca quiso siquiera cruzar el continente?», le pregunté.

-No, dijo que no quería cruzar el Brazo hasta que muriera -explicó Tommy.

Yo desconocía el término Brazo, y Tommy me lo explicó. También me contó que los pescadores de langostas tienen una pregunta divertida sobre lo largo que es el brazo entre Jonesport y Londres, y lo mencioné en la historia.. Se publicó por primera vez en *Yankee* como: «¿Cantan los muertos?», un título bastante bueno pero después de pensarlo mucho he vuelto al título, que fue el original.

Bien, no queda más que decir. No sé lo que piensan ustedes, pero yo, cada vez que llego al final, es como si despertara. Es un poco triste perder un sueño, pero todo lo que nos rodea..., lo de verdad..., me parece muy bueno, ¿no creen? Gracias por unirse a mi; me ha encantado. Siempre me ocurre así. Espero que hayan llegado sanos y salvos, y que vuelvan otra vez..., porque, como dice ese mayordomo divertido en el extraño club de Nueva York, siempre quedan cuentos que contar².

STEPHEN KING

Bangor, Maine

(1) En la historia es Goat - cabra. (Pig-cerdo, Cow-vaca).

(2) El hombre que no quería estrechar la mano.